



Retorno al abismo

PEDRO FERNÁNDEZ-PALACIOS Y FERNÁNDEZ DE BOBADILLA
&
MIGUEL FERNÁNDEZ-PALACIOS GORDON

Lectulandia

Pablo Vázquez Roca, el protagonista de nuestra historia, es un hombre amante de la paz. Marino de vocación, la Guerra Civil española le sorprende sirviendo en la Armada como Teniente de Navío, y unas difíciles y complejas circunstancias le empujan a tener que tomar partido en la confrontación.

Viéndose obligado a optar por unirse a alguno de los dos bandos enfrentados, Pablo escoge el que finalmente habría de resultar el bando vencedor: el bando franquista, en el que llega a trabajar como espía a las órdenes de los sublevados. Pero Pablo no es un fascista. Él cree que, si bien el conflicto es inevitable, al menos éste puede llegar a ser más limpio, y pondrá de su parte todo cuanto le sea posible para evitar la indecencia y la barbarie de la guerra.

Esta novela se desarrolla en esa época convulsa de nuestra historia en la que una España dividida y desgarrada se desangraba como consecuencia de las miserias, los horrores y las atrocidades de una cruel lucha fratricida.

Lectulandia

Pedro Fernández-Palacios y Fernández de Bobadilla
&
Miguel Fernández-Palacios Gordon

Retorno al abismo

ePub r1.0
Sarah 04.03.14

Título original: *Retorno al abismo*

Pedro Fernández-Palacios y Fernández de Bobadilla

Miguel Fernández-Palacios Gordon, 2014

Proyecto gráfico y diseño de la cubierta:

Miguel Fernández-Palacios Gordon

Ilustración cubierta e interiores:

Pedro Fernández-Palacios y Fernández de Bobadilla

© Miguel Fernández-Palacios Gordon

Depósito Legal: M. 17289-1994

Editado en España - Printed in Spain

Editor digital: Sarah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi padre, Pedro, que en paz descansa,
auténtico artífice de esta obra,
ya que sin su inestimable ayuda,
y la educación por él impartida, basada en
la convivencia y respeto a los demás,
hubiese sido imposible la ejecución de la misma.

PRIMERA PARTE



La huída



Pablo Vázquez se recostó contra el borde de la torreta del «C-10» y, cerrando los ojos, echó una mirada retrospectiva sobre los terribles y desgarradores acontecimientos de las dos últimas semanas. La noche era clara y estrellada, el mar estaba como un plato, cosa frecuente en el Mediterráneo durante el mes de agosto; sólo se oía el leve rumor de la roda al hender el agua, el susurro de ésta al deslizarse mansamente a lo largo del casco y, más apagado, el ruido de los motores diesel del submarino. Pero toda esta paz y tranquilidad contrastaban completamente con el torbellino que había en la mente de Pablo. Aunque éste no era hombre que dejara traslucir habitualmente sus emociones, tenía que esforzarse ahora para que sus subordinados no pudieran sospechar nada de cuanto rebullía en su interior.

No, pensó, todo aquello no podía ser realidad, no podía estar sucediéndole precisamente a él. Seguramente era víctima de alguna horrible pesadilla. Se mordió furiosamente el labio inferior, hasta que el dolor y el inconfundible sabor a sangre le convencieron de que, desgraciadamente, no soñaba.

Sufría mucho. En los últimos tiempos, casi se había convertido en un ser atormentado. Su aflicción estaba causada por ver a su gente, a su amada tierra sumida en una guerra cruenta y absurda, incomprensible, como todas las guerras, sin saber qué bando tenía razón, tal vez ninguno, tal vez los dos, pero auténticamente fratricida. A ratos no llegaba a saber ni siquiera qué pintaba él en ella. A este terrible pesar se unía, y por tanto aumentaba considerablemente su dolor, el mayor de los desconocimientos acerca de cómo se encontrarían su familia, sus amigos, los seres queridos... Su pensamiento voló de nuevo hacia María. ¿Qué habría sido de ella durante ese tiempo? Esta idea era, tal vez, la que más le había torturado últimamente; la peor de las incertidumbres en un mundo lleno de incertidumbres.

¿Qué distinto había parecido todo un mes antes! ¿Un mes? Pablo se encontró meditando de nuevo. ¿Podían haber sucedido, de verdad, tantas cosas en tan corto espacio? ¿Qué forma más arbitraria tenemos de medir el tiempo! A veces, en lugar de días o semanas, nos parece que han transcurrido años enteros entre dos acontecimientos y, en otras ocasiones, nos parece que tan sólo fue ayer cuando ocurrieron.

Porque tan sólo un mes antes todo parecía sonreírle en la vida. Sabía —o, mejor dicho, creía saber— lo que iba a hacer mañana, pasado, la semana que viene y hasta dentro de un año. En cambio ahora... ¿Qué le deparaban los próximos días? ¿Qué quedaba de todo aquello que hacía que la vida mereciese la pena vivirse? De una manera casi inmediata e instintiva, se respondió a sí mismo: María.

Sí, mas ¿qué habría sido de ella entre tantos peligros, en la tremenda marejada de la revolución y sin que él pudiera hacer nada para protegerla? Tal vez aquella sensación de impotencia fuera la más horrible de todas. Pero no, no se dejaría derrotar; debía, es más, tenía que haber algún medio de protegerla y él lo hallaría. Sí, lo encontraría aunque fuera necesario perecer para ello en la empresa. Y la idea de la muerte se presentó de nuevo ante él, esa idea que se había introducido en sus pensamientos hacía tan sólo tres semanas, pero con la que, por supuesto y dadas las circunstancias, había que contar seriamente.

Sí, era muy posible que, de una u otra forma, él muriera muy pronto. Casi con asombro comprobó que esta idea no le asustaba ni poco ni mucho. Era simplemente una probabilidad más que debía incluir en sus pensamientos para calcular sus probabilidades de éxito. Pero no; no podía morir ahora. ¿Qué sería entonces de María? ¿Quién la defendería de tantos peligros como indudablemente la acechaban? La cosa era como para volverse loco. Así que mejor no pensar en ello hasta que, al menos, tuviese verdaderas posibilidades de ayudarla. Mas siendo imposible el no discurrir en ello, quizás, lo mejor fuese recapacitar y tratar de ver cómo se habían desarrollado los últimos acontecimientos.

Con un esfuerzo supremo de voluntad procuró poner en orden sus atribulados pensamientos. ¿Cómo había empezado todo?... Y, para él, sin duda, el comienzo se hallaba tres meses atrás, cuando conoció a María. Le era imposible separarla de los acontecimientos subsiguientes; en su mente ambas cosas estaban íntimamente ligadas, pues tanto la una como los otros habían venido a trastornar completamente su vida.

* * *

Tres meses antes, en mayo de 1936, él, Pablo Vázquez, era un teniente de navío que sentía enorme entusiasmo por su carrera y a quien todo parecía ir a la medida de sus deseos. Sevillano de nacimiento, Pablo era el mayor de una familia compuesta por él y dos hermanas, de veintisiete y veinticuatro años de edad. Su padre tenía en Sevilla una fábrica de fundición, que dirigía junto con uno de sus hermanos.

Desde muy niño, Pablo había sentido siempre una fuerte vocación de marino. Todo lo referente al mar y a los barcos le atraía con fuerza irresistible y de manera apasionada y, en cuanto su edad se lo permitió, ingresó en la Escuela Naval. Aunque

aún era joven —veintinueve años— y casi recién ascendido a teniente de navío, empezaba ya a ganarse una buena reputación dentro del Cuerpo. De carácter serio, poco comunicativo, contaba sin embargo con grandes simpatías entre sus compañeros, era muy estimado por sus jefes y querido por sus subordinados aunque, dado su carácter un tanto reservado, jamás les trató con demasiada familiaridad.

Era Pablo de regular estatura, más bien alto que bajo, de anchas espaldas, porte arrogante y distinguido, y recia musculatura. Practicaba la natación, a la cual era enormemente aficionado, siempre que sus obligaciones se lo permitía; durante todo el año había sido campeón de boxeo de su categoría en la Escuela Naval. De facciones finas, tenía el cutis y el cabello, castaño éste, tostados por el sol y los vientos marinos. Tal vez fueran sus ojos la característica más saliente de su fisonomía; aunque pequeños y oscuros y algo hundidos bajo espesas cejas, parecían irradiar un misterioso magnetismo que atraían enormemente a cuantos los contemplaban.

Sin ser lo que se dice un mujeriego, Pablo había tenido siempre bastante éxito con las mujeres; pero jamás las había tomado demasiado en serio. Tal vez fuera su misma actitud, cortés y amable; pero en el fondo indiferente, la causa de que muchas de ellas se sintieran aun más atraídas por su persona. De ahí que Pablo, sin proponérselo muchas veces, hubiera tenido numerosas aventuras superficiales en los puertos que visitó. Pero, aunque hasta entonces ninguna mujer había logrado interesarle de verdad, siempre había sido sincero —a veces brutalmente sincero— con cuantas conoció. Ninguna podía decir, en honor a la verdad, que había sido engañada, ni tan siquiera que había recibido de él promesas que luego no fueron cumplidas. La mentira y la ambigüedad eran palabras que no formaban parte del vocabulario de Pablo. Su ética era de todo punto irreprochable.

Llevaba cuatro meses en Cartagena, embarcado en el destructor «*Gravina*», cuando conoció a María de la Torre. Era ella hija única de un contralmirante que había estado destinado en Madrid, pero que, por motivos políticos, pidió el retiro y, pudiendo vivir holgadamente de sus rentas, había preferido a la vida agitada de la Corte, la más tranquila del Departamento Marítimo, donde podía seguir sin perder el contacto con la Marina la cual, aparte de su mujer, muerta al dar a luz a María, había sido la única gran pasión de toda su vida.

Era María alta, espigada, rubia, de ojos azules y cutis blanco, con un tipo de belleza más bien nórdica, proveniente probablemente de una de sus abuelas, que había sido inglesa. Muerta su madre al nacer ella, su padre sintió hacía la pequeña, durante su niñez, una especie de aversión, y la había tenido desde muy corta edad interna en un colegio de monjas. Sin embargo, al crecer la niña, este injusto sentimiento se fue desvaneciendo poco a poco y, en los últimos años, su hija había llegado a convertirse para él casi en la principal razón de su existencia.

La falta de madre, unida a la ausencia inicial de cariño por parte de su padre,

habían hecho que el carácter de María fuera serio y reservado. Desde que salió del colegio y se encontró en plena vida de sociedad, sintió un cierto desprecio hacia cuantos hombres se le habían aproximado, cuyo único objeto en la vida parecía ser divertirse todo lo posible, sin preocuparse de más, y a los cuales siempre podía manejar a su antojo, ya con una sonrisa, ya frunciendo el ceño. Esta forma de ser le había valido para adquirir cierta reputación de chica orgullosa y fría, sin serlo en realidad.

Don Víctor de la Torre había sido unos años antes comandante del acorazado «*Jaime Primero*», y allí se conocieron él y Pablo, recién salido este último de la Escuela Naval. Don Víctor era compañero de promoción de un tío de Pablo y esto, unido a que cada uno de ellos había visto en el otro a un verdadero entusiasta de la Marina y el mar, hizo nacer entre ambos hombres una sincera amistad, a pesar de la diferencia de edad y de grado. Por ello, a los pocos días de instalarse en Cartagena, don Víctor recibió una tarde la visita de su antiguo subordinado, y Pablo experimentó ese día la mayor emoción de su vida, al conocer a María.

Llevaba unos diez minutos de charla con don Víctor, cuando ella se presentó. Pablo sabía, naturalmente, que de la Torre tenía una hija; pero nunca la había visto hasta entonces y ahora casi no podía dar crédito a lo que sus ojos veían. Jamás había conocido nada semejante. La expresión de dulzura y tristeza de su rostro hacían parecer a María mayor de lo que era en realidad; pero por otra parte había en ella una expresión de candidez e inocencia, casi de niña que le turbaba.

Pablo, cuya impavidez y tranquilidad habían llegado a ser proverbiales entre sus compañeros, y que se había portado con tremenda sangre fría con motivo de un incendio producido en una torre de artillería gruesa del «*Jaime Primero*» durante unos ejercicios de tiro, sintió que su corazón dejaba de funcionar un momento y luego, como si tratara de compensarlo, comenzaba a latir con ritmo inusualmente acelerado. Su rostro enrojeció o, mejor dicho, notó la sensación de que se sonrojaba pues su cutis, bronceado y curtido como estaba por la conjunción del sol con el aire marino, no cambió de color. Hubo de hacer un gran esfuerzo para que su voz resultase real al ser presentado.

Durante el resto de la entrevista apenas pudo apartar sus ojos del rostro de ella. Le fascinaba. Si es verdad, se decía, que la cara es el espejo del alma, aquí hay un alma que vale, y mucho, la pena conocer. Hubo de realizar verdaderos esfuerzos para seguir contestando a las preguntas de su interlocutor con algo más que vagas respuestas e incluso incoherencias.

María, mujer al fin y al cabo y por tanto poseedora de ese instinto femenino, se dio cuenta de la admiración que había despertado en Pablo y, cosa extraña, experimentó una sensación de excitación y placer que hasta entonces no había sentido jamás al ser observada de esa manera por un hombre. Aquella persona que tenía

enfrente parecía ser muy distinta de cuantos hombres había conocido hasta ese día. La deferencia con que lo trataba su padre, casi como si estuviera hablando de igual a igual, tan distinta al trato que acostumbraba a dar a los «mequetrefes» —como él los llamaba— que se habían acercado a ella hasta la fecha, la confirmaban en su creencia. Además, se dijo mirándolo, había algo en él que la atraía, algo misterioso que no podía precisar exactamente... En aquel momento sus ojos se encontraron con los de él, y ella bajó la vista ruborizándose al mismo tiempo.

Más tarde, cuando Pablo se hubo marchado, preguntó María a su padre:

—¿Quién es ese oficial, papá?. Pareces apreciarle mucho.

Él sonrió.

—¿Te acuerdas que hace unos años te conté que un alférez de navío había salvado a mi barco de volar por los aires debido a la explosión de un pañol de municiones durante unos ejercicios de tiro?, pues éste es aquel joven. Uno de los oficiales de Marina más completos que jamás he tenido bajo mi mando. Creo que le has causado muy buena impresión... es más, yo diría que verdaderamente le has gustado, o mucho me equivoco. Desde que has entrado casi no ha dejado de mirarte —y al verla enrojecer continuó—. Vaya, vaya ¿conque esas tenemos?—y la pellizcó, cariñosamente, una mejilla.

—Qué tonterías dices, papá —replicó ella secamente—. Si no ha estado aquí ni siquiera una hora —pero el mismo tono de su voz, nervioso y afectado, la traicionaba.

—Bueno, bueno —contestó don Víctor mirándola con una sonrisa extraña—, no te pongas así, si al fin y al cabo yo no he dicho nada...

* * *

Aquella noche Pablo, inmediatamente después de cenar, se metió en su camarote a bordo del «*Gravina*». Puso el ventilador en marcha, se desnudó, se echó sobre la litera y, apagando la luz, trató inútilmente de evocar el rostro de María. Cuando éste comenzaba a perfilarse vagamente en su mente, repentinamente se desvanecía. Siempre le había ocurrido lo mismo; jamás había logrado recordar un rostro de mujer cuando se lo había propuesto. ¿Por qué sería aquello? Permaneció despierto hasta bastante tarde, tratando de analizar a fondo sus sentimientos, pero sin conseguirlo del todo. Cuando por fin se durmió, sólo estaba seguro de una cosa: quería volver a ver a María cuanto antes. Y, curiosamente, lo ansiaba más de lo que había deseado nunca cosa alguna.



Volvió a encontrarla dos días más tarde, con ocasión de un baile de noche que se celebraba en el Club Náutico. Pablo, al que no le gustaban mucho los actos sociales y que había ido allí con el único objeto de verla —como no tuvo más remedio que confesarse a sí mismo—, llegó a primera hora con varios compañeros; pero en seguida, y con la excusa de saludar a alguien que había visto, se separó de ellos tomando posiciones en una mesa estratégicamente situada junto a la puerta de entrada para tener la certeza de verla llegar en el caso de que así lo hiciera.

¿Vendría? ¿No vendría? A medida que la gente iba llegando, su impaciencia subía de grado. ¿Y si, después de todo, no viniera? Pablo no hacía más que consultar el reloj y maldecirse por imbécil. ¿Por qué había de ocurrirle aquello con una chica a la cual sólo había visto una vez y de la que desconocía prácticamente todo?

Al cabo de un rato apareció María, acompañada por su padre y una tía solterona, a la cual Pablo conocía tan sólo de vista. María vestía un precioso traje de noche de tul blanco de mangas cortas, ligeramente escotado y con lentejuelas doradas. El corazón de Pablo volvió a jugarle la misma mala pasada que dos días antes. ¡Maldita sea! ¿Es que aquello iba a sucederle ya cada vez que la viese?

Al adelantarse hacia ellos, Pablo se dijo que María estaba aún más bonita, si cabe, que la otra vez que la había visto. Ella le vio venir en seguida, se sonrojó ligeramente y sus ojos se encendieron brillando de alegría.

—A sus órdenes, almirante. Buenas noches, María.

—Buenas noches, Vázquez. ¿No conoce usted a mi cuñada Margarita?

—Sí, señor, aunque no le había sido presentado aún —respondió Pablo alargando la mano y pronunciando las consabidas palabras de rigor en casos tales.

—¡Caramba, que lleno está esto! —exclamó don Víctor—, casi no queda una mesa libre.

—Si me permite, almirante —dijo Pablo—, tengo una muy buena y bien situada. ¿No quieren ustedes hacerme el honor de compartirla conmigo?

—Por mi parte encantado —contestó el interpelado—, pero ¿no le estropearemos a usted la noche? —añadió con una sonrisa un tanto maliciosa.

—No, señor, no se preocupe; no me estropearán ustedes nada —se apresuró a

responder Pablo—. Precisamente estaba solo...

—Muy bien. ¿Qué os parece?

—Por mí encantada —dijo la tía Margarita. María bajó los ojos y no respondió nada. Su corazón estaba latiendo aún más apresuradamente que el de Pablo unos momentos antes. También ella se había pasado todo el día haciéndose preguntas sobre si tendría la fortuna de volver a verle aquella noche durante la fiesta.

Tras preguntarles Pablo lo que deseaban beber, se lo comunicó al camarero. A continuación se entabló una conversación formal en la que, entre otras cosas, se hizo referencia a cómo le iba al contralmirante su vida de retirado del servicio activo, y cómo, a pesar de llevar una existencia cómoda y tranquila, en la que no le faltaba de nada, reconoció echar bastante de menos los momentos vividos durante su carrera como profesional en activo.

En cuanto hubo transcurrido un tiempo prudencial para no parecer demasiado descortés, y aprovechando una pausa en la conversación, Pablo invitó a María a bailar. Quería estar a solas con ella; pero una vez estuvieron bailando se encontró con que no se le ocurría nada que decir. Sin embargo, al mirarla comprendió que no tenía necesidad de hablar. No era hombre de muchas palabras y muchas veces se había sentido violento en compañía de una persona a la que acababa de conocer, por no tener nada que decirle.

Sin saber por qué, no le sucedía igual con María. Era algo difícil de explicar, como si los dos se entendieran sin necesidad de expresarse mediante palabras.

Al cabo de un rato él sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—Parece que nos hemos juntado dos que hablamos poco, ¿verdad? —dijo él.

Ella asintió con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Desde luego —contestó.

Se produjo otra pequeña pausa.

—Tu padre te llama Mary, ¿no es así?

—Sí, siempre me lo ha llamado, desde que era pequeña.

—Mary... Me gusta más que María. Yo también te voy a llamar así desde ahora; es decir —añadió rápidamente—, si no te importa.

—No desde luego. ¿Por qué había de importarme?

Él le oprimió ligeramente la mano, enlazándola algo más estrechamente. La orquesta atacó un tango en aquel preciso instante y ambos se entregaron de lleno al placer de bailar juntos.

Al pasar por delante de la mesa donde se encontraban don Víctor y la tía Margarita, ésta comentó:

—Qué buena pareja hacen los dos.

El almirante asintió pensativo. Para él, que sólo deseaba la felicidad de su hija, el hecho de que Pablo y ella hiciesen más o menos buena pareja no le dejaba

indiferente. Vázquez tenía con él la mayor de las recomendaciones: era un buen oficial de Marina. Además de esto, don Víctor era amigo de su familia pues, no en balde, había sido compañero de promoción en la Escuela Naval de uno de los tíos de Pablo. También conocía el carácter de éste y, por supuesto, el de María, y se dijo que si había algún hombre capaz de hacer feliz a su hija, éste era sin duda Pablo. Y esta impresión se confirmó cuando ambos volvieron a pasar bailando ante la mesa, hablando en voz baja como si todo cuanto había a su alrededor no existiese para ellos. Jamás había visto don Víctor una expresión semejante en el rostro de su hija, habitualmente tan frío e indiferente; en cambio ahora el alma parecía querer escapársele por los ojos.

Al poco rato volvieron ambos y se sentaron a la mesa, con los ojos brillantes y una expresión un tanto aturdida en el rostro. El almirante se dijo que ninguno de ellos se daba aún cuenta completa de lo que en realidad les ocurría.

Pablo sí se dio cuenta aquella misma noche, en su camarote, donde estuvo largo rato dando vueltas sobre la litera sin poder conciliar el sueño. Se había enamorado como un simple colegial. Sí, ésa era la realidad y de nada le serviría el tratar de negárselo a sí mismo... ¿Y ella? Parecía estar a gusto con él; pero eso no quería decir nada. Seguramente, si no hubiera estado tan enamorado o, lo que es igual, tan ciego, Pablo habría sabido darse cuenta de mil detalles que le habrían tranquilizado por completo acerca de los sentimientos de María; pero el caso es que no se durmió hasta que las estrellas empezaron a palidecer por la parte de levante anunciando la llegada del nuevo día. Antes de quedar dormido se hizo el firme propósito de no volver a pasar otra noche de incertidumbre como aquella. No, decididamente no podía pasar ni un día más con ese desasosiego que le estaba dinamitando el alma. Había convenido con María ir a buscarla la tarde siguiente, para dar un paseo. Pues bien, aquella misma tarde le diría que la quería.

* * *

A la caída de la tarde fue Pablo a buscar a María a su casa, como lo habían concertado la noche anterior durante el baile. El atardecer era cálido y transparente, con esa transparencia que tan sólo el Mediterráneo es capaz de proporcionar a las localidades que baña cuando cuenta con los hados a su favor. Después de un corto paseo, llegaron ambos al Náutico cuando empezaba a oscurecer. El Club no estaba demasiado concurrido, y Pablo la llevó a la terraza superior, desde donde se disfrutaba de una magnífica vista. La azotea se encontraba casi desierta a aquella hora y se hallaba envuelta en una amable y acogedora semioscuridad. Allí estuvieron un rato, hablando de cosas sin importancia y sintiéndose extrañamente felices con la mutua presencia.

Cuando hubo anochecido por completo, Pablo se levantó y, tomando a María de la mano, la llevó hasta la parte de la balastrada de piedra que mira sobre el mar. Contra el cielo completamente tachonado de brillantes estrellas se adivinaba, más bien que se veía, la silueta de los montes que guardaban la entrada del puerto, con un antiguo fuerte en la cima. Reinaba completa calma y las aguas del puerto estaban tan tranquilas que se podía ver en ellas el reflejo de las estrellas. Pablo había conservado entre las suyas la mano de María, sin que ésta hiciera nada por retirarla, y ambos estuvieron un rato callados, apoyados en la barandilla hombro contra hombro, sin que ninguno de los dos osara romper aquel maravilloso silencio.

Por fin, Pablo tomó la otra mano de María, de forma que ambos quedaron frente a frente, cogidos de las manos. Ella mantenía los ojos bajos y su corazón latía con tal fuerza que parecía le iba a saltar del pecho.

—Mary —dijo él, y paró en seco y se aclaró la garganta, pues sentía en ella y en la boca una sensación de completa sequedad. El corazón le latía desbocado y el aire escaseaba en sus pulmones.

—¿Qué, Pablo? —preguntó ella levantando la vista de forma que sus ojos se encontraron. Aquella era la primera vez que ella le llamaba por su nombre y esto, unido a algo que leyó en su mirada, le animó a continuar.

—Mary, yo... —se detuvo de nuevo y ella le oprimió ligeramente las manos. Ante este gesto inesperado, las palabras fluyeron de sus labios como un torrente impetuoso, al que ya nada pudo detener una vez roto el dique que lo contenía—. Mary, mi vida, te quiero. Te quiero como no creí nunca llegar a querer a nadie. No puedo explicarte todo lo que representas para mí. Ya sé que sólo nos hemos visto tres días; pero a mí, tal vez porque desde que te vi por primera vez no he dejado de pensar en ti, me parece que te conozco de toda la vida. No sé como he sido hasta ahora capaz de vivir sin ti y no quiero pensar lo que sería mi vida en adelante si no te tuviera a mi lado. Mary —continuó poniendo las manos de ella, que aún conservaba entre las suyas, sobre su pecho—, ¿verdad que tú también me quieres un poco? Por favor, dime que no te soy indiferente.

Mientras hablaba, María había permanecido ante él temblorosa, sintiendo una dicha y emoción que la sobrecogían de pies a cabeza. Su corazón latía con tal violencia que se dijo a sí misma que forzosamente él había de oírlo. Tal era su emoción que no podía articular una sola palabra. Pablo le oprimió las manos, que continuaba manteniendo entre las suyas sobre su pecho y ella levantó entonces los ojos, que se encontraron con los ojos de él en la semioscuridad.

De nuevo, algo debió Pablo de leer en ellos que le impulsó a llevarse las manos de María a los labios y besarlas repetidas veces. Luego, soltándoselas, le cogió la cabeza y depositó un largo beso en su frente. Seguidamente le separó la cabeza y ambos quedaron uno frente a otro, mirándose a los ojos y sonriendo.

Pablo dejó caer sus manos hasta que éstas estuvieron apoyadas en los hombros de María.

—Mary, cariño, dime que tú también me quieres. Necesito oírtelo decir, no una, sino infinitas veces.

—Sí, Pablo, te quiero. Desde que te conocí no he podido dejar de pensar en ti. Eres... No sé como explicártelo, es difícil... También yo tengo una sensación agradable... No sé, pero tal vez sea como si te hubiera estado esperando toda mi vida.

Pablo la atrajo hacia sí y la besó ligeramente en los labios. Al soltarla de nuevo, ella rompió a llorar y él experimentó un deseo casi irresistible de estrecharla fuertemente entre sus brazos y secarle las lágrimas con sus besos; pero se contuvo, contentándose con cogerle de nuevo las manos.

—Mary, cariño, ¿qué te pasa? —preguntó un tanto trastornado.

Ella apartó su rostro.

—No lo sé, Pablo, no me hagas caso, soy una tonta; pero es que me siento tan feliz...

Él la cogió de nuevo por los hombros y la sacudió ligeramente.

—Escucha. No eres ninguna tonta y no me gusta que nadie, ni siquiera tú misma, lo diga. Eres la chica más maravillosa que jamás he conocido.

Habían permanecido ambos charlando vivamente en la terraza, muy juntos, hasta que el sonar del carillón del reloj de una iglesia cercana les devolvió a la realidad.

—¿Qué hora es, Pablo? —preguntó ella.

—Las once y media.

—¡Dios mío! ¿De verdad? No sé lo que va a decir papá cuando llegue a casa.

—No te inquietes, yo te acompañaré y se lo explicaré todo —dijo él.

—No, deja, ya se lo diré yo.

Bajaron apresuradamente la escalinata y se dirigieron a casa de María cogidos del brazo. Fue poco lo que hablaron durante el camino de regreso y, la mayoría de las veces, tan sólo les acompañaba el sonido de sus pasos a la luz tenue de las farolas por las calles semidesiertas. Ambos se sentían impresionados por la fuerza de sus propios sentimientos. Al llegar a la puerta, María se despidió rápidamente, llamó al timbre y subió muy deprisa las escaleras.

Pablo se sentía demasiado feliz para ir a bordo del buque, y tampoco deseaba hablar con nadie en aquellos momentos. Quería regodearse con lo que acababa de vivir. Encaminó sus pasos hacia el puerto, solitario a aquellas horas de la noche, y estuvo paseando largo rato, abstraído en hondas meditaciones. Se sentía profunda y completamente feliz; era una sensación nueva, que jamás había experimentado hasta entonces. Ciertamente disfrutó con sus sentimientos, que le embriagaban por doquier y llenaban hasta los más recónditos recovecos de su cuerpo.

Por fin se dirigió al «*Gravina*», donde se encontró con la cena, ya fría, dispuesta

en su camarote. Comió distraídamente y de buena gana hubiera salido después a pensar un rato por cubierta; pero no lo hizo por temor a encontrarse con el oficial de guardia y tener que hacerle compañía. Puso el ventilador en marcha y, echado sobre la litera, continuó haciendo castillos en el aire hasta que al cabo le rindió el sueño.



Las seis semanas siguientes habían transcurrido con Pablo flotando en una nube, como en un sueño. Pablo y María experimentaban una dicha que jamás creyeron fuera posible alcanzar. Estaban juntos todo el tiempo que podían, esto es, siempre que sus deberes dejaban libre a Pablo y, cuando estaban separados, como en los días en que él tenía que montar sus guardias, pasaban el tiempo contemplando el lento caminar de las agujas del reloj y contando las horas que les faltaban para verse de nuevo.

De esta forma los días transcurrían rápidos y felices para la pareja. Don Víctor, desde el primer momento, dio su más cálida aprobación a la relación que la pareja había deseado comenzar. Apreciaba verdaderamente a Vázquez y creía firmemente que era capaz de hacer feliz a su hija, y esto para él era lo único y verdaderamente importante.

Este estado de cosas era demasiado perfecto para durar mucho tiempo, y el despertar a la dura realidad había llegado una mañana en forma totalmente inesperada, mientras leía Pablo el Diario Oficial del Ministerio de Marina. Al ojear la primera página su corazón dio un repentino vuelco dentro de su pecho al ver escrito lo siguiente: «*Oficiales que pasan destinados a Barcelona, para efectuar el curso de Aeronáutica Naval. Página 923*».

Era cierto que días antes de conocer a María había pedido plaza en aquel curso, y después lo había olvidado por completo. Al solicitarlo se encontraba momentáneamente harto del «*Gravina*» y había estado dudando entre el curso de Aeronáutica o volver de nuevo a los submarinos, que habían sido su anterior destino y, por los cuales, sentía especial predilección. Al fin se había decidido por la Aeronáutica, queriendo conocer otro aspecto nuevo y distinto del Servicio, así como la bella ciudad de Barcelona, en la cual sólo había estado, hasta entonces, de paso en un par de ocasiones. Al mismo tiempo, y matando dos pájaros de un tiro, saldría un poco del tedio en el cual, por aquel entonces, parecía haberse convertido su actual empleo.

Rápidamente buscó la página 923 del Diario Oficial y allí, tal y como se temía, se encontraba su nombre, el tercero de la lista: «*Teniente de Navío D. Pablo Vázquez*».

Roca...»

¿Por qué demonios se le habría ocurrido pedir aquel curso? ¿Por qué no habría solicitado los submarinos, que además tanto le agradaban, y con los cuales hubiera permanecido destinado en Cartagena? ¿Por qué precisamente ahora? Pablo se maldecía a sí mismo y a su mala suerte; pero ¿cómo habría podido saber, cuando pidió el curso de Aviación, que iba a conocer a María, que se iba a enamorar de ella, que su vida iba a cambiar de tal manera?

En fin; la cosa ya no tenía remedio. Después de todo, se dijo, sólo estaría separado de María unos meses, pues, cuando terminara el curso, fácilmente podría conseguir ser trasladado de nuevo a Cartagena. Ahora tenía que darle a ella la noticia. ¿Cómo la tomaría?

Como era de suponer, la tomó mal. Muy mal. Era una chica valiente; pero, en el transcurso de las seis últimas semanas, Pablo se había convertido para ella en el centro mismo de su existencia. Le parecía imposible la noticia que le daba ahora: que se marchaba y que habrían de transcurrir varios meses antes de que ambos volvieran a verse. Además, y para colmo, la palabra «*aviación*» le llenaba de oscuros temores. No quería siquiera pensar en lo que sería de ella si él llegaba a sufrir algún accidente con los aviones. Súbitamente sus ojos se llenaron de lágrimas, y miró a Pablo con expresión suplicante, como implorándole que le dijera que aquello no era posible, que no era verdad, que él no iba a irse dejándola allí sola.

* * *

Pablo suspiró y, echándose la gorra hacia atrás, se pasó una mano por la frente y el rostro, como si quisiera alejar de su mente estos tristes pensamientos. Luego, tras comprobar el rumbo del submarino, volvió a mirar al horizonte a través de sus prismáticos. Nada había a la vista. La visibilidad era excelente y la mar continuaba tranquila, como un inmenso espejo plateado. ¡Qué noche más hermosa! El «*C-10*» parecía deslizarse sobre la mansa superficie del Mediterráneo, rumbo al Estrecho, la leve vibración de los motores era el único movimiento que se notaba en la torreta. El viento suave generado por la velocidad del submarino, fresco y agradable, daba vida a su rostro. La luna hacía un rato que se había puesto; sólo las estrellas brillaban allá arriba, increíblemente lejanas y luminosas, ajenas a todo cuanto ocurría en este pequeño mundo con vida perdido en la inmensidad del océano interestelar... y, aún en contra de su voluntad, recordó Pablo una vez más la última noche que había pasado en la ciudad de Cartagena.

Había ido con María a un lugar de baile al aire libre. La noche era espléndida: una ligera brisa venía del mar, refrescando el ambiente después del calor del día, y ambos estuvieron sentados en un rincón largo rato, en silencio, cogidos de las manos y

mirando al cielo, incendiado de estrellas. Habían hablado muy poco, pues la certeza de la próxima separación pesaba sobre el ánimo de ambos como una fría losa.

Pablo, al advertir que la tristeza que comenzaba a aflorar en el rostro de María le estaba sobrecogiendo el alma de tal manera que temía llegara a un punto en el que la congoja fuera más de lo que hubiera podido soportar, dijo:

—Mary, ¿bailamos?

—Será mejor —dijo ella.

Salieron a bailar y, a los pocos minutos, Pablo sintió que ella se apretaba más contra él. Sonriendo la había enlazado más estrechamente, hasta que la mejilla de ella quedó junto a la suya. Habían continuado así un poco, hasta que de pronto notó que tenía la cara mojada.

Se había separado un poco de María para mirarla y, al hacerlo, quedó anonadado por la expresión de tristeza y desesperación que se dibujaba en su rostro. La llevó rápidamente a su mesa, algo apartada, y allí ella dio rienda suelta a su llanto. Él había tratado de consolarla; pero en vano. A decir verdad, su ánimo no estaba como para consolar a nadie. A lo largo de su carrera de marino se había despedido de muchas mujeres, y algunas de ellas habían llorado al decirle adiós; pero esto era algo completamente nuevo, distinto para él, algo que dolía: sí, que lastimaba, con un dolor físico más que moral, y causaba una intolerable opresión en el pecho y un nudo en la garganta que le hizo tragar saliva. Era algo horrible, sobre todo, el verla llorar de aquella manera y no poder hacer nada por consolarla. Intentó quitarle importancia al asunto, asegurándole que, en realidad, iban a volver a verse muy pronto; pero ella sólo negó con la cabeza y sus sollozos se acentuaron aún más.

Trató de decir algo; pero, en esta ocasión, las palabras no acudieron a sus labios. Entonces la abrazó y la besó, manteniendo largo rato sus labios sobre los de ella, húmedos y salados a causa de las lágrimas.

Poco a poco sus sollozos se fueron calmando, hasta que empezó a llorar ya de una forma más tranquila, más pausada, como si hubiera vaciado hasta la última gota del pozo de dolor que contenía su alma. Él se apartó un poco y le cogió la barbilla, sacudiéndosela ligeramente, y ella trató de sonreírle entre sus lágrimas. Poco después le pidió el pañuelo, se secó las mejillas y se sonó la nariz con él; entonces levantó la cabeza y lo miró, sonriendo ligeramente al ver sus labios manchados de carmín. Se los limpió y trató de devolverle el pañuelo; pero Pablo, obedeciendo a un impulso momentáneo, le rogó que se quedara con él como recuerdo.

Ella volvió a sonreírle y se apretó un poco contra él, y así permanecieron los dos largo rato, sin pronunciar palabra, cogidos de las manos. No habían vuelto a bailar aquella noche ni, claro está, habían bailado ya más, pues él había tenido que marcharse la tarde siguiente.

Aunque no era hombre dado a creer en presagios, se había sentido profundamente

impresionado, a pesar suyo, por la desesperación de María. No era una chica histérica, ni muchísimo menos, pero parecía estar íntimamente convencida de que la separación que se avecinaba no iba a ser tan corta ni tan casual, como todo hasta entonces parecía indicar.

Ahora, con el arbitrio del tiempo transcurrido, Pablo, desde la torreta del «C-10», se maravillaba sombríamente de la certeza de aquel presentimiento mientras su mente seguía recordando...



El tren que conducía a Pablo Vázquez llegó a Madrid sobre las once de la mañana del dieciséis de julio. Como esperaba salir para Barcelona al siguiente día, no se alojó en ninguno de los hoteles del centro, sino que tomó una habitación con baño y teléfono en el Hotel Mediodía, situado frente a la concurrida y bulliciosa estación de Atocha.

Se encontraba algo triste y abatido. La soledad no le molestaba, es más era una fiel y vieja compañera, pero no podía apartar de su mente el rostro de María, cubierto de lágrimas, tal y como la había visto dos noches antes cuando fueron a bailar.

La tarde siguiente, la de su partida, se habían despedido en casa de ella. A él nunca le gustaron los adioses en la estación, a la vista del público, y esta vez estaba absolutamente convencido de no poder soportar una despedida de este género. María le recibió con los ojos enrojecidos. Aunque en ese momento estaba serena y trataba de sonreír para hacer la partida más fácil, Pablo adivinó que se había pasado la mayor parte de la noche llorando.

Don Víctor se había presentado al poco rato.

—¿Qué hay, Vázquez? ¿Así que se nos marcha usted hoy mismo para Barcelona?

—Sí, señor, a la fuerza ahorcan —contestó Pablo.

—Bueno, después de todo Barcelona no está tan lejos y seguro que lo que va a estudiar le vendrá muy bien a su hoja de servicios... Además, precisamente tengo allí varios amigos a los que no he visto desde hace bastante tiempo, así que no me sorprendería nada que Mary y yo apareciéramos por allí, pongamos dentro de un par de meses. ¿Qué le parece?

Los ojos de María cobraron un nuevo brillo al oír estas palabras.

—¿De verás, papá? ¡Qué bueno eres! —dijo y corriendo hacía él, lo abrazó efusivamente.

—¡Caramba, caramba! —exclamó don Víctor sonriendo y haciéndose el sorprendido— ¿A qué viene tanto cariño de pronto? Ten cuidado que por poco me tiras —pero ella no le hizo caso y estampó dos sonoros besos en las mejillas de su padre, que sonrió feliz... y tal vez un poco celoso al mismo tiempo.

Transcurridos unos minutos el almirante se había marchado.

—Bueno, me voy que seguramente tendréis muchas cosas que deciros el uno al otro... Adiós, Vázquez, que le vaya muy bien en su nuevo destino y hasta la vista — estrechó sonriente la mano de Pablo y salió de la habitación, dejándolos solos para que pudiesen hablar con tranquilidad, sin interferencias de ningún tipo.

* * *

Hacía un calor sofocante en Madrid durante aquel mes de julio de 1936. Después de salir de un cine de la Gran Vía, Pablo se sentó a tomar un poco el fresco en uno de los quioscos del paseo de Recoletos y, ya pasadas las diez de la noche, se dirigió tranquilamente hacia el restaurante del Ministerio de Marina para cenar.

Al entrar halló el local casi desierto, tan sólo cuatro o cinco compañeros se hallaban sentados en las mesas. Todas las ventanas se encontraban abiertas de par en par y los ventiladores en marcha; pero a pesar de ello el calor era asfixiante. Se disponía a sentarse en una mesa solo, cuando alguien le dio una palmada en la espalda y, al volverse, se encontró con un compañero de promoción de la Escuela Naval, Carlos Hidalgo, teniente de navío, al cual no había visto desde hacía algo más de un año.

—¿Qué hay, Pablo, cómo estás? Caramba, chico, cuánto tiempo sin verte. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy de paso hacia Barcelona. Me han nombrado para el curso de Aeronáutica Naval. ¿Y tú?

—Voy a Cádiz con permiso. ¿Esperas a alguien para comer?

—No; a decir verdad estoy solo.

—Pues entonces siéntate conmigo en aquella mesa del rincón, junto a la ventana. Estaremos más frescos y de paso podremos charlar tranquilamente de muchas cosas. Ha transcurrido tanto tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿No te parece?

Tomaron asiento ambos y pasaron un rato la mar de agradable, rememorando los viejos tiempos de la Escuela y de la vuelta al Mundo en el buque «*Juan Sebastián de Elcano*». Las anécdotas se sucedían, en tono jocoso, recordando sus correrías durante sus recaladas en los diferentes puertos por los que habían pasado: Nueva York, Río, Buenos Aires...

Mientras tomaban el café, Hidalgo miró a su alrededor como para convencerse de que nadie podía oírles y, bajando la voz preguntó:

—Oye, ¿qué sabes tú de lo que se prepara?

Pablo quedó al pronto sin saber a qué se refería el otro, y su mirada debió reflejarlo así, pues Hidalgo continuó:

—Pero hombre, ¿en qué país vives? ¿Es qué no sabes nada de lo que el Ejército está preparando?

—Ah, sí. Algo me han contado; pero por lo que me dijeron, no creo que ocurra nada de momento.

Hidalgo miró de nuevo furtivamente a su alrededor, negó con la cabeza y, poniendo una mano sobre el brazo de Pablo, dijo en voz aún más baja:

—Te equivocas. El asesinato de Calvo Sotelo^[1], que supongo sabrás ha sido perpetrado por el propio Gobierno, ha precipitado las cosas. El alzamiento puede producirse cualquier día. Más aun, en cualquier momento. ¿Cuándo piensas marcharte a Barcelona?

—Mañana por la noche sale mi tren.

—Bien. Mi consejo es que te largues de aquí cuanto antes. No estoy muy enterado de cómo van las cosas; pero si en el Ejército ocurre lo mismo que en la Marina, Madrid estará perdido en los primeros momentos. Apenas queda una persona decente en todo el Ministerio. Han trasladado, o dejado disponibles, a todos los que les han parecido de ideas algo conservadoras, y el Ministro anda, por ahí, rodeado de una camarilla de los más indeseable.

A Pablo, de carácter pacífico como era y nada confabulador, el derrotero que había tomado la conversación no le agradaba en absoluto porque ya de por sí, y sin necesidad de echar más leña, veía el ambiente muy caldeado y, aunque lo había negado porque no quería pensar en ello, se temía lo peor: las últimas elecciones, con la victoria por estrecho margen del Frente Popular sobre la coalición de derechas, no habían hecho sino reflejar mejor la división real de la sociedad, división que, sin lugar a dudas, no presagiaba nada bueno. Las posturas de unos y otros se hallaban muy encontradas.

Pablo, por otro lado, tampoco deseaba interrumpir a Carlos por no parecer descortés; al fin y al cabo habían mantenido una buena amistad en el pasado y tampoco se veían ya tan a menudo. Así que los dos amigos continuaron charlando todavía durante un buen rato, y después se separaron. Al decirse adiós, a ninguno de los dos se le pasó por la imaginación que ya no habían de volverse a ver en este mundo.

Al anoecer del día siguiente, Pablo se hallaba de nuevo en la estación de Atocha. La enorme estructura estaba atestada de público; pero las gentes que allí se hallaban tenían aspecto más bien de fugitivos que de veraneantes. Parecían querer huir, no ya del calor canicular, sino de algo pavoroso e impalpable que se presentía oscuramente en el ambiente. Muchas veces oyó Pablo repetir la frase «aquí va a pasar algo gordo». La tragedia —la guerra civil, la más espantosa, terrible y cruel de todas las tragedias— se mascaba ya en el aire, como suele decirse.

Sin embargo, la prensa de la noche no traía nada de particular y Pablo, que no era demasiado dado a fantasear se dijo que tal vez Hidalgo hubiera exagerado bastante el estado de las cosas y la inminencia del alzamiento militar. La gente sí estaba recelosa;

pero eso era natural, dados los tiempos que corrían. La única precaución extraordinaria que él había adoptado, sugestionado por la arenga de Hidalgo, consistía en llevar la pistola, no en la maleta, como hacía normalmente, sino en el bolsillo trasero del traje de paisano que llevaba puesto.

Cenó en el primer turno del vagón restaurante y leyó un poco al volver a su compartimento; pero al cabo de un rato, como siempre le ocurría, el movimiento del tren acompañado del claqueteo constante de las ruedas al pasar sobre las juntas de dilatación de las vías, le produjo un sueño invencible por lo que, apartando a un lado la revista que estaba leyendo, sacó el asiento de su butaca para estar más cómodo y, dejando que los párpados fueran vencidos por el peso cada vez mayor que los oprimía, cerró los ojos, quedando profundamente dormido a los pocos minutos.



Pablo llegó a Barcelona, con más de diez horas de retraso, al caer la tarde del sábado dieciocho de julio. El recuerdo de las palabras que Hidalgo le dijera, los rumores que habían circulado en el tren y el ambiente que encontró en la ciudad, en el que había una especie de amenazadora excitación un tanto ominosa, le impulsaron a llamar por teléfono al departamento de Aeronáutica Naval desde la misma estación, pues quería ponerse cuanto antes en contacto con sus nuevos jefes.

Al otro lado del hilo telefónico le contestó un marinero, el cual respondió a sus preguntas diciendo que allí no quedaba nadie más que el suboficial de guardia y el propio cuerpo de guardia. Le dio el número de teléfono de la casa del jefe de la Dependencia; pero al llamarle más tarde Pablo, resultó que aquel no se encontraba tampoco en su domicilio.

Vázquez colgó el teléfono preocupado. Se encontraba, en circunstancias como mínimo inciertas, en una población enorme y casi desconocida para él: sólo había estado antes en ella en dos cortas estancias de no más de una semana en cada ocasión. No sabía cómo orientarse ni a quién dirigirse en busca de información fidedigna en medio de tantos rumores contradictorios como circulaban. Sin embargo, al poco tiempo de meditación, se dijo que tal vez estuviera desorbitando un tanto las cosas, dejándose guiar más por la intuición que por la razón. Después de todo, mañana sería otro día y, aunque domingo, ya procuraría ponerse en contacto con el jefe del curso de Aeronáutica.

Tomando un taxi, le dio las señas de un hotel de segunda categoría en la calle de Urgel, que le había sido recomendado por uno de sus compañeros como limpio, barato y en donde se comía bastante bien. Después de cenar dio una vuelta por las calles sin advertir nada que fuera demasiado anormal. Corrillos excitados hacían comentarios, mirando hacía todas partes; algunos grupos de obreros recorrían las calles, pero en actitud pacífica. Pablo se encontraba hondamente preocupado pensando que finalmente llegara a suceder lo que tanto se temía; no obstante se tranquilizaba diciéndose que aquella noche no ocurriría nada y, como se hallaba cansado del largo viaje, volvió al hotel, se metió en la cama y, tras leer un poco, se echó a dormir.

Le despertó el ruido de unos disparos. Asomándose a la ventana pudo ver que amanecía ya. Un grupo de siete u ocho hombres, al parecer obreros, armados con fusiles, acababa de pasar por delante del hotel, en dirección a la Diagonal. Se oyeron, en la lejanía, dos disparos más y, a continuación, reinó de nuevo el silencio.

¿Qué pasaría? Por lo pronto, había que echarse a la calle a averiguarlo. Cogió la pistola y, dejándola sobre la mesilla de noche empezó a vestirse apresuradamente de paisano. Una vez hecho esto, buscó en la maleta toda la munición que había traído. Poseía dos cargadores —además del que tenía en la pistola— y una caja de veinticinco cartuchos. Así, pues, disponía en total de cuarenta y seis disparos.

Antes de salir de la habitación echó otra mirada por la ventana, observando que el grupo que había pasado antes hacía la Diagonal volvía corriendo en dirección opuesta, apresuradamente, y se ocultaba en una de las bocacalles. ¿Qué ocurría? Asomándose de nuevo pudo ver que, de la Diagonal, entraba en la calle Urgel una columna del Ejército, la cual no tardaría en pasar por delante de su hotel.

Así pues, la suerte estaba echada. Los rumores del día anterior, por desgracia, eran ciertos y se veían confirmados: el Ejército se había sublevado contra la República. Pablo sintió que todo su ser se veía embargado de una profunda desolación. Un enorme sentimiento de tristeza se apoderó de su alma. Le pareció que, por momentos, la desesperación llamaba a su puerta y pretendía no sólo adueñarse de su mente sino que intentaba además apoderarse de su cuerpo. El corazón le latía con furia, la adrenalina se había disparado en su interior, fluyendo sin control por todo su sistema nervioso. Se dijo a sí mismo que no debía dejarse llevar por sus sentimientos, que debía sobreponerse, que tenía que mantener a toda costa la cabeza fría. En lo más profundo de su espíritu odiaba la guerra, a pesar de que su profesión pareciera indicar lo contrario. Él era un pacífico convencido y, dada su educación y condición social, no había encontrado otro camino más apropiado con el que dar rienda suelta a su verdadera vocación: su pasión por la mar. De este modo, envuelto en la atmósfera militar, siempre había intentado hacer bien su trabajo y había sido de los que mantenían y manifestaban sin tapujos que, precisamente, el fin primordial de los militares era salvaguardar la paz. Sabía que a mucha gente esto le podía parecer un contrasentido; pero los ejércitos de otros países existían. Eran una realidad firme y palpable, no una vana ilusión, y dadas las ansias expansionistas de algunos hombres que gobiernan las naciones y que, por tanto, ostentan el control sobre las fuerzas militares de éstas, qué mejor forma de evitar una guerra que mediante la disuasión, aunque ésta haya de venir de la mano de la demostración real de la fuerza. Evidentemente, y por si acaso esto no bastaba, ahí estaban ellos. ¡Qué remedio!

De vuelta sus pensamientos a lo que en aquellos momentos ocurría en la calle, reconocía que la situación general del país se había tornado últimamente bastante delicada. Pablo albergaba en su corazón la esperanzadora, pero inconsistente duda, de

que se tratase de un disturbio local, no nacional. Por contra, su cabeza, más fría y por tanto objetiva, le dictaba lo contrario. No en vano, los antecedentes se presentaban, ahora, ante sus ojos de manera diáfana: recordaba que ya en el 34, el Gobierno autónomo Catalán, por labios de su presidente Companys, había lanzado una proclamación separatista. En aquella ocasión, la secesión fue cortada de raíz por el general Batet, el cual se apresuró a declarar el estado de guerra; los cenetistas, al no considerarse identificados con las fuerzas que habían protagonizado la intentona separatista, se abstuvieron de intervenir. Pero ¿qué ocurriría en la coyuntura actual? La situación era diferente: más revolucionaria. ¿Era necesario llegar a una maldita guerra para que las aguas volvieran a su cauce? ¿Acaso el autodenominado rey de la Creación era incapaz de dirimir sus diferencias de una forma civilizada? ¿Cómo habría comenzado la contienda? aunque, desde luego, a estas alturas de los acontecimientos, esta pregunta carecía absolutamente de importancia; pero lo que sí parecía indiscutible era que, finalmente, la temida y odiada guerra entre hermanos había estallado. Él era militar de profesión. Su familia, lamentablemente como todo el mundo, lo quisiese o no, tendría que tomar partido por uno u otro bando. Él tenía claro por cual se definirían. Con María y don Víctor ocurriría lo mismo.

Nunca, ni en sus más irreflexivos pensamientos, había imaginado encontrarse ante una decisión de esta índole: resolver, en el aterrador marco de una guerra civil, en cuál bando debería tomar parte. Aunque no le agradaba en absoluto, porque comprendía las terribles consecuencias que traía consigo una contienda, debía elegir de qué lado iba a estar, si no otros terminarían decidiendo por él. Sabía que la razón no era patrimonio, ni estaba totalmente del lado, de unos ni de otros, es más, sabía que se cometerían atrocidades en ambos bandos en nombre de la justicia, la ley y el orden. Precisamente era esto lo más terrible y repugnante de una guerra civil. En las otras, al menos, no hay tanto odio arraigado entre los contendientes, pero en éstas, donde se termina matando a vecinos e incluso a familiares, sale a relucir lo peor que llevamos dentro, nuestra reminiscencia animal, el odio a menudo engendrado sin saberlo durante la diaria convivencia.

Bien, puestas así las cosas, había que decidirse, y rápido. Él, aunque no estaba de acuerdo con la forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos, se veía arrastrado al torbellino de la sinrazón, a la barbarie, no le quedaba más remedio, qué otra cosa podía hacer. Su familia, sus amigos, las personas más allegadas iban a estar en el bando sublevado. No cabía duda. A pesar de que su corazón le dictaba no ponerse de parte de nadie, su cabeza le obligaba a ser realista. Así pues, lamentándolo mucho y a pesar de lo irracional e irreal que le parecía todo, él se ponía del lado sublevado.

Rápidamente sacó de la maleta una guerrera de uniforme blanco y la gorra. El trance urgía; no había un minuto que perder si quería incorporarse a la columna. Para

ahorrar tiempo se quitó tan sólo la chaqueta, se puso la guerrera sobre la camisa de paisano y así, con esta extraña indumentaria —gorra y guerrera de uniforme, pantalón gris y zapatos de color—, corrió escaleras abajo y salió a la calle, llegando a ella al estar la vanguardia de la columna del Ejército a unos cincuenta metros de la entrada principal del hotel.

Se dirigió hacia ella y preguntó a un sargento:

—¿Quién manda esta columna?

—El comandante López-Amor. Ahí lo tiene usted.

Un comandante de Infantería, seguido por un capitán del mismo cuerpo, avanzaba al frente de la tropa y Pablo se presentó saludándole.

—A sus órdenes, mi comandante. Soy el teniente de navío Pablo Vázquez. He llegado anoche mismo a Barcelona y me encuentro solo, sin noticias e incomunicado. ¿Puede usted decirme cuál es el objetivo de esta columna?

—Se ha declarado el estado de guerra. Marchamos a ocupar la Plaza de Cataluña, según nos ha sido encomendado por la superioridad.

—Si me lo permite, mi comandante, me uniré a ustedes.

López-Amor le miró de arriba abajo.

—Bien. ¿Tiene usted armas?

—Una pistola del nueve corto, mi comandante.

—Bueno. Póngase junto al capitán que manda la compañía que viene a continuación de ésta. Si empieza el jaleo, no conviene que vayamos aquí todos juntos.

La columna había terminado de desembocar de la Diagonal en la calle Urgel. Provenía, según se informó Pablo, del cuartel de Pedralbes y se componía de una compañía de Infantería, otra de ametralladoras, dos secciones de acompañamiento con sus correspondientes cañones de setenta y cinco milímetros, y una compañía mixta de soldados y falangistas.

La columna prosiguió su marcha sin ser molestada en lo más mínimo y sin observar nada anormal. Luego comenzaron a verse grupos de guardias de Asalto, que parecían limitarse a observar el paso de la fuerza. Pablo se acercó un momento a López-Amor para darle cuenta del grupo de paisanos armados a los que su presencia había puesto en fuga y, no bien acababa de hacerlo, cuando un sargento de Asalto se aproximó al comandante, advirtiéndole que estuviera prevenido ante posibles emboscadas.

En la calle y sus alrededores reinaba calma absoluta y la columna continuó avanzando, llegó a la esquina de la calle de las Cortes y, entrando en ella, marchó hacia la Plaza de la Universidad. Habrían recorrido unos trescientos metros por la citada calle cuando, desde las bocacalles de la derecha, fueron sorprendidos por nutridas descargas hechas por patrullas de guardias de Asalto y grupos de paisanos

armados.

Inmediatamente los soldados se dividieron en dos filas, guareciéndose en las aceras del paseo, a uno y otro lado, para ofrecer un blanco menor. El comandante demostró una gran serenidad, dando órdenes y gritando a sus fuerzas:

—¡Adelante, muchachos!.

La tropa, pasada la sorpresa del primer momento, reaccionó bien; las ametralladoras abrieron el fuego y, después de un breve pero intenso combate, el enemigo fue ahuyentado, pudiéndose continuar el avance por la calle de las Cortes.

Entre las miradas de nuevos pelotones de guardias, en actitud indecisa, como si no supieran qué partido tomar ante lo que acababan de presenciar, llegó la columna a la plaza de la Universidad, entrando en la misma junto a la verja lateral del edificio que le da nombre. Varios oficiales de Asalto, seguidos de sus patrullas, se incorporaron en aquel momento a las fuerzas del Ejército, a los gritos de «¡Viva el Ejército! ¡Viva España!».

Los guardias empezaron a abrazar a los soldados, y los vítores menudeaban; pero a Pablo no le convencía nada de todo aquello. ¿No eran estos guardias los mismos que, hacía sólo unos minutos, habían disparado contra la columna? Y, asimismo, pudo darse cuenta de que muchos paisanos armados avanzaban como protegiéndose en los guardias de Asalto, y se aproximaban a la tropa. La cosa iba tomando un cariz cada vez más sospechoso, a pesar de que estos nuevos elementos parecían también estar entusiasmados, y repetían también los vivas y aclamaciones al Ejército y a España.

Y así, formando una extraña mezclanza de soldados, guardias y paisanos, llegó la columna de Pedralbes a las mismas puertas de la Universidad, ocupada por fuerzas del regimiento de Montesa que, tras sangrienta refriega, acababan de hacer huir de la plaza a los grupos revolucionarios que se encontraban en ella.

A todo esto el barullo iba en aumento y Pablo comenzaba a pensar que, después de las escaramuzas victoriosas que habían sostenido ambas, las fuerzas de Pedralbes y Montesa iban, en realidad, a verse irremediablemente envueltas en el torbellino de la revolución.

La columna de infantería se tomó unos momentos de respiro antes de partir para su objetivo final, la plaza de Cataluña, que se hallaba ya a menos de doscientos cincuenta metros de distancia.

Pero una vez emprendida la marcha hacia ella, los infantes hubieron de rechazar todavía otro ataque desencadenado, seguramente, por los mismos grupos armados de antes que, avanzando por las estrechas calles interiores de las Rondas, les iban saliendo al paso en cada nueva esquina. Las ametralladoras dispararon de nuevo, haciendo retroceder a la oleada roja y la fuerza consiguió por fin llegar a su objetivo.

La plaza de Cataluña viene a quedar en pleno corazón de Barcelona y su suelo

está inclinado en fuerte pendiente. En su parte superior se hallan algunos grandes edificios modernos, como el Hotel Colón. En el lado opuesto algunos Bancos y, en el ángulo de oriente, el enorme edificio de la Telefónica, el más alto de la ciudad. En el centro de la plaza, para salvar el desnivel de la misma, existe un jardín alzado sobre un terraplén, rodeado de balaustradas y adornado con estatuas y bellas fuentes.

Al entrar la columna en la plaza no había conseguido sacudirse el extraño e indeseable acompañamiento que se le había agregado por el camino, sino que, al contrario, éste había ido engrosando por momentos y los soldados iban ya envueltos en un verdadero torbellino de guardias de Asalto y paisanos. Por si esto fuera poco, la plaza se hallaba llena de grupos cuya presencia resultaba inexplicable a esa hora — sobre todo, en tales circunstancias—, y de transeúntes sospechosos, especialmente por la parte baja, la que da acceso a las ramblas.

Las fuerzas del Ejército, sin despejar el campo y seguidas por sus indeseables acompañantes, se distribuyeron por las aceras de la parte baja y de poniente de la plaza. Las ametralladoras fueron instaladas en las aceras y los cañones en el jardín central, en el cual las palomas, anacrónico símbolo de paz y tranquilidad en aquellos momentos, paseaban plácidamente, ajenas e indiferentes a cuanto sucedía a su alrededor.

La presencia de las tropas, lejos de calmar los ánimos de los paisanos que estaban en la plaza, sólo hacían aumentar la confusión y la inquietud. Aún se oían algunos vivas a España; pero en otras partes empezaban a sonar aclamaciones a la República. La afluencia de gente no cesaba, y por momentos amenazaba con aplastar con su masa a los soldados.

Pablo, que se encontraba con una sección de ametralladoras en el centro de la plaza, para proteger a los cañones, no acababa de explicarse por qué se estaba consintiendo todo aquello, y como es que no se ordenaba aún despejar la plaza, en la cual había ya muchísimos más paisanos que soldados, estando además todos aquellos provistos de armas largas y cortas. ¿A qué filiación pertenecía toda aquella gente que de modo tan sospechoso se comportaba y que así fraternizaba con los guardias de Asalto?

Por fin, López-Amor, preocupado por lo que veía, ordenó pedir la documentación a cuantos paisanos se encontraban en aquel momento en la plaza, resultando que muchos de éstos iban provistos de carnets de la FAI y la CNT. El comandante ordenó desarmar a algunos; pero la inmensa mayoría se replegó rápidamente hacía las bocacalles que conducen a la parte antigua de la ciudad. Los oficiales de Asalto, mientras tanto, cambiaban impresiones con los del Ejército, mostrándose muchos de los primeros claramente vacilantes y sin resolverse a tomar partido por uno u otro bando.

La situación de la columna iba empeorando por momentos. El aire estaba cargado

de amenaza. Ni un solo vehículo atravesaba la plaza, que en tiempos normales era cruzada ya a aquellas horas por numeroso tráfico y, lo que era aún más significativo, los tranvías no habían hecho todavía su aparición. De las bocacalles llegaba el sordo rumor de la muchedumbre que, sin decidirse a atacar aún, rebullía y se agitaba en las vías que desembocaban en la plaza.

En vista de todo ello, López-Amor se decidió a afrontar el peligro y, seguido por un capitán y un grupo de soldados, atravesó la plaza y penetró en el edificio de la Telefónica, que se le había ordenado ocupar. Aquello fue como meterse en la boca del lobo. Las fuerzas de Asalto que lo custodiaban, al mando de un teniente de Seguridad, se negaron en absoluto a colaborar, y el comandante y sus soldados a duras penas lograron salir de nuevo del edificio, después de agotar, sin resultados, todos los recursos, habidos y por haber, para convencer al teniente.

Apenas habían salido los soldados, cuando los guardias cerraron las grandes puertas de bronce de la Telefónica, disponiéndose a resistir cualquier nuevo intento de penetración en el edificio.

El comandante, ante esto, se dirigió al centro de la plaza, donde se encontraba emplazada la artillería, y ordenó abrir fuego contra la parte alta de la Telefónica, tras cuyos ventanales se veían apostados fuertes contingentes de guardias.

Los artilleros apuntaron nerviosamente las piezas e hicieron fuego inundando la plaza y calles aledañas con el estruendo de los disparos. La cadencia y resultado de los primeros impactos resultaron lentos e imprecisos; pero en seguida fueron haciéndose más certeros a la vez que mucho más vivo su ritmo.

Pero, apenas disparado el primer cañonazo, haciendo retumbar la plaza con sus ecos, todas las azoteas de la misma, y en especial las vecinas al edificio de Telefónica, se poblaron repentinamente de una densa muchedumbre en la que andaban mezclados guardias de Asalto y proletarios armados, los cuales abrieron fuego contra la tropa que se mantenía a pecho descubierto en las aceras y el centro de la plaza. Al propio tiempo, la mayor parte de los de Asalto que estaban con ella se separaron rápidamente y corrieron hacia las calles de los lados sur y este de la plaza, donde fueron recibidos con aclamaciones de júbilo por la multitud de compañeros y paisanos.

De las bocacalles comenzaron a llegar disparos, tan numerosos que sonaban como un ruido continuo, parecido al retumbar de un trueno. Los soldados, pasado el primer momento de sorpresa, dispararon las ametralladoras y fusiles desde sus posiciones al descubierto, mientras los cañones continuaban el fuego, haciendo retemblar la plaza a cada nuevo disparo.

Pero, a los pocos minutos, resultó evidente que las tropas se batían en condiciones francamente desfavorables. Habían de aguantar sin protección alguna la lluvia de plomo que les venía de lo alto, así como las violentas ráfagas que barrían el suelo,

mientras los revolucionarios se encontraban resguardados por los pretiles de las azoteas y los salientes de las esquinas, que les permitía hacer fuego sin presentar apenas blanco a los disparos que les propinaban los soldados.

Además de esto, el enorme edificio de la Telefónica, que dominaba toda la plaza, se hallaba convertido en una verdadera fortaleza, repleta de defensores que disponían de abundantes armas y municiones. Los cañonazos del siete y medio casi no hacían mella en la piedra de la magnífica construcción, de la que partían continuas descargas de fusilería.

Apenas iniciado el combate el comandante López-Amor, que se encontraba al lado de Pablo, recibió en una pierna dos balazos que le produjeron una abundante hemorragia y hubo de ser trasladado al Casino Militar, en cuya sala de esgrima se había instalado con precipitación y demasiado a vanguardia, el puesto de socorro de la columna.

Vázquez, impresionado por la herida que el comandante había recibido junto a él, miraba de vez en cuando en aquella dirección y al poco rato le pudo ver salir de nuevo, cojeando ostensiblemente, para volver a ponerse al frente de sus fuerzas. Y entonces se produjo un hecho insólito e imprevisto, que sólo puede explicarse teniendo en cuenta la confusión de la batalla en aquellos instantes, así como que, en las primeras fases de ésta, los dos bandos contendientes no estaban perfectamente delimitados y, probablemente, el desconcierto mental de gran parte de los combatientes al verse sorprendidos, de buenas a primeras, en una guerra.

Dos oficiales de Asalto, separándose de los revolucionarios, se aproximaron al comandante y, antes de que éste se diera cuenta de sus propósitos, le encañonaron con sus pistolas obligándole a subir a un automóvil, que inmediatamente arrancó dándose a la fuga hacia el llamado Portal del Ángel.

Tan rápido había sido todo que sólo muy pocos se dieron cuenta de lo que realmente ocurría. Pablo emprendió veloz carrera hacia el lugar del suceso con ánimo de detener al coche; pocos pasos por delante de él corría un capitán con igual propósito. De pronto, ambos se encontraron aislados en aquel sector de la plaza, convertido en tierra de nadie. Cuatro oficiales de Asalto se dirigieron hacia ellos, intimándoles a rendirse pistola en mano. El capitán intentó repeler la agresión; pero pronto cayó en tierra mortalmente herido. Pablo empezó a hacer fuego contra los de Asalto, derribando a dos de ellos y poniendo en fuga a los otros dos; pero aquella escaramuza había frustrado el propósito de los que corrían a socorrer al comandante. El auto que se lo llevaba había desaparecido ya en el interior de la ciudad antigua. Las fuerzas del Ejército acababan de quedarse sin jefe que los dirigiese.

Vázquez atravesó la plaza y, frente al Hotel Colón, se puso al habla con el capitán más antiguo a quién dio cuenta de lo ocurrido. Se celebró un breve intercambio de impresiones, sacándose en consecuencia que la posición de las fuerzas en el centro de

la plaza y las aceras altas de la misma se estaba haciendo insostenible por momentos. Además, la noticia del secuestro del comandante, al ser conocida, había producido un lógico desconcierto e inquietud en la tropa. Se habían producido bastantes bajas entre los oficiales, si bien estas habían sido cubiertas en parte por Pablo, un teniente de Asalto y dos comandantes retirados, que se habían incorporado espontáneamente a las fuerzas.

El fuego de los revolucionarios se hacía cada vez más violento y los soldados, que sólo podían guarecerse tras los árboles y en la entrada del «Metro», estaban sufriendo numerosas y continuadas bajas. En el centro de la plaza, al lado de los cañones, la mayor parte de las bestias de tiro yacían en medio de un gran charco de sangre.

Todo ello decidió a los oficiales a replegarse en algunos edificios de la parte alta de la plaza, para esperar en ellos la llegada de refuerzos, procedentes de otros cuarteles de la guarnición, que los socorrieran o ahuyentaran a los que sin tregua les atacaban certeramente desde múltiples lugares.

Una parte de la fuerza en la que se hallaban un capitán, Pablo y siete oficiales más, varios de ellos heridos, se retiró al Hotel Colón, cerrando seguidamente las puertas del edificio.



El espanto de los huéspedes del hotel, ya alarmados por el tiroteo y el cañoneo anterior, sobre todo el terror de las mujeres, no es para descrito alguno y, durante los primeros momentos, la confusión más espantosa, reinó dentro del local.

Los ascensores subían y bajaban sin descanso, repletos de soldados cargados de armas y municiones; los huéspedes, algunas de cuyas habitaciones habían sido invadidas sin contemplaciones por la tropa, ya que no había tiempo para andarse con ceremonias, corrían alocadamente por los pasillos. Muchas señoras gritaban sin más a pleno pulmón, presas del histerismo, y algunos hombres protestaban —pretendiendo hacer valer sus derechos, sin darse cuenta de la auténtica gravedad de los hechos que acontecían— al verse obligados a abandonar apresuradamente y de malas maneras sus propias habitaciones.

Los cristales de las ventanas y balcones saltaron en pedazos, destrozados por las descargas que llegaban desde fuera y el revestimiento de las paredes comenzó a mostrar en algunos sitios las huellas inequívocas de los terribles impactos. Todo esto, unido al ruido de los disparos, las voces de mando de los oficiales y suboficiales, y a las que se daban entre sí los soldados —que se hallaban algo nerviosos preparando el baluarte—, hizo que durante algún tiempo el Hotel Colón se viera convertido en una auténtica casa de locos.

Sin embargo, al poco rato, la defensa quedó organizada, procurándose sacar el mayor partido posible de los elementos con que se contaba. Pablo quedó encargado de defender la fachada del hotel que miraba sobre la plaza de Cataluña.

Desde su puesto, un balcón del segundo piso, donde se había instalado una ametralladora, pudo ver como densas masas del bando republicano invadían la plaza. Avanzaban poco a poco, entre feroces aullidos, protegiéndose en los contrafuertes de la explanada central, aprovechando el fuerte desnivel de la plaza. Aquella masa de gente, a veces se asemejaba más a una turba que parecía estar completamente embriagada por la sangre y la pólvora, y avanzaba haciendo caso omiso del nutrido fuego que se le hacía, con fusiles y ametralladoras, desde los edificios ocupados por el Ejército. Por cada uno que caía, había varios que acudían a rellenar su puesto,

como las cabezas de la hidra legendaria, que se multiplicaban al ser cortadas.

Los dos cañones que habían quedado en medio de la plaza reanudaron sus disparos, dirigiéndolos ahora contra las turbas, que se les iban acercando cada vez más. Los revolucionarios avanzaban arrastrándose, dejando que los proyectiles de artillería pasaran zumbando por encima de sus cabezas. Apenas disparado el cañón aprovechaban el tiempo necesario para cargar de nuevo la pieza, y avanzaban gateando, volviendo a echarse al suelo cuando calculaban que la pieza estaba lista para ser disparada de nuevo.

Pablo dirigió contra ellos el fuego de todas sus armas, llegando a disparar él mismo una ametralladora, al caer a sus pies gravemente herido el cabo que la servía. Muchos revolucionarios cayeron abatidos por sus disparos. Sí, caían; pero otros nuevos llegaban incesantemente, y la horda se iba acercando, de manera imparable, cada vez más a las piezas de artillería, lenta pero inexorablemente.

Ya sólo les faltaban unos cuantos metros cuando, con un salvaje aullido salido de varios cientos de gargantas, se pusieron en pie y cargaron contra los cañones, apoderándose de ellos después de una feroz lucha cuerpo a cuerpo en la que se combatió sin cuartel con todas las armas posibles, siendo incluso éstas los nada ortodoxos culatazos, cuchilladas, puñetazos, mordiscos y arañazos.

Un enorme clamor se elevó de la multitud y Pablo, que no se tenía por hombre impresionable, sintió que se le encogía el corazón. Ahora, se dijo, los revolucionarios dirigirán el fuego de las piezas contra el hotel y, en esas condiciones ¿por cuánto tiempo se podría continuar la resistencia? Sin embargo, sus temores no se confirmaron. Ya fuera porque los soldados habían podido inutilizar los cañones antes de sucumbir, o porque los republicanos no supieran manejarlos, lo cierto es que la artillería no fue empleada, de momento, contra los edificios ocupados por el Ejército.

Se produjo entonces una especie de tregua en la lucha, durante la cual ambos bandos contendientes se dedicaron a consolidar sus posiciones. Pablo pudo ver desde su balcón como los revolucionarios se dedicaban a levantar barricadas, mientras que los soldados ponían en las ventanas y balcones del hotel colchones y muebles, para estar más protegidos del fuego enemigo. La batalla se había estabilizado convirtiéndose en una guerra de posiciones, como si de una macabra partida de ajedrez se tratara. El Ejército aguardaba la llegada de nuevas fuerzas que lo socorrieran, mientras que los rojos esperaban confiados la noticia de que los demás destacamentos, aislados unos de otros, fueran a su vez sucumbiendo ante la aplastante superioridad numérica de los revolucionarios.

El tiroteo se fue apagando hasta cesar por completo a ratos; pero bastaba un solo disparo para que la lucha se recrudeciera momentáneamente, para volver a cesar de nuevo pocos instantes después.

Así transcurrió aquella larga mañana. En medio de ésta tensa espera, Pablo se dio

cuenta de que había matado sin haber siquiera sentido indecisión o repugnancia en el instante de hacerlo, inmiscuido como estaba en el fragor de la batalla. Era ahora cuando la terrible realidad se presentaba de manera brutal ante sus ojos y le aterraba. Un súbito latigazo le recorrió la espina dorsal haciéndole estremecerse. Era como un temblor motivado por una descarga eléctrica que, partiendo de lo más interno de su ser, llegaba hasta la columna vertebral para, a continuación, irradiarse desde allí a todos los rincones de su cuerpo, al igual que si de una emisora de radio se tratara, erizándole todo el vello de su cuerpo y haciéndole tiritar como si estuviera aterido de frío. Sus manos se cubrieron de un extraño sudor helado. Jamás se le había ocurrido pensar, cuando en ciertas ocasiones lo había hecho, que matar a un hombre pudiera convertirse en algo tan mecánico y carente de sentimientos, sólo por hallarse uno enfrascado en una situación de máxima tensión en la que, o matas o te matan. Luchó, con gran esfuerzo, por controlar el estremecimiento que recorría su cuerpo y por no dejarse arrastrar por sus sentimientos que le gritaban desde su interior que saliera de allí corriendo y se olvidara de todo. Pero adónde. Además, si huía de allí, aquello no iba a mejorar su situación personal ni mucho menos la de sus seres queridos. Luchó para volver, a pesar de todo, al lugar donde se encontraba. Cuando lo consiguió el temblor desapareció casi tan rápidamente como había venido y se encontró, si así podía decirse después de todo lo ocurrido, algo mejor.

Mientras tanto, en la azotea del hotel, algunos oficiales exploraban la ciudad, ayudados por sus prismáticos, en todas direcciones, tratando de descubrir algún indicio de la presencia de las restantes fuerzas del Ejército. ¿Dónde estarían? ¿Por qué no llegaban? ¿Qué habría sido de ellas? Amortiguados por la distancia se escuchaba el eco lejano de tiroteos y descargas cerradas, que parecían venir de todas las direcciones a la vez, señal evidente de que se combatía encarnizadamente en diversos puntos de la metrópoli de Barcelona.

Hubo un momento, pletórico de alegría y esperanza, en que el estruendo de la lucha se percibió muy cerca, en la calle de Claris, casi en la misma plaza de Cataluña. El ánimo de los defensores subió de nuevo, mientras se gritaban alborozadamente unos a otros:

—¡Ya vienen!

—¡Ya están ahí!

Pero la fuerza de los acontecimientos iba a dictar su cruda realidad haciendo que las tropas salvadoras no llegasen nunca.

Así, entre tiroteos esporádicos, transcurrió la mañana y parte de la tarde. De pronto, una nueva oleada de esperanza sacó a las fuerzas del Ejército de la apatía en que habían ido cayendo poco a poco, cansadas por las diez horas de lucha ininterrumpida que llevaban. ¡Llegaba la Guardia Civil! En efecto, al poco rato, una fuerte columna del citado cuerpo entró en la plaza, siendo recibida de manera jubilosa

por oficiales y soldados. ¡Salvados! ¡Salvados cuando ya estaban a punto de sucumbir!

Pablo estaba preguntándose cómo habrían llegado los guardias hasta allí sin disparar un solo tiro y sin ser hostilizados por los revolucionarios, cuando de pronto se desencadenó en la plaza un furioso tiroteo: ¡la Guardia Civil no estaba de su lado! Y de esta forma tan insospechadamente brutal, quedó respondida su pregunta.

Aquello era el final. Con la moral por los suelos, lívido de ira y dolor, Vázquez se sentó de nuevo tras su ametralladora y, sin pensárselo dos veces, abrió el fuego contra la recién llegada columna. Se componía ésta de casi mil hombres, estando en proporción superior a cinco contra uno en comparación con las fuerzas del Ejército que defendía la plaza. Una fuerza completamente fresca, que llegaba ahora a aplastar a otra agotada por más de diez horas de continuo e incesante combate.

Se produjeron numerosas bajas por ambas partes; pero el resultado de la lucha estaba decidido de antemano. La Guardia Civil estaba ya dentro de la plaza, las puertas de los edificios en que resistía el Ejército se habían abierto, y a esto había que añadir el efecto, tremendo y paralizador, de la sorpresa que aquella inesperada toma de posición por parte de la Guardia Civil produjo en el ánimo de todos.

A los pocos minutos los guardias habían logrado penetrar en Hotel Colón. Muchos de los soldados se rindieron; pero otros, exasperados por el largo combate, se mantuvieron en sus puestos hasta el final, vendiendo caras sus vidas.

Cuatro guardias con los fusiles listos para disparar, entraron en el cuarto del hotel en que se hallaba Pablo con los sirvientes de la ametralladora, de los cuales sólo uno continuaba ileso.

—¡Manos arriba todo el mundo! —gritaron.

Rápidamente sacó Pablo su pistola y empezó a hacer fuego. En aquella lucha, casi cuerpo a cuerpo y en aquellas condiciones —en el interior de una habitación—, el arma corta poseía indudables ventajas sobre los fusiles que portaban sus sorprendentes adversarios.

Dos enemigos cayeron a tierra; los otros dos descargaron sus fusiles pero Pablo estaba saltando y moviéndose de un lado a otro sin parar mientras disparaba y esto, unido a la excitación de la lucha, hizo que fallaran el blanco. Antes de que pudieran cargar de nuevo, Pablo se disponía a matarlos allí mismo, como a perros; pero su pistola, en lugar de disparar, respondió con un «clic» seco, que le heló hasta la última gota de sangre del interior de sus venas. La pistola había fallado.

Vázquez la arrojó a la cara del guardia más cercano y se abalanzó sobre él, intentando arrebatárle el fusil. Su enemigo cayó al suelo; pero en aquel momento recibió Pablo un golpe por detrás en la cabeza, que lo derribó dejándole semiconsciente. Tendido en el suelo y con la visión borrosa, pudo ver como uno de los guardias se echaba el fusil a la cara, con lentitud exasperante. ¡Había llegado su

final...!

En aquel preciso instante entró en la habitación un teniente de la Guardia Civil, que con una ojeada se dio cuenta de la situación y rápidamente desvió el arma asesina.

—¡Quietos! —ordenó—. ¿Qué vais a hacer? Estos hombres son prisioneros de guerra y como tales han de ser tratados.

Refunfuñando bajó el guardia el fusil y el teniente, no fiándose de él al parecer, le ordenó que lo siguiera, dejando sólo a otros dos guardias en la habitación. Éstos cogieron a Pablo sin miramientos de ninguna especie, le pusieron en pie zarandeándole, le sacaron al pasillo a empujones y se dirigieron con él hacía las escaleras.

Aquellas sacudidas tuvieron la virtud para él y la mala fortuna para los guardias de despejar completamente a Vázquez. Aún sentía un fuerte dolor en la parte posterior del cráneo; pero se encontraba en posesión de todas sus fuerzas y, dominado como estaba por la abominable situación, ardía de rabia y deseos de venganza. Pablo, como todos los caracteres habitualmente tranquilos, cuando están fuera de sí, estaba convertido en una verdadera fiera; pero no era una fiera irracional, sino fría y terriblemente calculadora, dispuesta a aprovechar el menor descuido de sus guardianes para saltar sobre ellos.

Se dejó conducir arrastrando los pies, con la cabeza caída, como si apenas pudiera andar a consecuencia del golpe recibido. Había perdido la gorra en la refriega, llevaba la guerrera medio abierta y desgarrada, y tenía los pantalones y los zapatos de paisano que llevaba puestos sucios de polvo y con manchas de sangre.

—Llévate tú a éste para abajo —dijo uno de los guardias al otro—. Yo voy a ocuparme de los soldados que estaban con él.

Pablo continuó dejándose conducir por el guardia, que lo llevaba cogido por un brazo, hasta que ambos doblaron una esquina del pasillo. No había nadie a la vista. Hizo como si hubiera tropezado y fuese a caer, quedando medio agachado. Al inclinarse el guardia ligeramente sobre él para levantarlo, le echó los brazos al cuello y, empleando una llave de lucha libre, le volteó por encima de sus hombros dejándolo caer al suelo de espaldas con un golpe seco y descomunal.

El otro soltó el fusil en su caída y Vázquez, apoderándose de él rápidamente, le descargó un tremendo culatazo en la cabeza. En aquel golpe iban concentrados, inconscientemente, todo el dolor, la indignación y la rabia que había generado en él el inicio de una guerra fratricida y que, de alguna manera, su subconsciente, personificaba, en el enemigo que tenía delante, el mal y la inutilidad de la misma.

Se produjo un ruido sordo y el guardia cayó en tierra con el cráneo completamente destrozado. Ni un solo estremecimiento recorrió su cuerpo. Pablo le cogió rápidamente por debajo de los hombros y lo metió en la habitación más

próxima. Estaba desierta. Su respiración era rápida y profunda, jadeante como la de un atleta que acabara de cubrir los cuatrocientos metros de una prueba olímpica. El corazón quería saltarle del pecho. Cerrando con llave por dentro, procedió a quitarse la guerrera y a remangarse la camisa.

Luego sacó la cartera de uno de los bolsillos de la guerrera y la guardó en el pantalón. Quitó el correa al guardia civil muerto y se lo ciñó. Su mente estaba perfectamente lúcida y trabajaba deprisa; pero sin atolondramiento. C cogió el fusil y, con un sábana, le limpió la culata que se hallaba manchada de sangre. Hecho esto se miró en el espejo de un armario de luna.

En realidad, se dijo, no había nada que lo distinguiera de cualquiera de las personas contra las que había luchado. Se hallaba sucio, sin afeitar, manchado de polvo y sangre, y en mangas de camisa con fusil y cartucheras... Sí, verdaderamente muchos individuos, como el que tenía ahora mismo delante del espejo, habían caído aquella mañana, abatidos por las ráfagas de su ametralladora desde su puesto en el balcón del hotel.

Abrió cautelosamente la puerta y se asomó al pasillo. No había nadie a la vista. Saliendo del cuarto se alejó de allí rápidamente, bajó al piso inferior y se mezcló en la barahúnda general.

Vio muertos a algunos de los oficiales que habían luchado a su lado aquella misma mañana. Otros eran conducidos fuera del edificio, junto con los soldados, y los guardias apenas podían contener al populacho, que quería lincharlos a todos allí mismo.

Cinco minutos más tarde estaba en la calle, sin que nadie le interpelara ni tan siquiera se fijara en él. Por el momento, se había convertido en un revolucionario más.

Mezclándose con la gente se alejó lo más rápidamente posible del hotel, para evitar ser reconocido todavía en el último momento. Quería estar solo para pensar... Sí, había que pensar en el modo de salir de la trampa mortal en que se había metido... ¿Qué habría ocurrido mientras tanto en el resto de España? ¿Habría triunfado el Alzamiento? porque, en verdad, lo que desgraciadamente acababa de vivir había sido demasiado grave como para que no hubiera tenido repercusiones en el resto del país. A renglón seguido su pensamiento voló a lugares de lógico interés para él: ¿qué habría sucedido en Cartagena y en Sevilla? ¿Cómo se encontraría su familia? ¿Qué habría sido de María?... Esta última pregunta le torturaba horriblemente. Se imaginó a María en medio de escenas como la que había presenciado aquella mañana, y al hacerlo experimentó una sensación de vacío en el estómago, dándose cuenta entonces de que sólo había comido un bocadillo desde el día anterior, y eran ya casi las cinco de la tarde.

A medida que se alejaba de la plaza de Cataluña el gentío iba haciéndose cada vez

menos denso. Se dio cuenta de que algunas personas le miraban con extrañeza, pues iba en dirección opuesta a la de todo el mundo, adoptó un paso algo más lento y empezó a tambalearse como si estuviera borracho. Entró, a propósito, en el primer sitio que encontró abierto y, sentándose a una mesa, pidió de comer.



La taberna en que se había metido estaba desierta. El propietario miró con cara asustada al entrar aquel miliciano, cubierto de polvo y de sangre. Se veía que había estado en lo más duro de la pelea... pero tenía cara de ser hombre de pocos amigos; más valía no preguntarle nada por si acaso. Con tal de que no se marchara sin pagar... aunque sería lo más probable. La mayoría de cuantos milicianos habían pasado por su establecimiento aquel día —menos mal que todavía no habían sido muchos— tomando en él lo que se les había antojado, se habían despedido luego con un «salud», todo lo más.

Pablo, mientras tanto, comía con ganas; pero distraídamente. Su cerebro estaba funcionando a todo gas, poniendo en marcha toda su maquinaria y dando siempre vueltas a la misma idea: ¿cómo diablos voy a salir de aquí? Su propósito en aquellos momentos, era pasarse a territorio ocupado por los nacionales; pero, por más que cavilaba sobre el asunto, no lograba encontrarle una solución factible de ser puesta en práctica.

¿Por la frontera de Francia? Seguramente las carreteras estarían muy vigiladas. Por lo pronto, tendría que quedarse a la expectativa uno o dos días, en espera de que las noticias sobre el Alzamiento en el resto de España se concretasen y se hiciesen más dignas de crédito. De esta manera, una vez conocida cuáles zonas ocupaban uno y otro bando, sabría a ciencia cierta hacia donde debería dirigir sus pasos. Después ya se encargaría de trazar el plan más adecuado para lograrlo.

De fuera llegaba de vez en cuando el ruido de algunos disparos, bastante lejanos; pero el tiroteo no era continuo sino esporádico. Evidentemente los combates habían terminado. La resistencia del Ejército quedaba rota en todas partes, aplastada materialmente por la enorme superioridad numérica de los revolucionarios.

De pronto sonaron voces roncadas y discordantes en la calle, seguidas de una risotada y una espantosa blasfemia. La puerta se abrió, dejando paso a tres milicianos borrachos, armados con fusiles y pistolas, y ostentando sendos brazaletes de la FAI, los cuales entraron en el establecimiento, pidiendo vino a grandes voces.

El dueño se lo sirvió y ellos continuaron su bacanal, entre risotadas y bravatas, jactándose cada cual de las hazañas realizadas aquella mañana y de las que pensaban

llevar a cabo en adelante. A Pablo le pareció, a juzgar por el estado en que se encontraban, que los tres no habían hecho otra cosa que beber durante todo el día.

Al poco rato uno de ellos reparó en Pablo, que no se había movido de su rincón y seguía comiendo, tranquilo en apariencia, pero sin dejar de mirarles disimuladamente y pendiente de su menor movimiento. Acercándose con paso inseguro, el otro quedó plantado ante él y, con voz un tanto confusa le preguntó:

—¿Qué haces aquí, camarada? No son éstas horas de estar comiendo, sino de combatir al fascismo. Allá donde se esté luchando, deberías encontrarte ayudando a tus compañeros.

Los otros dos milicianos se habían enzarzado en una discusión entre sí; pero el propietario había notado lo que ocurría, y contemplaba la escena con cara de terror. El pobre hombre veía inevitable ya una disputa a tiros dentro de su establecimiento con el consiguiente perjuicio para su maltrecha economía.

Pablo no se dignó contestar y siguió comiendo tranquilamente sin levantar la vista hacia su interlocutor; pero en realidad estaba atento a cualquier movimiento, violento o no, que éste pudiera iniciar.

El miliciano se acercó más aún y, poniéndole una mano en el hombro prosiguió:

—Qué, camarada, ¿es que no me has oído?

Pablo entonces dejó de comer, y se levantó lentamente. Estaba inerte pues había dejado el fusil sobre una silla cercana, mientras que el otro llevaba un enorme pistolón al cinto. Contempló de hito en hito al miliciano, que no pudo sostenerle la mirada, y luego habló, deliberadamente de forma lenta y marcando con parsimonia las pausas:

—Mira mis ropas, camarada. ¿Crees que estarían así de haber pasado la mañana de taberna en taberna, como muchos que presumen de valientes? ¿Sabes en donde he estado? —y como el otro permanecía atónito por lo inesperado de la respuesta, añadió— No, ¿eh?... Pues en el duro combate de la plaza de Cataluña.

Y cogiendo al otro por los hombros, con dedos que parecían garfios, continuó alzando la voz:

—Y ahora, largo de aquí, antes de que pierda la paciencia. Quiero comer en paz.

Los otros dos milicianos, dándose cuenta de que algo extraño ocurría, se acercaron, y uno de ellos que parecía estar algo más sereno dijo:

—¿Qué haces, Paco? ¿Es que no puedes estar un momento tranquilo, sin armar camorra? —y dirigiéndose a Pablo, añadió—. No le hagas caso, camarada, y ven a beber un poco con nosotros.

El llamado Paco estaba lívido de ira y de miedo. La expresión que había visto en los ojos de Vázquez le había helado la sangre en las venas y, aunque no se atrevía a enfrentarse con él, no dejaba de mirarlo torvamente. Al cabo se dejó aplacar por sus compañeros; si bien de vez en cuando continuaba dirigiendo miradas malévolas al

desconocido.

Éste decidió ser diplomático y, acercándose al mostrador con los milicianos, bebió unas cuantas rondas con ellos. Al cabo de un rato, uno de los faistas le preguntó, sin malicia, por el partido o sindicato al cual pertenecía, contestando Pablo que a la CNT. Ésta, en aquellos días trágicos se repartía con la FAI el dominio de Barcelona. Los dos sindicatos, olvidando viejas rencillas, se habían unido con el fin de «dar la batalla definitiva al fascismo».

Se brindó por ambas organizaciones y por fin los milicianos se fueron, siguiéndoles Pablo al poco rato. Pero aquel encuentro le hizo meditar. ¿Qué pasaría si a alguien se le ocurría pedirle la documentación? Siempre podría argumentar que la acababa de perder; pero, aun así, probablemente, el asunto le terminaría acarreado serios problemas.

Tenía que hacerse, sea como fuere, con un carné de alguno de los partidos obreros. Era el complemento indispensable a su atuendo de miliciano. Con esta idea en la mente volvió a la zona que aquella mañana había sido escenario de la lucha.

Al llegar al cruce de la calle Claris con la de la Diputación, se ofreció a su vista un espectáculo espantoso. Atravesados en la calle, formando una especie de barricada, se encontraban varios caballos muertos, y por doquier se veían cadáveres de soldados y milicianos en las más variadas y grotescas actitudes. Allí había sido aniquilada aquella mañana un columna de Artillería, no sin haber opuesto una encarnizada y feroz resistencia a las tropas republicanas, de la cual eran mudos testigos las decenas y decenas de cuerpos sin vida que se veían diseminados por el suelo.

Los buitres humanos —los primeros en aparecer en cualquier sitio donde campe la desgracia— habían realizado ya su obra. Por todos los lados se veían, junto a los cadáveres, las carteras arrojadas al suelo después de haber sido saqueadas. Pero afortunadamente, Pablo buscaba otra clase de botín. En menos de diez minutos, se había hecho con veinte carnés de la CNT, la FAI, y del partido separatista catalán. Con ellos se retiró rápidamente, pues algunos transeúntes empezaban a mirarle con desconfianza. Si alguien le preguntaba, pensaba decir que estaba recogiendo aquellos carnés para que no se pudiera hacer uso indebido de ellos; pero afortunadamente nadie se atrevió a interpelarlo.

Después, no teniendo donde meterse, se dedicó a vagar al azar por las calles. ¿Cuánto tiempo estuvo andando así, sin rumbo fijo? No sabría decirlo metido como estaba en oscuros pensamientos; pero al cabo se dio cuenta que había anochecido.

La ciudad estaba por completo en manos de las turbas. Pablo, apenado, observaba como por doquier se veía el resplandor de los templos incendiados y se oían los disparos de los fusilamientos realizados a capricho por los milicianos. Lo más terrible de las guerras, pensó, es el poco valor que tiene, por regla general, la vida del

adversario en cualquiera de los bandos. Estaba convencido de que, por desgracia, en otras poblaciones de la geografía española, inclusive en la zona nacional, estaría ocurriendo lo mismo pero al contrario. Desde que el hombre era hombre, así había sido.

Pero de toda aquella depravación humana, tal vez lo que más impresionaba el ánimo de Pablo eran las mujeres. Ya por la mañana, había visto a algunas tomar parte en los combates contra el Ejército; pero aquellas eran otra cosa: al fin y al cabo eran mujeres luchando por unos ideales. Sin embargo, las que veía ahora, salidas de todos los bajos fondos de la ciudad, apenas merecían el nombre de tales. Eran verdaderas arpías, con los ojos inyectados en sangre, que pululaban por doquier, borrachas y vociferantes, incitando a los hombres a cometer los mayores desmanes y atrocidades.

No, decididamente no era prudente continuar vagando así por las calles y Vázquez, que además se encontraba exhausto después de la lucha y las emociones del día, decidió buscarse un sitio tranquilo donde pasar la noche. Se dio cuenta entonces de que se hallaba en la calle Lauria, situada en uno de los barrios más acomodados de la ciudad.

No queriendo meterse en un hotel, donde estaría expuesto a tener encuentros comprometedores ya que probablemente serían registrados de arriba abajo por los revolucionarios en busca de fugitivos, Pablo resolvió continuar en su papel de miliciano, que tan buen resultado le estaba dando, y requisar alojamiento en cualquier parte.

Eligiendo una casa al azar, preguntó a la portera por las familias que la habitaban. Ésta las fue enumerando hasta llegar a uno de los pisos en que, según dijo, vivía una señora ya mayor con dos nietos pequeños.

—Bien —interrumpió Pablo—. No necesito saber más. ¿Qué piso dijo usted que es?

—Pero si la pobre señora no ha hecho mal a nadie —protestó la portera—. Le aseguro, por lo que más ame, que se trata de una buena mujer. ¿Para qué la quiere usted?

—¡Tres personas nada más en un piso tan amplio! ¡Se han acabado ya los egoísmos y monopolios de los burgueses! Tendrán que alojar a algunos combatientes del pueblo, y yo voy a ser uno de ellos.

Con estas palabras echó escaleras arriba y llamó a la puerta, golpeando con la culata del fusil. Sentía tener que asustar e incomodar a aquella pobre señora... pero no había otro remedio. No podía arriesgarse a tener disputas que condujeran a cualquier investigación, y por ello eligió una casa en la cual no había hombres.

Nadie salió a abrirle y Pablo volvió a llamar con mayor violencia. Al poco rato se abrió una mirilla de la puerta y una voz femenina, temblorosa, preguntó qué deseaba.

—Abra la puerta. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

La mirilla se cerró y casi inmediatamente se abrió la puerta cosa de un palmo, como a regañadientes, apareciendo en la abertura la cabeza de una mujer, muy asustada.

—¿Qué es lo que desea usted saber? —preguntó con la voz un tanto entrecortada.

Pablo empujó la puerta, se introdujo en la casa y volvió a cerrar a sus espaldas. Respiró aliviado pues, verdaderamente, no hubiera sabido qué hacer si su interlocutora se hubiese negado en redondo a abrirle.

La persona que tenía ante él era una mujer más bien pequeña, ligeramente encorvada, que representaba unos sesenta y pocos años de edad. Vestía de negro de pies a cabeza; tenía el pelo completamente blanco y el rostro, bondadoso, surcado de arrugas que se entrecruzaban en todas direcciones.

—¿Cuántas personas viven en este piso? —procedió a preguntar Vázquez casi de inmediato.

—Sólo yo y mis dos nietos: un niño y una niña.

—Pues es un piso muy grande. Demasiado grande para tan sólo tres personas. Seguramente les sobra a ustedes sitio... —y, antes de que ella pudiera replicar nada, añadió— Tendrá usted que alojar aquí algunos camaradas de las milicias del pueblo, que en estas horas se encuentran combatiendo el fascismo, y yo voy a ser el primero de ellos. A ver, enséñeme una habitación vacía y luego prepáreme algo de comer.

La pobre mujer, comprendiendo que de nada le serviría protestar ni discutir, echó a andar pasillo adelante y Pablo la siguió. El papel que estaba desempeñando le repugnaba indeciblemente... pero se dijo a sí mismo que no había otro remedio. No podía continuar vagando por las calles ni exponerse a tomar habitación en un hotel o pensión. Tenía que pasar desapercibido, por lo menos durante unos días, y probablemente esa era la mejor forma de lograrlo, o por lo menos a él no se le ocurría otra.

Se encontraba rendido y soñoliento. Ahora que estaba en lugar seguro —es decir, todo lo seguro que un oficial nacional podía estar en Barcelona durante aquellas funestas fechas— le sobrevino la laxitud total, reacción lógica y normal del cuerpo después de aquel día tan largo y agitado.

—Aquí tiene usted la habitación de mi hijo. Normalmente no está en casa, y por eso está vacía. Ahora voy a ver si le preparo la cena. La muchacha y la cocinera se marcharon a medio día y ninguna de las dos ha vuelto aún y, con tanto jaleo, no sé tan siquiera si lo harán.

Mientras su anfitriona involuntaria le hacía la comida, Pablo se dirigió al cuarto de baño. Allí se dio una ducha fría que, además de hacerle tanta falta, le despejó un tanto la cabeza. Luego procedió a examinar el contenido de sus bolsillos. De todo aquello que podía comprometerle, sólo conservó su cartera militar, con una vaga noción de que, tal vez, pudiera serle útil más adelante. Entre los carnés que había

recogido aquel día eligió el que le pareció más apropiado, a nombre de un tal Francisco Pons, dirigente de la CNT de Tarragona, que tenía, es decir y para hablar con propiedad, había tenido aproximadamente su misma edad. La fotografía del titular no se le parecía demasiado; pero Pablo pensaba dejar de afeitarse la barba, y esto haría que el parecido no fuese muy necesario.

Quemó todos los demás papeles y carnés que tenía encima, conservando tan sólo el dinero, y arrojó, a continuación, las cenizas por el retrete, intentando de esta forma, no dejar nada al azar que pudiera inculparle.

Durante la cena se estuvo jactando ante la señora de la casa, de las hazañas realizadas aquella mañana, de todos los fascistas que había matado y de los que aún pensaba «liquidar». La pobre mujer le oía horrorizada, y varias veces pareció a punto de desmayarse; pero Pablo continuó su perorata. Había que pasar a toda costa por un revolucionario auténtico.

Terminada la comida se echó en la cama mortalmente cansado, sin quitarse más que los zapatos, y al poco rato dormía profundamente.



Una semana más tarde Pablo estaba aún en casa de la señora Rius. El Movimiento había fracasado en toda Cataluña y Vázquez, por más que se devanaba los sesos, no lograba hallar el medio de pasarse a la zona nacional. Su primera idea había sido hacerse con un coche y escapar con él por la frontera de Francia; pero hubo de desecharla en seguida pues las carreteras estaban siendo estrechamente vigiladas y resultaba evidente que no hubiera podido llegar muy lejos.

Por otra parte, no había tenido en Barcelona ningún encuentro desagradable, si bien se había visto obligado a asistir impotente al saqueo e incendios de los templos, así como a presenciar los mayores desmanes y atropellos cometidos por las turbas en su afán de revanchismo mal entendido. Lo más crudo de la naturaleza humana se imponía a la razón sin remedio.

Su patrona aún no le había perdido por completo el miedo, aunque ya no temblaba como una azogada cada vez que él le dirigía la palabra, como lo hacía al principio. Procuraba a toda costa que sus nietos, una niña y un niño de unos nueve y siete años, respectivamente, no tuvieran, a ser posible, contacto alguno con él.

Aquella mañana sonaron recios golpes en la puerta y, cuando la señora fue a abrir, vio con espanto por la mirilla que se trataba de tres milicianos de aspecto patibulario, armados con fusiles y pistolas y con pañuelos rojos al cuello.

—Abran la puerta. Venimos a realizar un registro.

Momentos después los tres hombres habían entrado en la casa y comenzaban a escudriñar todo, sin el menor miramiento. En verdad era gente mala, de la peor clase; gente de la que se puede uno encontrar en los barrios más bajos de cualquier ciudad del mundo, claro exponente no ya del bando contrario, sino de unos vulgares rateros venidos a más sacando partido en medio de la confusión generada en unos momentos tristes y difíciles.

La señora Rius, apoyada en la pared, asistía más muerta que viva al destrozo de su mobiliario, sin osar hacer observación alguna, cuando uno de los milicianos le dirigió la palabra:

—¿Cuántas personas viven aquí?

Antes de que la pobre mujer pudiera responder, se oyó una voz sonora que preguntaba a su vez:

—¿Qué es esto, camaradas? ¿Qué venís a buscar aquí?

Algo había en el tono de aquella voz que hizo a los tres intrusos cesar en su registro y volverse a mirar al que hablaba. Pablo había entrado en la habitación con la camisa arremangada, desabotonada hasta medio pecho y la pistola al cinto. Con su barba de ocho días, su aspecto no tenía nada que envidiar al de los otros tres hombres. Antes de que estos se repusieran de su sorpresa, el recién llegado continuó:

—Soy el camarada Francisco Pons, de la CNT de Tarragona.

—Perdona, camarada, no sabíamos que hubiera nadie del partido aquí. Vinimos a efectuar un registro... ya sabes.

—Llevo ya unos días alojado en esta casa, y os aseguro que no hay nada que buscar aquí, camaradas.

Pablo hablaba sin alzar la voz; pero en un tono que no admitía réplica. El de una persona acostumbrada a mandar y a que sus órdenes sean cumplidas sin vacilaciones ni preguntas.

—Bien, si tú lo dices...

—Así es, camarada. No te quepa la menor duda.

Sin darse perfecta cuenta de lo que ocurría, los tres milicianos se encontraron de pronto en la puerta, mientras Pablo les despedía afablemente con el puño en alto y una sonrisa un tanto irónica en los labios.

—Salud, camaradas.

Le contestaron con un «salud» algo malhumorado y se fueron por donde habían venido. Después de todo, pensaron, en Barcelona no faltaban otras casas en las entrar para saquear.

—No sabe usted cuanto le agradezco el que hiciera que se fueran esos hombres, quiero decir, esos camaradas —dijo la señora Rius en cuanto se hubieron marchado—. Estaban destrozándolo todo y dicen que luego se llevan...

Pablo la interrumpió algo secamente:

—No haga usted demasiado caso de todo lo que se dice —y, echándose el fusil al hombro salió de la casa dando un portazo, considerando este mutis como el más apropiado a su papel de miliciano.

* * *

Aquella misma tarde oyó hablar por primera vez de la presencia de unos barcos de guerra extranjeros en el puerto. Habían venido, alarmados por los rumores que corrían por casi todos los rincones del mundo acerca de los trágicos sucesos de Barcelona, para tratar de proteger a los súbditos de sus respectivos países que se

vieron atrapados allí al comienzo de la contienda.

Unos cuantos afiliados a la FAI comentaban la visita en son de protesta. Pablo se quedó escuchando para ver si pescaba algo de verdadero interés:

—¿Qué han venido a buscar éstos aquí?, que se vayan de una vez por todas a su tierra, a inmiscuirse en sus propios asuntos, y nos dejen a nosotros en paz mientras solventamos nuestras diferencias.

—Sí, además nadie les ha llamado.

—Sólo faltaba que quisieran intervenir...

Pero para Pablo, aquella conversación fue un rayo de luz y de esperanza. ¡Barcos de guerra extranjeros! ¡Si pudiera subir a bordo de uno de ellos! Entonces se encontraría completamente a salvo, pues la camaradería existente entre los marinos de todos los países del mundo haría que no le desampararan. Buscaría la protección de un pabellón extranjero y así podría volver a la zona nacional.

Una hora más tarde llegaba al puerto de Barcelona, pudiendo comprobar la veracidad de lo que acababa de oír. Junto a uno de los muelles se divisaba la maciza silueta del crucero pesado inglés «*London*» y algo más allá la grácil figura de su congénere italiano «*Fiume*». También se hallaban en el puerto el crucero francés «*Duquesne*» y el acorazado de bolsillo alemán «*Admiral Scheer*». Parecía que oportunidades no le iban a faltar.

Pero al poco rato de vagar por allí, pudo darse cuenta de que su propósito de evadirse en uno de aquellos barcos no iba a resultarle nada fácil. Los anarquistas, deseosos de impedir a toda costa que sus víctimas se les escaparan de las manos, habían montado una estrecha vigilancia en torno a las unidades navales extranjeras, haciendo poco menos que imposible la entrada y salida en ellas, de cualquier persona ajena a la dotación de las mismas. Tal vez de noche, aprovechando la oscuridad, fuera posible llegar a nado hasta uno de los buques; pero sería una locura intentar nada en aquel momento.

Ya iba a retirarse del puerto, cabizbajo y desilusionado, cuando, atracado en uno de los muelles, descubrió la presencia de un submarino español: el «*C-10*». No había reparado en él anteriormente, debido a que su mente estaba obsesionada con los barcos extranjeros, y al pequeño tamaño del submarino en comparación con éstos; pero ahora, al verlo, una nueva idea cruzó como un rayo por su cabeza.

¿Y si pudiera tomar el mando de aquel submarino y de paso hacer que cayera en manos de los nacionales? La empresa, indudablemente, era arriesgada; pero su espíritu aventurero y su sentido del deber se la hacían aparecer extraordinariamente atractiva. En todo caso, se dijo, había que estudiar a fondo las posibilidades que esta nueva idea presentaba.

Estaba seguro de que, con el atuendo que llevaba y con su barba de ocho días, ningún miembro de la dotación del submarino sería capaz de reconocerlo, aunque

hubiese embarcado anteriormente con él y, animado con esta confianza, se acercó al «C-10».

El buque, al menos a juzgar desde el exterior, parecía encontrarse en perfecto estado. Sólo un marino experto como Pablo hubiera podido descubrir en él pequeños, pero inequívocos, detalles de suciedad y abandono, señal cierta de que no había oficiales a bordo.

Confundiéndose con los curiosos que paseaban por el muelle, continuó largo rato escudriñando cuidadosamente el submarino de proa a popa, sin descubrir nada nuevo. Varios marineros saltaron a tierra y Pablo les fue siguiendo de lejos. Cuando tres de ellos se sentaron en la puerta de un cafetín cercano al puerto, él se instaló en una mesa a su lado y, sin llamar la atención, se puso a escuchar la conversación.

Por ella se enteró que el «C-10», tal y como había supuesto, se hallaba, efectivamente, sin mandos. La dotación se había amotinado en alta mar contra el comandante y los tres oficiales. Cogiéndolos por sorpresa, los habían encerrado en un camarote, regresando con ellos a puerto donde los habían entregado a las autoridades del Gobierno catalán. Dos de los oficiales habían resultado heridos en la breve refriega que tuvo lugar a bordo del submarino tras el motín.

A juzgar por las palabras de los marineros, posteriormente habían tratado que el «C-10» volviera a hacerse a la mar; pero la falta de oficiales capacitados para tomar el mando lo había impedido hasta entonces.

Así, pues, el Gobierno catalán, con toda seguridad, estaría deseoso de encontrar a alguien capaz de mandar el «C-10». La presentación de un teniente de navío submarinista les parecería como llovida del cielo. Seguramente le recibirían con los brazos abiertos... o tal vez no. Tal vez tuvieran ya información sobre su presencia en Barcelona y, alarmados por la falta de noticias, estuvieran tratando de averiguar su paradero para echarle el guante y meterlo en la cárcel o fusilarlo.

Pablo pensó que, al fin y al cabo, la vida está llena de riesgos y valía la pena intentarlo. Probablemente no encontraría otra ocasión como ésta en mucho tiempo para tratar de volver con su gente. Así pues, al día siguiente por la mañana, se presentaría a las autoridades, dando a conocer su verdadera personalidad y su calidad de oficial submarinista. Aquella noche tendría que pensar en una buena excusa para no haberse presentado antes.

El plan era aventurado, no cabía duda. A la menor sospecha de sus verdaderas intenciones se le fusilaría o le arrojarían por la borda sin más contemplaciones... pero más valía eso que recibir un tiro tratando de alcanzar a nado uno de los barcos de guerra extranjeros que había en el puerto... y con el botín que podría obtener, también merecía la pena arriesgarse. ¡Hacer que el submarino cayera en poder de los nacionales! ¡Si pudiera conseguirlo su regreso sería todo un éxito!

Aquella noche Pablo no se durmió hasta muy tarde y, cuando lo hizo, tenía ya

completa la historia que pensaba contar al día siguiente. No tenía intención de presentarse a las autoridades de Marina, pues se había enterado que las funciones de comandante de Marina estaban siendo desempeñadas por un auxiliar del cuerpo de oficinas y que un capitán había tomado el mando de la Aeronáutica Naval. Efectuaría su presentación en la propia Generalidad. En aquellos tiempos agitados, probablemente este procedimiento, a todas luces antirreglamentario, no extrañaría demasiado... o, al menos, eso era lo que esperaba él.

Pensaba decir que su tren había sido detenido a mitad de camino al estallar el Alzamiento y que se había visto obligado a continuar viaje por sus propios medios, no habiendo podido llegar a Barcelona hasta casi una semana después de lo previsto. Además, había perdido el equipaje por el camino.

A la mañana siguiente, en lugar de su atuendo normal: pantalón, camisa, fusil y cartucheras, se puso una chaqueta y se ciñó la pistola al cinto. Llegó a la plaza de San Jaime, donde se encuentran el Ayuntamiento y la Generalidad y, después de echar una postrer mirada al cielo, sereno, de un azul intenso y sin una sola nube, tras llenar de aire sus pulmones para templar sus nervios que le cosquilleaban en el estómago como si tuviera un hormiguero dentro, se encaminó resueltamente hacía el palacio de la Generalidad. En aquel instante pensó que, a todas luces, lo que estaba haciendo equivalía a meterse en la boca del lobo.

* * *

Sólo cuando se vio otra vez en la calle, se atrevió Pablo a respirar de nuevo a sus anchas. Sin embargo, se dijo, era preciso reconocer que todo había sido mucho más fácil de lo que había temido en un primer momento. Al parecer, los señores de la Generalidad, se hallaban tan ansiosos de hacer la guerra, que el submarino se había convertido para ellos en una especie de obsesión . Por ello, al decir que era especialista en submarinos, todo habían sido facilidades e inmediatamente le ofrecieron el mando. Por lo visto, en aquellos momentos de euforia de separatismo e independencia, no se le había ocurrido a nadie pedir informes suyos a Madrid.

Pero resultaba evidente que no confiaban en él por completo, como lo probaba el hecho de que le hubieran nombrado un comisario político para a bordo. Se le explicó claramente que él sólo sería el comandante del «C-10» en lo referente a cuestiones de índole puramente militar o marinera. En todo lo demás, el comisario político debería y tendría que compartir el mando con él.

Pablo se vio obligado a aceptar esta condición, que tanto le repugnaba. Sin embargo, se dijo, en un crucero de guerra pocos serían los asuntos en los que el comisario pudiera intervenir.



A la caída de la tarde, después de pasar de nuevo por la Generalidad a recoger su nombramiento de comandante, Pablo se encontraba en un coche, que las autoridades militares habían puesto a su disposición, con las credenciales en un sobre, camino del puerto para tomar el mando del submarino. Sería aquella una extraña ceremonia de toma de posesión, sin nadie que le entregara el barco y vestido de paisano como iba, pues no había tratado siquiera de recuperar su equipaje. Hubiera sido demasiado peligroso.

Le habían dicho que a bordo estaban ya avisados de su llegada, así que le estarían esperando. Al acercarse al «C-10», sus emociones eran un tanto confusas: por fin era comandante de un submarino, lo que tantas veces había ambicionado a lo largo de su vida; pero, ¡en qué circunstancias! Sonrió amargamente y pensó que este destino, que en cualquier otra ocasión le hubiese encantado, le dejaba ahora absolutamente frío. Por si no fuera suficientemente adversa la situación, en su interior sufría mucho —era superior a él y no podía evitarlo— por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor: se encontraba profundamente apenado por ver la necesidad del ser humano, totalmente incapaz de arreglar sus diferencias por medio de la razón y de manera pacífica y civilizada. ¡En fin! esto parecía no tener solución de momento o al menos ésta no se hallaba al alcance de sus manos. Debía poner los pies en tierra y tratar de llevar a cabo, por lo menos, la misión que a sí mismo se había encomendado. Por si todo esto fuera poco, había que añadir a sus padecimientos la tremenda añoranza que sentía por María, por su familia, por sus amigos...

Como es lógico, con todo este pesar, Pablo no experimentó emoción alguna al pisar por primera vez la cubierta de su barco... ¡Su barco!... y en ese momento recordó lo que tenía que hacer con él. Sí, estaba allí para entregar el submarino a los nacionales, una empresa mil veces más arriesgada que un simple crucero de guerra en submarino y, como siempre, la sensación de riesgo alejó la indiferencia que sentía. Allí había algo que él tenía que hacer. Una meta clara por la que luchar. Algo más por lo que sentirse vivo. Pero algo muy peligroso, y había que empezar a hacerlo desde aquel preciso momento, sin demora. Cuanto antes, mejor.

En cubierta le esperaban su segundo —un suboficial submarinista— y el

comisario político, con el que habría de compartir el mando en todo lo que no fuera estrictamente profesional.

Pablo conocía al suboficial, que había estado con él en la flotilla de submarinos, un tipo gris, poco brillante, sin personalidad, cumplidor de su deber, pero sin inteligencia ni iniciativa alguna. Seguramente estaba en aquel bando como hubiera podido estar en el de enfrente; sólo porque sí, no por convicción. Había caído allí, y resultaba más cómodo dejarse llevar por las circunstancias, sin tener que tomar decisiones sobre cosas cuyo alcance no comprendía. ¿Cuántas personas se hallarían en ésa misma situación, independientemente del bando donde se encontraran?

Pero todo esto sólo lo pensó Pablo de forma confusa, durante una fracción de segundo, pues inmediatamente toda su atención se concentró en el otro tipo que tenía delante y al que veía, a Dios gracias, por primera vez en su vida: el comisario político.

Al mirarlo se dijo que nunca se había encontrado ante un hombre tan repulsivo en toda su vida. Era alto, fuerte y grueso, llevaba los brazos remangados y la camisa desabrochada, mostrando sus antebrazos fuertes y velludos, y el ancho pecho, cubierto de un espeso vello negro. Hacía varios días que no se había afeitado y llevaba una gorra extraña, con una estrella roja de cinco puntas, muy echada hacía atrás sobre la revuelta pelambreira. Pero eran sus ojos, sin duda, lo que más atraían la atención. Juntos y hundidos, había en ellos una expresión tal de crueldad y desconfianza que, unidos al brillo inteligente de los mismos, hizo que Pablo sintiera un ligero cosquilleo en la nuca.

Con aquel tipo a bordo, evidentemente listo dado el cargo que ocupaba, le iba a ser muy difícil llevar a cabo su plan; también comprendió que resultaría inútil intentar atraérsele para adormecer sus sospechas. Si obraba así, sólo conseguiría despertarlas aún más... y desde aquel momento determinó la línea de conducta a seguir con él: le haría ver, siempre que pudiera, que el comandante allí era el teniente de navío Vázquez, y se lo demostraría de la forma más molesta y desagradable posible. Tal vez así el otro creyera que obraba de buena fe. En caso contrario, pensaría, no se atrevería a enfrentarse tan abiertamente con él.

Ignorando al comisario —como parte estratégica de su plan recién ideado—, Pablo se dirigió al suboficial, al que alargó la mano:

—¿Cómo está usted, don Manuel? Me alegro mucho de que volvamos a estar juntos.

El otro le sonrió y se esponjó visiblemente mientras estrechaba su mano.

—Pues ya lo ve, don Pablo, vamos tirando —de pronto pareció sentirse molesto, y echó una mirada de reojo al comisario, el cual parecía no permitir que nadie se olvidara de quien era y cual era su función allí—. Don Pablo, déjeme que le presente al comisario político de a bordo, el camarada Juan Álvarez.

—Encantado, camarada —dijo el aludido adelantando su mano, aunque sus ojos decían todo lo contrario.

Vázquez lo miró fríamente mientras le estrechaba la diestra, húmeda y resbaladiza de sudor, pero dura y fuerte.

—Comandante para usted, como para los demás —contestó y, antes de que el otro, furioso, pudiera encontrar una réplica adecuada, se dirigió de nuevo al suboficial, que parecía estar anonadado y sin comprender muy bien lo que allí pasaba.

—¿Cuántos días tardaremos en estar listos para salir, don Manuel? —le preguntó con deferencia—. El Gobierno quiere que sea lo antes posible. Tenemos órdenes concretas al respecto y parece ser que hacemos mucha falta allá abajo, en el Estrecho —aclaró Pablo.

—Verá, mi comandante, estuve hablando con el jefe de máquinas poco antes de llegar usted y me dijo que, por su parte, en cuanto se complete el relleno de combustible y agua. De víveres no andamos muy bien que digamos, y hace ya más de una semana que no se trae el fresco. Además, tenemos mucha gente en tierra. Desde que... bueno, ya sabe usted, resulta muy difícil mantener la disciplina, y hay muchos que no vienen siquiera a dormir a bordo con el pretexto de tener familia en la ciudad.

Esto último no hizo ninguna gracia a Pablo. Lo más conveniente para su plan, por todos los conceptos, era hacerse a la mar cuanto antes, y he aquí que ahora resultaba que el barco estaba medio vacío.

Continuó hablando con don Manuel acerca de los torpedos, municiones y demás detalles técnicos del buque; estado de entrenamiento de la dotación, y otras cuestiones en las que el comisario no podía intervenir, pues no entendía ni una palabra de ellas, hasta que, al cabo de un rato, Álvarez se marchó furioso, no sin echar antes una mirada malévolamente al nuevo comandante.

Casi al momento llegó el jefe de máquinas —otro suboficial, desconocido para Pablo— que estuvo hablando con él unos minutos sobre el estado de los motores y otras cuestiones de orden técnico, sin sacar ninguna impresión particular del individuo.

Entonces se dirigió de nuevo a don Manuel.

—Segundo —nuevo esponjamiento de éste—, voy a llegarme a la Generalidad a dar cuenta del estado en que he encontrado el barco y a pedir el relleno de combustible, agua y demás pertrechos. Trataré de conseguir que nos manden víveres frescos lo antes posible y solicitaré ayuda para traer de nuevo toda la gente a bordo. Nadie, absolutamente nadie —recalcó—, debe abandonar el barco hasta que yo vuelva, y si llega algún marinero habrá de permanecer a bordo también. Tengo intención de salir a la mar lo antes posible, de acuerdo con las instrucciones recibidas, y, como es obvio, no podremos hacerlo sin gente.

* * *

—Larga a popa. Toda la caña a estribor. Avante despacio babor... Larga el largo de proa.

Dócilmente, como un caballo de pura sangre obedece a la presión experta de las riendas que ejerce su jinete, el «C-10» empezó a apartarse del muelle, siguiendo las órdenes de Pablo.

—Para... Larga el «spring»^[2] de proa... Caña a la vía... Atrás despacio las dos... —y el barco se separó de tierra, moviéndose hacia atrás, para revirarse en el centro del puerto. Luego, navegando ya avante, fue desfilando ante las numerosas *almadías*^[3] de los viveros de mejillones, característicos del puerto de Barcelona. Eran las once de la noche del siete de agosto.

Durante los últimos diez días, Pablo había trabajado como un negro, ocupándose de los mil detalles necesarios para que el barco pudiese salir, y al fin lo había conseguido. Faltaban algunos miembros de la dotación; pero eso no importaba demasiado. Lo esencial era que el submarino se hiciese a la mar, antes de que algún acontecimiento imprevisto echase a rodar todo el plan que tan afanosamente había fraguado.

Las luces roja y verde que marcaban la entrada del puerto se encendían y apagaban, como en un entrañable gesto de despedida. El firmamento se encontraba completamente tachonado de estrellas que parpadeaban en su solitaria y silenciosa lejanía. Ya en franquía, Vázquez ordenó dar avante toda, y a poco el barco recibió el primer embate de la mar, ligeramente rizada por una brisa de Levante, empezando a mecerse suavemente.

—Segundo. Mande tocar retirada de babor y estribor de guardia y primera guardia de mar.

Poco después ordenó Pablo meter algo más a estribor, quedando el rumbo doscientos, hacía el sudoeste, en dirección al Estrecho. La luna brillaba por la amura de estribor, iluminando la escena con su luz plateada, y Pablo escuchaba pensativo el ruido familiar producido por la mar en los orificios de la libre circulación del submarino. Era igual que en las maniobras, en tiempo de paz, con la diferencia de que ahora estaba en juego, no ya su reputación como oficial de Marina, como había ocurrido durante las maniobras, sino su honor, su propia vida y las de los demás miembros de la dotación del «C-10» que, aunque estuvieran en el otro bando, no dejaban de ser vidas dignas de toda consideración, y por ello haría todo lo humanamente posible para conservarlas.

A pesar de lo avanzado de la hora, Vázquez permaneció en la torreta. Estaba francamente cansado; pero sabía que con la excitación que sentía no le sería posible dormir. Además, necesitaba pensar, y el aire fresco de la madrugada le despejaría el cerebro. Sí... había que pensar... Había que andarse con mucho cuidado si quería

tener éxito en su empresa. Aquel comisario político de talante permanentemente alerta... Pablo sabía que no sentiría la menor vacilación en arrojarlo por la borda a la menor sospecha. No sólo no tendría escrúpulos, sino que se alegraría de tener que hacerlo. No hacía falta ser un gran psicólogo para comprender eso y debido a cómo lo había tratado desde que se conocieron, seguro que le habría dado suficientes motivos para llevarlo a cabo. Bastaba con haberle mirado una vez a la cara...y, sí como dice el dicho, la cara es el espejo del alma, este alma debía estar repleta de oscuros sentimientos.

Pero, sin embargo, él estaba resuelto a que el «C-10» no regresara jamás a la zona republicana. Sí, su decisión estaba tomada; pero ¿cómo llevarla a cabo? No lo tenía claro aún... Sería ¿varando el submarino? ¿Haciéndose embestir, bajo el agua, por cualquier barco? ¿Llevando a cabo una falsa maniobra de inmersión, dejando que el barco llegase a gran profundidad para que la presión del agua los aplastara?

Con esto, sobre todo de las dos últimas formas, no le sería posible ni salvar su vida ni la de los demás y, en lo que concernía a él, deseaba continuar viviendo y hacer todo lo posible para que los otros también conservaran sus vidas. Por lo tanto, decidió no recurrir a ellas sino en último extremo.

¿Podría simular una avería importante en el gobierno de profundidad para sacar el barco a flote a la vista de alguna unidad nacional? Era muy difícil, sin contar con un cómplice entre los miembros de la dotación y según parecía —al menos por el momento—, no podría confiar en nadie. No, definitivamente, tendría que arreglárselas él solo.

Continuó pensando largo rato, sin que se le ocurriera ninguna solución satisfactoria. Por fin, decidió dejar que los acontecimientos siguieran su curso natural. Ya vería. Tal vez se le presentara una oportunidad imprevista, ¿quién sabe?; lo que hacía falta era estar listo para aprovecharla en cuanto surgiese. Dejó de expresarse los sesos por el momento dándose cuenta entonces de que empezaba a amanecer.

—Mucho cuidado, muchachos —advirtió a los serviolas—. Abrid bien los ojos, no vayamos a tener a alguien por ahí cerca. Si es así, tenemos que verlo antes de que él nos vea a nosotros.

Media hora más tarde, como quiera que fuese día claro, ordenó llamar a don Manuel y, dejándole encargado que le avisara en cuanto se avistase la menor traza de buque o avión, se retiró a su camarote, cayendo casi instantáneamente en un sueño inquieto, poblado de pesadillas.

Soñó cosas extrañas. Primero que comandaba un destructor a la caza de un submarino, debatiéndose en medio de una impresionante tormenta, donde las olas comenzaban a coronarse de blancas crestas que rompían contra las amuras de su barco. La espuma empezó a bañar el castillo, más tarde algunos rociones llegaron ya al puente y, después, hasta las chimeneas, las cuales, calentadas como estaban casi al

rojo por el elevado régimen de marcha, se fueron cubriendo paulatinamente de finos cristales de sal, blancos y relucientes que acabaron por formar una espesa capa que, con el peso, se partió y le cayó en la cabeza produciéndole heridas. Vio poco después submarinos que bajaban, bajaban a abismos insondables, y no subían ya más. Más tarde era la cámara de mando llena de agua, con una gran brecha en un costado, y los peces comiéndose los cadáveres descarnados del comandante y toda la dotación del sumergible. Luego fue el ruido de las hélices de un destructor que se le venía encima y, a la sacudida que produjo la embestida, se despertó bañado en un sudor frío.

Se maldijo a sí mismo por imbécil e impresionable y volvió a dormirse. Esta vez, se le apareció en sus sueños la imagen de María...



Tres días más tarde, al amanecer, el «C-10», después de pasar el estrecho de Gibraltar, se hallaba apostado al sudoeste de Cádiz para, según rezaba su orden de operaciones *«Impedir el transporte de tropas desde África a la Península, atacar el tráfico mercante enemigo en esas aguas y, si la ocasión se presenta, torpedear y hundir a cualquier buque de guerra faccioso»*.

El viaje se había desarrollado sin incidentes, navegando el barco en inmersión durante el día, a partir de la segunda jornada de crucero, evitando así el poder ser delatados por la aviación de reconocimiento enemiga. Al caer la noche, amparados por la oscuridad, subían a la superficie con el fin de recargar sus baterías ayudados por sus motores diesel. El plan de operaciones confiaba mucho en la sorpresa para favorecer la actuación del submarino.

Pablo, por más que se había devanado los sesos, no había logrado dar con ninguna idea satisfactoria para el fin que se proponía, y seguía resuelto a aprovechar la menor oportunidad que se le presentase.

La mar estaba en calma y el calor en el interior del submarino, que se mantenía en inmersión con el periscopio fuera del agua, era sofocante. Pablo se turnaba con don Manuel y un cabo de primera en el periscopio; pero había dado orden de que se le avisara en cuanto se avistase cualquier barco o nube de humo. El primer día sólo vieron tres mercantes ingleses, dos franceses y otros dos italianos.

Al caer la noche, el «C-10» salió a la superficie para renovar el aire y poder cargar sus baterías de acumuladores, algo bajas de energía tras el esfuerzo realizado durante el día. El cielo empezó a encapotarse y, gradualmente, acabó quedando totalmente cubierto. La noche, con su opaco manto de nubes y sin estrellas, estaba oscura cual bolsa de petróleo.

Poco después de las once se avistó una luz en el horizonte, hacía el sudoeste, y Pablo ordenó maniobrar para acercársele, navegando, como era lógico, completamente apagado. Al estar suficientemente próximo, se comprobó que se trataba de un mercante italiano —a Dios gracias, pensó—, por lo cual lo dejó pasar sin que el otro hubiese advertido tan siquiera su presencia.

A las doce tuvo lugar el cambio de guardia; pero Pablo decidió continuar en la

torreta, en vez de mandar aviso a don Manuel para que le relevara. El cielo continuaba cubierto y una brisa del sudoeste comenzaba a levantar algo de marejadilla. Todo continuaba en tinieblas y silencioso, pues los oídos del personal del «C-10», acostumbrados al continuo ruido de los motores y al rumor producido por la mar al golpear el casco, no percibían ya estos sonidos.

De pronto asomó la luna por un desgarrón entre las nubes, iluminando con su lívida luz la superficie del mar, y a Pablo le dio un vuelco el corazón. A unos tres mil metros del submarino navegaba un gran mercante negro, con todas las luces apagadas. Evidentemente se trataba de un barco nacional. ¿Qué pasaría si lo veían los serviolas? Miró hacía ellos de reajo; pero afortunadamente su atención estaba dirigida hacía la parte opuesta del horizonte.

Si alguien, además de él, veía ese barco, tendría que maniobrar para atacarlo y, decidido como estaba a no ocasionarle daño alguno, la cosa podría ponerse francamente fea.

Pero, casi inmediatamente, la luna se ocultó de nuevo y las tinieblas volvieron a adueñarse de la inquieta superficie del mar. Pablo respiró más tranquilo y ordenó cambiar el rumbo, dando la popa al mercante para alejarse de él lo antes posible.

Si esto continua durante mucho tiempo —pensó sonriendo interiormente— van a tener que llevarme a un sanatorio para enfermos nerviosos. Tendría gracia que me ocurriera eso precisamente a mí.

De allí a poco mandó despertar al segundo y, una vez éste le hubo relevado en la torreta, bajó a su camarote a descansar.

Poco antes del amanecer, el «C-10» se sumergió de nuevo, quedando otra vez en posición de acecho. Pasaron varios mercantes extranjeros y uno nacional; pero tan lejos este último que era imposible intentar una maniobra de ataque. A pesar de ello Pablo, para demostrar su buena voluntad, lo siguió durante algún tiempo, mientras pedía al cielo que el otro no fuera a tener la ocurrencia de cambiar de rumbo, pues en tal caso, posiblemente se vería obligado a atacarle.

Sobre las doce y cuarto se avistó un buque de guerra. Inmediatamente Pablo se situó en el periscopio y, media hora más tarde, reconocía sin lugar a dudas al crucero nacional «*Almirante Cervera*», que navegaba a unos quince nudos, casi proa a él.

—Es un crucero inglés tipo «E» —observó—. Hoy estamos de mala suerte —y como su mirada se cruzara en ese momento con la del comisario político, continuó—. ¿Desea usted echarle un vistazo?

Estaba seguro que el otro no sabría reconocer al barco, que no arbolaba bandera alguna, pues en los días que llevaban de navegación había podido comprobar que era un completo ignorante en cuestiones marineras.

El comisario le echó una mirada de desconfianza, un poco sorprendido por el ofrecimiento; pero lo aceptó encantado y estuvo mirando un rato. Al terminar

comentó:

—Qué barco más estupendo. Si tuviéramos unos cuantos como ése podríamos ganar la guerra en unas cuantas semanas.

Vázquez se sonrió interiormente y, en seguida, tras de echar una última ojeada al «*Cervera*», ordenó calar el periscopio. No tenía ganas de que el crucero lo avistará y se le echase encima... al menos no por ahora.

Durante toda la tarde el «*Cervera*» se mantuvo a la vista con intermitencias, y Pablo hubo de estar sobre aviso para que ni don Manuel ni el cabo primero, que hacía las veces de oficial, pudieran ver al crucero a corta distancia.

Una vez se hubo retirado a su camarote, anotó en una agenda de bolsillo las horas y situaciones del «*Cervera*», así como el avistamiento del mercante de la noche anterior, con una idea vaga de que, tal vez, le fueran de utilidad más adelante. No cometió la imprudencia de efectuar las anotaciones en claro, ni tampoco en la fecha correspondiente, sino que las apuntó en páginas del final utilizando una clave sencilla, la fecha de su nacimiento. Estaba seguro de que nadie a bordo sería capaz de descifrarla.

Si, por alguna circunstancia imprevista, alguien de la dotación veía aquella libreta, podría dar cualquier explicación, más o menos verosímil, para lo de la clave; pero si la hallaban encima con las anotaciones en claro, todo habría acabado para él.

Al terminar su tarea, en la última página de la agenda aparecía escrito lo siguiente:

```
BB-90 R8583 33ZDE KAUMR DVELA IMNB- DHLUU CFSNW NUOZF  
SDHCG CGQWC VGIMZ KWSMP YBFÁH ALNUT LÁKDH QFHJL WTKNM  
ZJ-L3 893MY KGNZ8 018V  
  
95-EÑ R1583 ZZKDI KZGSC BWRÑC L-CM4 623GZ 86400 YL059  
RV33G ZB240 5B898 9D
```

Seguían tres textos más, hasta llenar más de una página con aquellas letras y cifras cabalísticas, que nada significaban para quién no estuviera en el secreto de la clave criptográfica.

La noche transcurría sin incidente alguno, en superficie, cargando las baterías, y a la mañana siguiente el «*C-10*» volvió a hacer inmersión. De allí a poco pasaron algunos mercantes extranjeros y una flotilla de destructores ingleses, camino de Gibraltar; pero a las diez de la mañana se avistó el mercante nacional «*Cabo Machichaco*», que Pablo dejó pasar diciendo a sus subordinados que se trataba de un barco griego, aunque pudo reconocerlo perfectamente. Cuando estaba casi fuera de vista se fue a su camarote y anotó cuidadosamente en la agenda cifrada el nombre del barco, la situación, el rumbo, la velocidad y la hora: las once y media.

El tiempo era magnífico y la mar estaba como un plato. El submarino navegaba a

pequeña velocidad, con don Manuel en el periscopio; sólo se oía el leve zumbido de los motores eléctricos y el ruido intermitente característico de los timones de profundidad, al ser accionados.

De pronto, una tremenda explosión conmovió a todo el barco. La luz vaciló unas cuantas veces, pareciendo que iba a faltar; pero volvió a lucir. Pablo, que continuaba en su camarote, se precipitó a la cámara de mando, ordenando:

—Todo a bajar. Avante toda. Todo el mundo a proa.

Evidentemente habían sido descubiertos y bombardeados por un avión nacional. Pablo miró a su alrededor, viendo la ansiedad reflejada en las caras de los demás. El rostro del comisario político tenía un tinte verdoso; pero ahora no era debido al mareo, como en los dos primeros días de navegación. No es que fuera el comisario un hombre carente de valor; pero aquella no era su forma de luchar. No estaba acostumbrado a ella y, evidentemente, la perspectiva de morir ahogado como una rata no le hacía gracia alguna.

La aguja del manómetro de profundidad empezó a subir: doce metros, catorce, diecisiete...

Al estar a veinte metros se produjo otra explosión, si bien algo más lejana. Instintivamente iba Pablo a hacer un chiste, a decir algo, cualquier cosa, para tranquilizar a la gente, cuyos ojos sentía fijos en él; pero se contuvo. No le vendría mal, para sus fines, que la dotación se asustase y desmoralizase. De un hombre asustado se pueden conseguir muchas cosas y, por ello, permaneció en silencio, mientras la aguja del manómetro continuaba subiendo: veinticinco metros, treinta...

A los cuarenta mandó contrarrestar la tendencia a bajar, quedando el barco parado a los cincuenta metros, cuya profundidad ordenó mantener.

En vez de tomar la cosa a la ligera, Pablo comentó a don Manuel:

—Vaya, ahora nos han descubierto y habremos de andarnos con muchísimo cuidado.

Se lo dijo en voz baja, como si las palabras estuvieran dirigidas sólo a él; pero, en realidad, estaba hablando para que le oyera el timonel de profundidad, que se hallaba cerca de ambos. Las palabras del comandante no tardarían en ser conocidas por la dotación completa, con toda clase de suposiciones y exageraciones. Bien. Eso les daría algo en que pensar.

No volvieron a escucharse nuevas explosiones. Evidentemente, el aparato que les había atacado, o no llevaba más que dos bombas, o les había perdido la pista después de desaparecer el remolino causado por el submarino al bajar.

El «C-10» no mantenía bien la profundidad, señal patente de que los encargados de los timones horizontales se hallaban bastante nerviosos y eran un tanto inexpertos. En una ocasión el barco descendió hasta sesenta y cinco metros y Pablo no desaprovechó la oportunidad para exclamar, en voz innecesariamente alta:

—A ver si tenemos cuidado, caramba. ¿Es que queréis que no salgamos ninguno con vida de aquí?

Como puede suponerse, estas palabras del comandante no contribuyeron, precisamente, a calmar los nervios de la dotación.

Después de permanecer a gran profundidad unas tres horas, Pablo ordenó volver a cota periscópica, para poder seguir observando la superficie del mar.

Al asomar furtivamente el periscopio, no vio trazas de barco ni avión alguno; pero al poco rato descubrió hacía el oeste una nube de humo que se fue acercando paulatinamente, hasta convertirse en un hermoso y rápido mercante que, cosa extraña en tiempo de guerra, arbolaba el pabellón rojo y gualda.

—Es un francés —dijo Pablo—. Tendremos que dejarlo pasar.

El comisario político estaba allí a su lado. Todavía no se había repuesto completamente del susto y, sin malicia alguna por su parte, probablemente sólo con el deseo de tranquilizar sus nervios, suplicó a Pablo:

—Comandante, déjeme echarle una ojeada.

El mercante, en ese momento, desfilaba a unos quinientos metros de distancia, con la bandera perfectamente visible y el nombre, «*Monte Orbea*», pintado en la amura en grandes letras blancas.

Con objeto de ganar tiempo, Pablo recurrió al engaño:

—Un momento —dijo—. Voy a calcular su rumbo relativo para asegurarme que no se nos viene encima. Anote, don Manuel —y empezó a dar datos al azar, para resolver un problema imaginario, mientras su cerebro trabajaba activamente, buscando el medio de salir del paso sin despertar las sospechas del comisario.

—No hay cuidado, la marcación varía —dijo al poco rato—. Voy a echar un último vistazo alrededor —y comenzó a girar el periscopio lentamente. De pronto quedó parado, como atónito, y miró atentamente por el ocular. No había nada absolutamente en su campo de visión que pudiera reclamar su atención, tan sólo cielo y mar.

—¡Avión a la vista! ¡Todo a bajar! ¡Avante toda! —exclamó al tiempo que calaba precipitadamente el periscopio.

Seguidamente, para aumentar aún más la confusión, ordenó:

—Todo el mundo a proa —y la gente que no cubría un puesto indispensable se precipitó corriendo hacía la cámara de torpedos de proa.

Al llegar el barco a los cincuenta metros mandó mantener la profundidad, y se enjugó el sudor que perlaba su frente. A su alrededor, el alivio empezaba a substituir a la ansiedad en los rostros de la gente.

—Esta vez, parece ser que no nos han visto —comentó Pablo a don Manuel—. De buena nos hemos librado.

En esto apareció el comisario político, en cuyo semblante se reflejaba aún el

espanto contenido, y Vázquez añadió:

—Seguramente el cabrón que nos atacó antes ha dado el chivatazo, y han mandado a este otro para acá, a ver si acaban con nosotros.

—Pues sí que es una bonita perspectiva —comentó con decisión el comisario, al que sin duda no le sentaba nada bien aquello de estar encerrado en el interior de una lata de acero y sin poder hacer nada.

Por enésima ocasión Pablo pensó que Álvarez era el comisario político perfecto. Su tono de voz siempre sonaba enérgico —aun en casos como éste— y su estado de ánimo resultaba a menudo demasiado afectado. Verdaderamente, era un personaje temible.

Evidentemente, por el momento, el hombre se había tragado el cuento; pero ¿qué pasaría cuando se le pasara el susto y reflexionara sobre lo ocurrido?

Pablo estaba convencido de que la sombra de la sospecha no tardaría en aparecer. De modo que había que agarrarse a la primera oportunidad que se presentara, aunque ésta lo hiciera bajo el aspecto de clavo ardiendo, es decir, aun a costa de perder el barco. Así pues, había que andarse con más cuidado que nunca, a pesar de que el comisario, como los demás miembros de la dotación, se daba cuenta de lo mucho que dependían del comandante.

Sí, su ascendencia moral sobre la gente había subido mucho aquel día, cuando todos le vieron sereno, tomando decisiones rápidas, ante el peligro. Si se le iba a presentar una oportunidad para llevar a cabo su plan, cuanto antes fuera, mucho mejor.

Sin embargo, decidió no volver a asomarse a la superficie hasta que no se hubiera hecho de noche. Por hoy ya estaba bien la cosa y, de todas formas, eran ya las cinco de la tarde. Falto de lugar apropiado para posarse en el fondo, Pablo ordenó mantener treinta metros de profundidad y se retiró a su camarote. Pensaba dormir hasta las diez, para poder estar luego en la torreta hasta tarde, sin cansarse demasiado. Tenía que reservar sus fuerzas para el momento final.

Pero, antes de acostarse, el nombre de «*Monte Orbea*» fue a unirse a lista de los que ya había en las últimas páginas de su agenda, en aquel galimatías de letras y números, aparentemente indescifrable.



Al amanecer del día siguiente, el «C-10» se sumergió, después de haber permanecido a flote durante toda la noche, recargando sus baterías de acumuladores.

La dotación había recobrado, en parte, la tranquilidad; pero se notaba en todos los semblantes más seriedad que durante los dos días anteriores. La gente se había convencido de que la guerra en el mar no es cosa de broma, y, menos aún, a bordo de un sumergible. Se daban perfecta cuenta de que la muerte estaba en acecho constantemente con su guadaña bien afilada y podía presentarse de improviso, cuando menos la esperaran.

Aquella mañana, se avistó un submarino inglés, navegando en superficie con rumbo oeste. Probablemente venía de Gibraltar y se dirigía hacia su base en el Reino Unido.

Aún estaba a la vista el submarino cuando se divisó hacia el norte una nube de humo, Pablo ordenó poner rumbo hacia ella y, aproximadamente una hora más tarde, pudo comprobar que se trataba de un patrullero nacional, armado con un cañón a proa, dos ametralladoras antiaéreas en el puente alto y otra a popa. También llevaría, seguramente, cargas de profundidad.

Mientras lo estaba contemplando, un plan audaz se forjó en su mente. ¡Aquella era la ocasión que había esperado! ¡Ahora, o nunca! y exclamó en voz alta:

—Es un patrullero fascista. ¡Vamos a atacarlo, muchachos!

Al decir esto se observó en las caras de la tripulación una excitación contenida. Eran ya varios los días que llevaban agazapados al acecho sin haber obtenido recompensa alguna por ello. Aquí estaba la ansiada oportunidad.

Había un poco de marejadilla, que ocultaba el periscopio y el blanco seguía acercándose, muy ajeno de que, a corta distancia, lo acechaba el ojo de un submarino rojo. Pablo empleaba discretamente el periscopio, pues no le convenía que les descubrieran, al menos por el momento.

En sus cortas ojeadas, pudo darse cuenta de que se trataba de un bacaladero armado a proa con un cañón de 10'5, al parecer, dos ametralladoras de trece milímetros en el puente y una de veinte a popa.

—Es una vieja cafetera por la que no merece la pena que gastemos en ella ni un solo torpedo —dijo—. Saldremos a flote de pronto y la echaremos a pique a cañonazos.

Continuó maniobrando el «C-10» de forma que éste quedara siempre por la amura del otro, en la posición más desfavorable para el submarino en un combate de superficie, y esperó...

Ahora sacaba el periscopio a intervalos más cortos y lo dejaba más tiempo fuera; pero, por lo visto, la marejada lo ocultaba a los serviolas del patrullero, pues éste seguía su camino como si nada ocurriese.

Al estar el adversario a menos de mil metros, Pablo aprovechó una subida momentánea del submarino para izar el periscopio a tope. Debió salir unos dos metros fuera del agua. Si aquellos imbéciles no lo veían ahora...

Pero no. Casi inmediatamente pudo observar como una espesa columna de humo salía de la chimenea del patrullero, señal evidente de que estaba intentando forzar la velocidad, también vio a la dotación correr por la cubierta, a ocupar sus puestos en evidente maniobra de zafarrancho de combate.

—Soplad todos los tanques. Listos para el combate de superficie —y, así el «C-10», súbitamente deslastrado, salió repentinamente del agua, como un corcho.

Pablo trepó rápidamente por la escalerilla, abrió la escotilla y saltó a la torreta, mientras la dotación del cañón lo seguía apresuradamente, dando tropezones y resbalando sobre la cubierta, muy mojada todavía y oscilante como una mecedora. A bordo del patrullero, el cañón se orientaba ya hacía ellos.

—Rápido, muchachos, tenemos que disparar nosotros primero —dijo.

Mientras pronunciaba estas palabras, una espesa nube de humo pardusco ocultó momentáneamente el puente del adversario y, casi de inmediato, se oyó el silbido característico de un proyectil que estalló en el agua unos cien metros más allá del submarino, levantando una enorme columna de agua. Debió haber pasado justamente por encima del cañón, pues la dotación de éste se agachó instintivamente al oírlo.

—Distancia mil doscientos metros. Apuntad al puente —gritó Pablo, que esperaba que con estos datos falsos, distancia mayor que la verdadera y puntería al puente, en lugar de a la flotación, los disparos del submarino pasarían por encima del patrullero.

El cañón de 7'6 del «C-10», destrincado por fin, empezaba a orientarse hacía su adversario cuando una gran columna de agua se levantó entre ambos contendientes, a unos quince metros del submarino, y en la torreta y la superestructura de este resonaron varios «clac, clac» metálicos, producidos por los impactos de los cascotes de metralla.

Con un ruido ensordecedor, la pieza del «C-10» disparó; pero el proyectil pasó muy alto, yendo a caer a unos quinientos metros por detrás del patrullero.

—Distancia mil metros. Continúad apuntando al puente —ordenó el comandante.

En ese momento, un proyectil hizo explosión en el agua, junto al cañón del submarino, levantando una montaña de espuma y rocío e hiriendo a varios de los sirvientes. La gente del servicio de municionamiento acudió a cubrir los puestos de los caídos y Pablo, al volverse hacía la escotilla para ordenar subir más gente a cubierta, se dio cuenta de que el comisario político se hallaba en la torreta, justo detrás de él.

Evidentemente el hombre se sentía más a sus anchas en campo abierto que en el interior del submarino. No parecía estar asustado lo más mínimo y miraba con expresión de asombro y rabia, ya al patrullero, ya a los sirvientes del cañón caídos en cubierta. ¿Se daría cuenta de lo que estaba ocurriendo, de que todo aquello era premeditado?

El «C-10» efectuó otro disparo, que también resultó largo y, casi inmediatamente, un proyectil hizo impacto en la base de la torreta. Pablo oyó a su lado una blasfemia y, al volverse, vio como el comisario, muy pálido, se llevaba ambas manos al vientre mientras se doblaba sobre sí mismo, con un gesto de dolor. Al poco, de entre las manos, comenzó a brotar gran cantidad de sangre.

Con el familiar sonido del disparo a ráfagas, las ametralladoras del patrullero entraron en acción, levantando columnas de espuma junto al costado del submarino y, casi a la vez, el apuntador vertical del cañón cayó de bruces, seguido por uno de los encargados del municionamiento. La sangre, espesa y caliente, corría por la cubierta del «C-10», haciendo resbalar a los sirvientes del cañón.

Una nueva granada hizo blanco en el casco del submarino, a popa de la torreta y a los pocos momentos, el telefonista manifestó:

—Mi comandante, comunican de máquinas que tienen una vía importante de agua y que el motor de estribor está averiado.

El proyectil siguiente del patrullero hizo explosión junto al cañón, perforando de nuevo el resistente casco, matando a tres de los artilleros e hiriendo a los demás.

Pablo ordenó al telefonista:

—Todo el mundo a cubierta, hay que abandonar el barco.

—Maldito traidor —oyó decir a sus espaldas—. No te saldrás con la tuya, hijo de puta.

Mirando hacía atrás vio al comisario como, tendido en el suelo y cubierto de sangre, empuñaba laboriosamente su pistola, con un gesto de dolor en su rostro y con la diestra completamente enrojecida. Pablo le asestó rápidamente una patada en la muñeca, y la pistola describiendo un pequeño arco fue a parar al mar.

En ese momento se produjo una nueva explosión, y Vázquez sintió en el hombro izquierdo un golpe sordo, que casi le hizo caer. Se miró y vio que tenía la camisa desgarrada y manchada de sangre, que se extendía rápidamente.

La gente empezó a salir por la escotilla, quedándose parada en la torreta, contemplando el espectáculo con cara de asombro.

—¡A cubierta! ¡A cubierta! —había que decirles a todos, para que no estorbaran el paso a los que aún quedaban abajo. Los marineros empezaron a sacar pañuelos y camisetas de un blanco más o menos dudoso y a ondearlas en señal de rendición, y el patrullero cesó el fuego... pero Pablo tuvo la sensación de que ya era demasiado tarde para salvar el submarino.

El «C-10» comenzaba a escorar a estribor y a hundirse de popa. Al acabar de salir la gente por la escotilla, medio atontada y sin darse perfecta cuenta de lo que ocurría, Vázquez quiso bajar al interior para ver si aún era posible intentar salvar la nave; pero hubo de desistir pues no podía hacer uso de su brazo izquierdo.

—¿Queda alguien abajo todavía? —preguntó al segundo.

—No, mi comandante —fue la respuesta.

—¿Cómo estaba la cosa por ahí abajo, jefe? —preguntó al de máquinas.

—Mal, mi comandante. Había más de un metro de agua en la sala de motores cuando salimos —contestó jadeante—. Nos vamos al fondo sin remedio, como una piedra.

Efectivamente, la escora iba en aumento paulatinamente, y la popa se hundía cada vez más. De allí a poco, empezaron a salir por la escotilla gases blanquecinos, que irritaban fuertemente la garganta y hacían toser. El agua de mar había llegado a la batería de acumuladores, dando lugar a desprendimientos venenosos de ácido clorhídrico y cloro. Vázquez dio orden de cerrar rápidamente la escotilla.

Mientras tanto, el patrullero se había ido acercando, sin dejar de apuntar al submarino con todas sus piezas y ahora, a corta distancia, se disponía a arriar un bote para recoger, previsiblemente, a los supervivientes.

—Todo el mundo al agua —ordenó Pablo, pues las olas lamían ya la parte de popa de la torreta.

La gente, con los chalecos salvavidas puestos, se arrojó al mar y empezó a nadar en dirección al bote. Algunos marineros llevaban a remolque a los heridos más graves, con la camaradería peculiar de la gente de mar.

Al quedar solo en la torreta, Vázquez se volvió hacia el comisario político, comprobando que estaba muerto. Su cara, cubierta por una espesa barba negra, se hallaba petrificada en una mueca mezcla de odio, dolor y rabia verdaderamente espantosa, que Pablo había de tardar algún tiempo en olvidar.

Se puso con trabajo un chaleco salvavidas y arrojó al agua otros dos más, que estaban en la torreta, por si alguien podía servirse de ellos. Ya no quedaba nadie más que él a bordo, e intentó bajar a cubierta para echarse al mar; pero no pudo a causa de su brazo malherido. El «C-10» sufrió un estremecimiento y la proa comenzó a levantarse fuera del agua, mientras la popa se hundía a gran velocidad.

Sin pensarlo más, Pablo se arrojó al mar desde la torreta. Al chocar con el agua, el hombro le dio una tremendo planchazo haciendo que su rostro mostrara un súbito gesto de dolor que se calmó rápidamente, más preocupado como estaba en poner agua de por medio entre él y el que hasta ahora había sido su barco.

—Debo tenerlo bastante mal —murmuró entre dientes confusamente, e intentó alejarse del submarino nadando solamente con el brazo derecho y las piernas. Al enfriársele la herida del hombro, al contacto con el agua de mar, le comenzó a doler horriblemente.

Las olas le hicieron tragar dos o tres buches de agua salada, por lo cual se volvió de espaldas a la dirección en que iba nadando y, al hacerlo, vio de nuevo al submarino cuyo comandante había sido hasta algunos momentos antes.

El barco tenía tan sólo unos veinte metros de la proa fuera del agua, formando un ángulo de más de cuarenta y cinco grados con la superficie del mar. Fue hundiéndose poco a poco, al tiempo que iba tomando la posición vertical. Cuando únicamente quedaban a flote unos cinco metros, se fue a pique rápidamente, entre enormes burbujas de aire, quedando sólo una gran mancha de combustible y aceite para señalar el lugar del hundimiento.

Pablo miró a su alrededor. El bote del patrullero estaba recogiendo a los naufragos y se hallaba a muy poca distancia de él. El barco se había acercado aún más, y también se encontraba pescando a gente del agua.

Vázquez sintió como sus fuerzas le iban abandonando rápidamente, notándose impotente por hacer algo. No se encontraba con ánimos para llegar a nado hasta el bote. Intentó gritar, para atraer la atención de los que iban en él, y sólo consiguió emitir un débil gemido, que apenas llegó a sus propios oídos. Evidentemente se encontraba al borde del desfallecimiento sin energías para nada.

Pero, afortunadamente, le habían visto desde el bote, que se acercaba ya a él. ¡Se había salvado! ¡Sí, salvado! Pero tan agotado y dolorido estaba que la idea le dejaba casi indiferente.

Pronto estuvo el bote a su lado. Vagamente trató de decir a los que lo tripulaban que tuvieran cuidado con su hombro herido; pero sólo consiguió proferir un balbuceo ininteligible. Unos fuertes brazos le agarraron firmemente por las axilas, causándole un dolor intolerable que le hizo perder el conocimiento.



Pablo abrió los ojos. Se encontraba muy débil, tenía frío y la cabeza le daba vueltas. Estaba acostado boca arriba y sólo veía el techo blanco de la habitación en que se hallaba. Haciendo un esfuerzo giró la cabeza, pudiendo darse cuenta de que se encontraba en una estancia más bien pequeña, de techo alto y paredes blancas, con zócalo de azulejos del mismo color, de casi dos metros de altura. Por encima de este zócalo había una gran ventana enrejada, a través de la cual tan sólo se veía el cielo, de color plumizo en aquel momento. Al lado de la cama, de hierro blanco, se hallaba una mesilla de noche no muy grande, blanca también.

Vagamente comprendió Pablo que estaba en un hospital. Cerró de nuevo los ojos y trató de recordar cómo había llegado hasta allí; pero no lo consiguió. Un dolor sordo en el hombro izquierdo le hizo acordarse de algo... Estaba en el agua, nadando con todas sus fuerzas hacia algo o alguien... ¿O era que huía de algo?... pero no podía nadar bien, pues su hombro se lo impedía. Sí, se encontraba cansado, mortalmente cansado, estaba agotado y tenía frío; pero había que seguir nadando sin cesar, nadando...

Poco a poco fue recordando nuevas cosas; pero no era más que en forma de episodios sueltos, y sólo se acordaba de ellos de manera bastante confusa. Se había producido un combate. También recordaba perfectamente el estampido de los cañonazos, el zumbido de las granadas al llegar y el silbido de la metralla... Entonces... si él había tenido que nadar, era que su barco había resultado hundido... El recuerdo de las explosiones del encuentro naval trajo a su memoria, por asociación de ideas, otros estampidos, los de los cañonazos en la Plaza de Cataluña... ¿Qué había pasado allí? No lograba recordar nada con precisión, ni conseguía coordinar unos episodios con otros... ¿Qué le ocurriría? Malhumorado, trató de dar una vuelta en la cama; pero se lo impidió un dolor lancinante en el hombro.

Sin embargo, aquel dolor tuvo la virtud de despejarle un tanto la memoria. Se acordaba de haber tomado el mando de un submarino para intentar entregarlo a los nacionales. Sí, recordaba esto sin lugar a dudas. Luego se había producido un combate durante el cual, su submarino, había resultado hundido... Entonces, había logrado en parte su propósito. Se había pasado a los nacionales, eliminando al propio

tiempo un sumergible de la flota roja.

Una sensación de tranquilidad mezclada con cierta melancolía descendió sobre él y, agotado por el esfuerzo imaginativo realizado, cedió al sopor que le invadía de nuevo, quedando profundamente dormido.

* * *

Alguien estaba hablando junto a él en voz baja. Pablo se hallaba semidespierto; la voz debía haber ahuyentado el sueño; pero no quería abrir los ojos... ¡Se encontraba tan bien así, tendido en la cama con los ojos cerrados y sin pensar en nada!... Y él... ¡estaba tan cansado!... Otra voz vino a unirse a la primera. Vázquez no podía distinguir lo que hablaban, ni deseaba enterarse tampoco, sino que tan sólo un leve murmullo llegaba a sus oídos. Estaba cansado y débil, y no quería saber nada de nada...

Pero una de las voces alzó el tono, adquiriendo una entonación extraña, y pudo oír con toda claridad la frase siguiente:

—¡Y pensar que llevamos más de una semana afanándonos para arrebatarlo a la muerte, para que luego lo fusilen, como probablemente ocurrirá!

Estas palabras impresionaron a Pablo. Verdaderamente, los hombres hacían a veces cosas extrañas. ¿No sería mucho más lógico y caritativo rematar simplemente a quién fuera, en lugar de curarlo primero para matarlo después?

Pero antes de contestarse a esta pregunta abrió los ojos sobresaltado, al darse cuenta repentinamente de que las palabras que acababa de escuchar se referían a él mismo. Trató de incorporarse en el lecho; pero sólo pudo levantar la cabeza, volviendo a dejarla caer con un quejido, arrancado por un fuerte dolor en el hombro izquierdo.

Los dos hombres vestidos de blanco que estaban al lado de la cama, interrumpieron su conversación inclinándose sobre él, y el mayor de ellos observó:

—Vaya. Parece que por fin ha vuelto en sí.

A Pablo le resultaba vagamente familiar aquella cara bondadosa, surcada de arrugas, coronada por una cabellera totalmente blanca y adornada con unas enormes gafas de concha... ¡Claro! Aquél era el coronel médico de la Armada, don Francisco Guerrero, a quién él conocía bastante bien. Verdaderamente, debía estar muy mal cuando no le había reconocido en seguida.

Guerrero se inclinó sobre él y le tomó el pulso en la muñeca. Luego sonrió y le dijo:

—Tiene usted el pellejo muy duro, amigo. Lleva nueve días sin conocimiento desde que le sacaron del agua, y durante ese tiempo ha estado usted mucho más cerca del otro mundo que de éste, a pesar de las transfusiones de sangre que le hemos

hecho. Ya está fuera de peligro, aunque tardará aún algún tiempo en levantarse. Muchos ni siquiera lo hubieran contado, de haber llegado aquí en el mismo estado en que le trajeron.

Pero Pablo apenas le oía. Las palabras «*para que luego le fusilen*» parecían haberse incrustado en su mente, y le martilleaban continuamente el cerebro, alejando de él cualquier otro pensamiento. ¡Fusilarle a él! Pero, ¿por qué? Aquello era una barbaridad grotesca y monstruosa... «*Ya está fuera de peligro...*» Tenía gracia; fuera de peligro. De qué peligro, se preguntaba, si acababa de enterarse de que, probablemente, le iban a fusilar.

Éstas y otras ideas cruzaron rápidamente por su mente y, haciendo un gran esfuerzo, pudo balbucear:

—Dígame, don Francisco, ¿por qué me van a fusilar?

El aludido dirigió una mirada de reproche a su acompañante, que bajó los ojos, confuso.

—Tonterías —contestó—. Hay gente que no sabe decir más que estupideces. Como es lógico, tendrá que comparecer ante un consejo de guerra cuando este repuesto; pero yo, y como yo cuantos le conocen a usted, estamos totalmente convencidos de que es inocente, aunque las circunstancias parezcan haberse confabulado para condenarle. Seguramente, la verdad acabará por abrirse paso... Pero ahora no piense en eso. Lo que tiene que hacer es alimentarse, para restablecerse cuanto antes —y, con estas palabras, ambos médicos salieron de la habitación.

Pablo sonrió amargamente. Si aquel hombre, que le conocía tan bien desde hacía tantos años, admitía que las circunstancias le condenaban, ¿qué pensarían los demás?

Y, con la facilidad que siempre había tenido para mirar las cosas desde el punto de vista ajeno, se dio cuenta de que, en efecto, el asunto se presentaba muy feo.

Él era el comandante de un submarino republicano, hundido en combate por las fuerzas navales nacionales. Mientras no demostrase lo contrario se le consideraría como un traidor a su patria, a su uniforme, a su bandera y a sus compañeros... y, como es bien sabido por todos, en tiempo de guerra, a los traidores se les fusila.

¡Demonios! ¿Cómo se iba a arreglar para demostrar a todos que él había entregado el submarino, presentándolo en bandeja al patrullero para que lo echara a pique? ¡En buen lío se había metido! Desde luego, esta situación era absolutamente inesperada. No había contado con aquello al trazar sus planes para pasarse al bando nacional. Y recordó las palabras del médico: «*Pero ahora no piense en eso*» ¡Caramba! Ese sí que era un consejo fácil de dar, como casi todos los consejos; pero muy difícil de seguir para cualquiera que se encontrara en circunstancias similares a las suyas.

¡Si al menos lograra recordar con precisión los acontecimientos! Pero, por más que lo intentó, sólo consiguió que se le levantara un tremendo dolor de cabeza. Le

dolía la nuca como si alguien, dentro del cráneo, le estuviera atenazando el cerebro en lento martirio inquisidor.

¿Y María? ¿Qué habría sido de ella? Esta incertidumbre era, tal vez, la peor de todas. Le importaba mucho más lo que pudiera haberle pasado a ella que lo que fuera a ocurrirle a él. Recordó algunas de las escenas que se había visto obligado a presenciar durante su estancia en Barcelona y el pensamiento le arrancó un quejido.

No, debía esforzarse en no pensar en tales cosas, o acabaría por volverse loco, si es que no se estaba volviendo ya.

Abrió los ojos, fijándolos en el techo y, durante unos minutos, se distrajo contemplando el revoloteo de dos moscas, que parecían perseguirse mutuamente. Luego miró por la ventana. El cielo continuaba encapotado, cosa extraña en aquella época del año.

Anocheía, y, al mirar por la ventana, se le ocurrió que ni siquiera sabía donde estaba. La habitación parecía la de un hospital; pero, ¿cuál? Probablemente este era el Hospital de Marina de San Carlos, en San Fernando, muy cerca de Cádiz. ¡Claro! Don Francisco Guerrero, el coronel que había hablado con él, estaba destinado allí.

El espesor del muro en que se abría la ventana, y la patina de moho que recubría la piedra por la parte de fuera, disiparon sus últimas dudas. Sí, le habían llevado a San Carlos.

La llegada de una monja del hospital con la cena interrumpió momentáneamente sus pensamientos; pero casi inmediatamente volvió a retomarlos.

Se encontraba bastante deprimido meditando sobre el estado en que pudiera encontrarse María así como la situación a la que él debería, presumiblemente, enfrentarse: un consejo de guerra con una muy difícil justificación. A todo ello había que unir su estado físico, nada bueno en aquel momento; por eso mismo contaba con unas defensas, tanto físicas como psíquicas, bastante mermadas lo que le hacían ver las cosas aún mas grises que lo que la propia realidad le pudiera finalmente deparar. Y como siniestro marco a la extrema situación en la que se encontraba, el tormento interior que sentía a causa de la terrible situación en la que se hallaba sumida la hermosa tierra que le vio nacer. ¡Una guerra civil! ¡Dios mío! Jamás en su vida había pensado que algún día habría de pasar por este amargo trance.

Sumergido en tristes y nada tranquilizadoras meditaciones tomó el plato de puré de patatas que la religiosa, con infinita paciencia, le fue dando a cucharaditas, después de alzarle la cabeza con un par de almohadas.

Dos o tres veces la sorprendió en una mirada de lástima, que en vano trató de disimular. ¿Por qué le miraría así? Ya debía estar acostumbrada a ver heridos, a ver gente sufriendo... Y, con sobresalto, se dio cuenta de que, lo que inspiraba la compasión de la monja era, no su estado actual, sino la muerte que le esperaba cuando se repusiera de sus heridas.

—Dígame, hermana —rompió el silencio Pablo—, ¿cómo van las cosas por ahí afuera?

—Bueno, no sé... La verdad es que, como bien puede suponer, no entiendo mucho de guerras; pero si juzgamos por lo que se escucha por los pasillos, es posible que se acabe pronto; sin ir más lejos, ayer oí que la ofensiva que se inició por la parte de Extremadura ha sido todo un éxito y que es muy probable que hayan logrado unir las zonas norte y sur y de paso cerrar la frontera con Portugal. Incluso dicen los médicos que si eso fuera así, podría ser de vital importancia para el cese de la guerra porque, según parece, de este modo tendrían el camino libre hasta Madrid. Pero bueno, dejémonos de tonterías porque —continuó cambiando a un tono más enérgico— ahora no debe preocuparse de eso, sino de ponerse sano. Así que coma lo que le he traído que le vendrá estupendamente para reponer fuerzas.

—¡Ojalá tenga usted razón, hermana, y se termine pronto esta maldita guerra!

La monja le continuó dando el puré. Al acabar, le dio un gran vaso de leche muy caliente y, al poco tiempo, el hipnótico que éste contenía hizo su efecto, cayendo Pablo de nuevo en un profundo sueño.



Diez días más tarde, Vázquez recibió una visita. Un capitán de navío, acompañado por un capitán jurídico y un escribiente segundo, entraron en su habitación.

El primero de ellos se dirigió a él y, sin más preámbulos, le preguntó:

—¿Es usted el teniente de navío Pablo Vázquez Roca?

—Sí, mi comandante.

—Soy el capitán de navío Miguel Blanco, y he sido nombrado juez instructor de una causa iniciada contra usted, por haber tomado el mando de una unidad enemiga, que se verá en consejo de guerra sumarísimo en cuanto se encuentre usted en disposición de comparecer —tras una breve pausa para dejar que las palabras pronunciadas hicieran impacto, continuó—. ¿Está usted dispuesto ahora a contestar a mis preguntas?

Pablo se encontraba aún bastante mal. No podía pensar con la claridad que hubiera deseado y, por más que se esforzaba, no lograba recordar muchas cosas. La enorme pérdida de sangre unida al largo remojón que había sufrido al irse a pique el «C-10», le habían llevado, verdaderamente, al borde de la tumba.

Su robusta constitución le había hecho sobrevivir; pero la tremenda impresión recibida en el preciso instante de recuperar el conocimiento, había retrasado su probable restablecimiento.

Sin embargo, no era hombre que se amilanara fácilmente. Su temperamento no era de aquellos que rehúyen dar la cara a los hechos, ni siquiera cuando todo parece absolutamente perdido. Cuanto antes terminara todo aquello, pasara lo que pasara, mejor. De esa manera, dejaría de estar pensando todo el día en cómo demostrar su buena voluntad al haber llegado hasta allí, arriesgando su propia vida por partida doble. Por eso, en el preciso momento en que el capitán de navío le preguntó si estaba dispuesto a contestar a sus preguntas, respondió sin vacilar:

—Sí, señor.

La verdad era muy distinta. Durante todos aquellos días, en los que había tratado de reconstruir los acontecimientos, estos se le habían presentado como envueltos en una densa niebla, que se espesaba a medida que trataba de recordar cosas más

recientes.

Se acordaba perfectamente de María y de todo cuanto se relacionaba con ella — en realidad, había pasado casi todo el tiempo recordándola— pero, a partir de su salida a Madrid, todo se le aparecía con caracteres borrosos e imprecisos, y apenas si lograba recordar los hechos más fundamentales.

—Escriba usted, don José —dijo el juez instructor al escribiente, mientras tomaba asiento en una silla al lado de la cama. El aludido se sentó asimismo y, provisto de una libreta y un lápiz, empezó a tomar buena nota, en taquigrafía, del interrogatorio.

Después de contestar a las preguntas preliminares: nombre, edad, profesión, estado civil y demás formalidades preceptivas, Blanco le hizo la siguiente pregunta:

—¿Se encontraba usted al mando del submarino rojo «C-10», al ser echado a pique en combate con el patrullero «Ceuta» el catorce del pasado mes de agosto?

—Sí, mi comandante. No sabía cuál había sido el patrullero.

—Bueno, eso no viene al caso ahora. ¿Cómo es que aceptó usted el mando de una unidad de la flota roja?

—No lo acepté. Lo pedí yo mismo con intención de entregarla en nuestro bando. Desgraciadamente eso no me fue posible, y hube de contentarme con salir a la superficie ante las narices del «Ceuta», para que éste pudiera hundirme.

—Así, pues, ¿es ésa su versión de los acontecimientos? —preguntó Blanco un tanto incrédulo e incluso molesto al escuchar una historia que más bien parecía destinada a tratar de remediar un final a todas luces irreversible mediante la cobardía de la mentira.

—Es la verdad, mi comandante. ¿Por qué, si no, iba a salir a la superficie, por la amura del «Ceuta», en la posición más desventajosa posible para mí? ¿No hubiera podido torpedearlo tranquilamente cuando me hallaba en inmersión?

Estas palabras, indudablemente, hicieron cierta mella en el ánimo del juez instructor, que preguntó, no tan seguro de sí mismo:

—¿Tiene usted algún modo de demostrar lo que dice?

—No, señor. ¿Cómo iba a poder demostrarlo? —respondió amargamente.

Sin darle tiempo a seguir, Blanco continuó:

—¿Contaba usted con alguien de la dotación dispuesto a secundarlo, y a quien hubiera comunicado sus planes?

—No, señor. Por desgracia, en aquellas circunstancias, no podía fiarme de nadie y hube de obrar por mi cuenta, sin ayuda alguna.

—Así, pues, no existe más que su palabra frente a todas las pruebas que se acumulan en su contra. Ningún miembro de su dotación —y le aseguro que los hemos interrogado a todos— ha declarado nada que, remotamente, pueda servir para confirmar lo que usted nos ha dicho.

—Mi comandante, comprenderá usted que mi mayor cuidado durante el tiempo

que estuve mandando el submarino fue precisamente evitar que ningún miembro de la dotación concibiese, ni por asomo, que yo era otra cosa de lo que aparentaba ser.

—Bueno, bueno. Pasemos a los hechos. ¿Qué día se hizo usted cargo del mando?

En este tono prosiguió el interrogatorio, que duró cerca de una hora, y durante el cual Pablo continuó con la desagradable sensación de no recordar los acontecimientos sino de forma confusa, sin poder precisar muchas cosas. Había esperado durante los días pasados que, el interrogatorio, al enfrentarle con los hechos, reavivaría su memoria; pero, lamentablemente, ahora veía que no sucedía así.

Tal vez todo aquello fuera efecto del choque causado por la enorme pérdida de sangre que había sufrido; pero lo cierto era que no lograba recordar bien, y eso no iba a contribuir precisamente a mejorar su delicada posición.

Por fin Blanco dio por terminada la toma de declaración, y Pablo quedó solo, completamente agotado y desanimado. ¡Bonita situación la suya! Se había pasado a los nacionales, causando el hundimiento de un submarino republicano al mismo tiempo, arriesgando el pellejo, y buena prueba de esto último eran los dos orificios que tenía en el hombro, para que ahora le fusilaran los mismos por quienes se había jugado la vida. Realmente esta vida era, a menudo, absolutamente injusta.

La llegada de la religiosa que le traía la cena, vino a interrumpir sus reflexiones. Era simpática, vivaracha, alegre y habladora. A juzgar por la cultura que poseía y por su forma de expresarse, debía provenir de una familia pudiente. Resulta difícil averiguar la edad de una monja; pero aquella debía frisar ya los cincuenta años.

Pablo y ella se habían hecho grandes amigos en los últimos días, a pesar de que el carácter de él no era de los que intiman fácilmente, y más aún dadas las tristes circunstancias en que se encontraba.

En cuanto le miró a la cara, se dio cuenta de que algo andaba mal, muy mal, y se figuró lo que era. En el hospital era un secreto a voces que el teniente de navío del submarino rojo iba a ser juzgado en breve en consejo de guerra sumarísimo, y la visita del capitán de navío Blanco tendría seguramente algo que ver con todo aquello.

—¿Qué hay? ¿Cómo van esos ánimos? —preguntó, tratando de dar a su voz una entonación alegre.

—¿Cómo quiere que vayan, hermana? Esto que me pasa es como para volverse loco.

—No se debe nunca perder la esperanza. ¿Quién puede decir lo que Dios nos tiene reservado?

—Lo que Dios me tiene reservado, no lo sé; pero lo que unos cuantos señores me han reservado es, por lo visto, un buen lugar frente a un pelotón de fusilamiento.

—Vamos, vamos. No hable así. Tenemos que confiar siempre en la Divina Providencia.

—¡La Divina Providencia, hermana!; hay veces que parece que Dios está

profundamente dormido. ¿Cómo, si no, puede consentir tales injusticias?

—Calle, calle. ¡Si viera cuánto daño me hace oírle hablar así! ¿Cómo puede usted decir tales cosas? Debemos tener siempre confianza en Dios... no conocemos lo que nos puede tener preparado, ni mucho menos por qué... y, en último término, debemos acatar Su santa voluntad.

—Es muy fácil decir eso, hermana —contestó Pablo amargamente—. No creo tener más miedo a la muerte que otro hombre cualquiera; pero es que morir en el paredón, fusilado por traidor, deshonorado, es algo horroroso. No he querido siquiera mandar aviso a mis padres para que sepan que aún me encuentro con vida. Si he de morir así, prefiero que lo ignoren. Es mejor que crean que me mataron en Barcelona. Tal y como van las cosas a menudo pienso que ojalá hubiera sido así.

La hermana exhaló un profundo suspiro.

—Rezaré mucho por usted —dijo—. Lo necesita. Y usted rece también, y verá como Dios no le abandona... Bueno, y ahora, a comer, a ver si se repone pronto.

Pablo sintió ganas de contestar: ¿para qué? ¿Para qué me fusilen antes? Pero se contuvo. El que él estuviera desesperado no le daba derecho a herir de ese modo a la monja, que tan bien se había portado siempre con él y le profesaba un sincero afecto.

Haciendo un esfuerzo observó:

—Muy bien. ¿Qué es lo que me trae de comer hoy? —y trató de sonreír; pero sólo logró hacer que su rostro mostrara una extraña mueca.

Intentó seguir la conversación de la hermana, hablando de cosas intrascendentes, y durante la comida lo consiguió, hasta cierto punto; pero, al volver a quedar solo, sus pensamientos retornaron al asunto que le preocupaba...

¿Y María? ¿Y sus padres y hermanas? ¿Qué pensarían si, finalmente, llegaban a saber cómo había muerto? ¿Crearían en él, o pensarían de la misma forma que parecía hacerlo todo el mundo?... o por lo menos, la mayor parte de la gente. ¿Respetarían, en este caso, la que parecía haber sido su decisión de hacer la guerra en el otro bando?

Estas ideas no contribuyeron, como es lógico, a calmarle y, cuando por fin se durmió, rendido por el sueño, se vio asaltado por pesadillas que le hicieron despertar varias veces, bañado en un sudor frío y sin poder recordar exactamente lo que había estado soñando, igual que le era imposible acordarse con precisión de lo que había pasado en el submarino.

* * *

Dos días después recibió la visita de su defensor. Era un capitán de corbeta que se mostró frío y cortés con él. Se veía que no tenía demasiada fe en las afirmaciones de su defendido.

Ciertamente, pensó Pablo cuando el otro se hubo marchado, sus alegatos resultaban un tanto extraños. No podía presentar prueba alguna en apoyo de lo que decía, no acertaba a concretar nada, o casi nada, ni tan siquiera era capaz de responder a muchas de las preguntas que se le formulaban.

Los días que había pasado en Barcelona y a bordo del «C-10», se le aparecían como envueltos en una difusa niebla que no acababa de disiparse, aunque había momentos en los que le parecía que iba, por fin, a acordarse de todo; pero finalmente, aquel pequeño embrión de recuerdos confusamente agolpados, se desvanecía en su mente como un castillo de naipes al que, de súbito, hubiera alcanzado una ráfaga de viento. Verdaderamente, el panorama se presentaba de lo más sombrío, cuando ni siquiera su defensor creía en él.



Llegó por fin el día del consejo de guerra, día con sentimientos encontrados: tan temido pero tan deseado a la vez. A las nueve de la mañana entró Pablo en la sala de consejos, situada en el piso principal de la Capitanía General de San Fernando. Se encontraba aún algo débil; pero entero y sereno, y avanzó hacia sus jueces con paso firme y decidido.

La estancia era una habitación grande, severa, más bien oscura, con ornamentaciones de estilo antiguo. Frente a la puerta por donde entró había una larga mesa tras la cual se hallaba el comandante general del arsenal de La Carraca, que hacía las veces de presidente del consejo de guerra, y los vocales, todos ellos jefes y oficiales de los distintos cuerpos de la Armada.

En una mesa pequeña, a la derecha del presidente, se encontraba el fiscal, un teniente coronel jurídico, y a su izquierda el defensor. Frente a la presidencia, tomaba asiento el juez instructor de la causa, con su secretario, y detrás de él se hallaba el banquillo de los acusados, que ocupó Pablo. A su espalda había varias hileras de bancos, vacíos todos ellos, pues el consejo de guerra había sido declarado secreto.

Cuando todo el mundo hubo ocupado su puesto, el presidente fue el primero en tomar la palabra:

—Se constituye este consejo de guerra para fallar causa contra el teniente de navío don Pablo Vázquez Roca, con motivo de los acontecimientos que condujeron al hundimiento del submarino «C-10», al mediodía del catorce de agosto de mil novecientos treinta y seis.

Después de esto, el juez instructor hizo un resumen de los hechos que habían podido establecerse. En la mañana del día catorce de agosto el patrullero «Ceuta» se encontraba prestando servicio de vigilancia unas cincuenta millas al sur de Cádiz cuando, a las doce y veinticinco, había avistado el periscopio de un submarino a unos mil metros de distancia y abierto a quince grados por la amura de babor.

Le había puesto la proa a toda máquina, tocando al mismo tiempo zafarrancho de combate y, casi simultáneamente, el submarino de la Armada roja «C-10» había salido a la superficie, contestando al fuego de cañón que se le hizo desde el «Ceuta». Tras un corto combate el submarino fue echado a pique, recogándose a veintinueve

supervivientes de su dotación, seis de ellos heridos de mayor o menor gravedad, entre ellos el comandante del submarino, teniente de navío don Pablo Vázquez Roca, cuya causa se estaba viendo en esos momentos.

—Conclusiones provisionales del ministerio fiscal —prosiguió el juez instructor.

El fiscal se levantó.

—Renuncio a que sean leídas —dijo.

—Conclusiones provisionales de la defensa —continuó el juez.

El defensor renunció asimismo a su lectura y, acto seguido, el fiscal tomó la palabra.

En su argumentación manifestó que se encontraban allí reunidos para juzgar a un oficial nacional que, olvidando sus deberes para con la patria, se había prestado a mandar una unidad de la flota roja, al servicio del marxismo y el comunismo internacionales. Dicho oficial, ahora que había caído prisionero, pretendía escapar a las consecuencias de su traición presentando una versión extraña e inverosímil de los acontecimientos.

Según el reo, había tomado el mando del submarino con el solo objeto de entregarlo a las fuerzas nacionales. Si era así, ¿por qué no lo había llevado a cabo? Y, ¿por qué, por el contrario, había presentado combate al patrullero «Ceuta», respondiendo a su fuego con el cañón?

El acusado no podía contestar a muchas de las preguntas que se le habían hecho, dando como excusa el padecer una amnesia parcial, a consecuencia del choque sufrido. En realidad, había incurrido en algunas contradicciones y, si no podía responder a lo que se le formulaba, era porque no había contestación posible alguna que estuviera de acuerdo con la versión que él facilitaba de los hechos.

Ninguna de las declaraciones de los demás miembros de la dotación del submarino —a cualquiera de los cuales se podía hacer comparecer siempre que fuera preciso— confirmaba en modo alguno las afirmaciones del reo, que, por otra parte, tampoco había podido presentar ninguna prueba en apoyo de cuanto decía...

—Sin embargo —prosiguió el fiscal—, existen pruebas que, de forma indirecta, desmienten los alegatos del acusado. Al ser recogido éste del agua, llevaba en el bolsillo trasero del pantalón una agenda. Hela aquí. Está bastante deteriorada por el agua salada, pero entera, pudiendo leerse cuanto en ella está escrito. Por cierto que tan sólo ha sido utilizada la parte correspondiente a los días que el «C-10» pasó en la mar durante su último crucero, y, señores, en ninguna de dichas anotaciones se hace para nada mención de los propósitos que el reo dice le animaban al tomar el mando del submarino.

Pablo había permanecido sentado, siguiendo el debate con actitud resignada. Experimentaba, en cierto modo, la sensación de ser allí un mero espectador. No, no era posible que fuera él mismo, en realidad, quien se encontraba sentado en el

banquillo de los acusados. Su mente seguía cansadamente el debate, como si la cosa no tuviera que ver directamente con él.

No obstante, al mostrar el fiscal la agenda en alto, experimentó una gran conmoción interna. ¡La agenda! ¿Cómo era posible que nadie le hubiera hablado de ella hasta ahora? ¿Cómo no se había acordado antes de su existencia? ¡En ella tenían que estar las anotaciones en clave que había hecho! y, esas anotaciones, podían cambiar totalmente el cariz de aquel consejo de guerra, en que los hechos se iban desvirtuando cada vez más.

Pero, ¿cómo se explicaba que el fiscal dijera que sólo estaban escritas las páginas correspondientes a las fechas en que el «C-10» estuvo en la mar? El había redactado sus mensajes en clave al final, en las últimas páginas de la agenda... y allí debían de estar aún, puesto que, según había dicho el fiscal, aquella se encontraba entera, sin faltarle páginas.

Y, de repente, comprobó con sorpresa que la niebla que parecía envolver a su recuerdo de los días transcurridos a bordo del submarino se había disipado por completo y que podía acordarse de todos los hechos perfectamente, hasta en sus menores detalles.

En aquel momento el fiscal daba por terminada su perorata y su defensor se disponía a tomar la palabra. Una idea cruzó como un relámpago por su mente: daría un golpe teatral que pusiera término de una vez aquel absurdo consejo de guerra.

Se levantó de su asiento y, con voz alta y serena, dijo:

—Señor presidente. Acabo de recordar ciertos hechos que hasta ahora, debido probablemente a un ataque de amnesia parcial, no había logrado traer a mi memoria. Considero dichos hechos de capital importancia y, en consecuencia, pido encargarme yo mismo de mi defensa —y, dirigiéndose a su defensor, añadió—. Mi comandante, le agradezco mucho cuanto ha hecho usted por mí.

Sus palabras cayeron como una bomba en la sala. Todo el mundo se miró extrañado, siendo los primeros sorprendidos los jefes y oficiales del cuerpo jurídico. Seguramente, pensó Pablo, no habían presenciado nada igual ni parecido en toda su vida.

El presidente, después de consultar en voz baja con el vocal ponente, sentado a su derecha, afirmó:

—Este tribunal considera que su primer deber consiste en esclarecer a fondo los hechos y, por tanto, accede a la petición del acusado.

—Gracias, señor presidente —dijo Pablo—. Y ahora desearía poder examinar de cerca esa agenda cuya vista, unida a las palabras pronunciadas por el señor fiscal, ha sido la que ha reavivado mi memoria.

La agenda le fue entregada y comprobó que el agua había disuelto la cola de las tapas, haciendo que las primeras y últimas páginas del libro estuvieran pegadas unas

a otras. No era extraño que, debido al carácter sumario del proceso, al ver que las anotaciones cesaban en la página correspondiente al hundimiento del «C-10», nadie hubiera pensado en buscar nada más escrito en la página del final.

—El señor fiscal acaba de decir, con muy buena lógica, que si yo hubiera pretendido entregar el submarino, habría algo en esta agenda que lo confirmara de una forma u otra, y ha esgrimido contra mí el hecho de que, según él, no hay nada escrito en ella que apoye mis declaraciones.

»Pues bien, en este diario hay algo, escrito de mi puño y letra, que corrobora todo cuanto he dicho, aunque ninguno de cuantos instruyen esta causa haya dado con ello.

El efecto que produjeron estas palabras fue aún mayor, si cabe, que el causado por las anteriores. Una expresión de asombro y curiosidad se dibujó en todos los rostros allí presentes. El acusado parecía estar muy seguro de sí mismo y de lo que decía.

Pablo, por su parte, experimentaba más que nunca aquel extraño desdoblamiento de personalidad. Era como si estuviera asistiendo al juicio de un tal Pablo Vázquez que nada tuviera que ver con él, y casi deseaba más que aquel desempeñara un buen papel que verle salir con vida del atolladero. Por primera vez, desde hacía tiempo, comenzaba a disfrutar.

—Señores. En las últimas páginas de este libro escribí algo que espero convencerá a ustedes de la buena fe con que he obrado. ¿No han pensado ustedes que hay muchas circunstancias extrañas en el hundimiento del «C-10» si aceptamos la teoría del señor fiscal? Claro está que él no es submarinista, ni siquiera oficial del cuerpo general y, por lo tanto, no puede darse cuenta del profundo significado que encierran ciertos detalles.

»¿Por qué no torpedeé al «Ceuta» sin salir a la superficie? ¿No es una curiosa coincidencia que el submarino saliera a flote inmediatamente después de haber sido avistado su periscopio? No, señores. No lo es. Ordené salir cuando por el periscopio me di cuenta que había sido descubierto, y salí además por la proa del patrullero, en la posición más desventajosa para mí. En resumen: presenté mi barco en bandeja al «Ceuta» para que lo echase a pique sin demasiada dificultad.

»Convendrán ustedes conmigo en que el tiro efectuado por el submarino fue desastroso, y ¿quién era el que proporcionaba los datos balísticos a los artilleros? Yo, sin duda. Pero aún hay más: ¿no les extraña a ustedes que durante todo el tiempo que el «C-10» permaneció en su zona de operaciones no atacase a ningún buque nacional? Y no porque no los viese. Se lo aseguro. Ahora lo podrán comprobar.

»En esta libreta he anotado la situación, hora de avistamiento, rumbo y velocidad de todos los buques nacionales que pasaron ante mi periscopio, o ante mi vista, durante aquellos días; avistamientos que, con peligro de mi vida, oculté a los demás miembros de la tripulación, como podrá comprobarse si se les interroga sobre el particular.

Mirando a su alrededor, Pablo pudo darse cuenta de que sus palabras habían causado una gran impresión en el tribunal, y decidió dar el golpe decisivo de la forma más teatral e impresionante que se le ocurrió.

—Señor presidente. Para la demostración que espero efectuar ante ustedes, necesito una pizarra grande y un Estado General de la Armada.

La expectación subió de punto, si cabe, y el almirante ordenó traer ambas cosas rápidamente. Una vez hecho esto, Pablo prosiguió:

—No quise efectuar mis anotaciones en las páginas correspondientes a las fechas en curso, sino que las hice en las últimas hojas de la agenda. Si el juez instructor quiere tener la bondad de despegarlas, con cuidado, podrán ver todos lo que escribí en ellas.

Y, dejando el banquillo de los acusados, se acercó con gran naturalidad al capitán de navío Blanco alargándole la libreta, sin que a nadie se le ocurriera impedirle hacer este movimiento.

Quedó en pie al lado del juez instructor, que, con ayuda de un cortapapeles, despegó cuidadosamente las últimas páginas. Allí estaban, efectivamente, las anotaciones en clave, algo borradas por su permanencia en el agua, pero perfectamente legibles todavía.

Blanco alzó la voz sobre el murmullo de expectación que se oía en la sala, y declaró:

—Señor presidente. Aquí hay, efectivamente, algo escrito; pero lo está en una clave desconocida para mí.

Pablo volvió a tomar la palabra:

—Naturalmente que hice estas anotaciones en clave. Si las hubiese escrito en claro y hubieran caído en manos de alguien de la dotación, me habrían liquidado sin más preámbulo. Estando hechas en clave, siempre podría inventar alguna explicación plausible para ésta, llegado el caso... y ahora —continuó—, procederé a descifrarlas ante ustedes.

Dirigiéndose a la pizarra, escribió en su parte superior el abecedario, terminando con un guión. Luego fue poniendo debajo de cada letra la serie natural de los números. Al acabarse el alfabeto, puso los números siguientes debajo de las nueve primeras letras, esto es:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14
29	30	31	32	33	34	35	36	37					
Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	-
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28

A continuación, dirigiéndose al juez instructor, le dijo:

—Mi comandante. ¿Quiere hacerme el favor de dictarme el primer texto en

A medida que los textos iban apareciendo en claro, comenzó a elevarse un murmullo entre los miembros del tribunal. Sus componentes se miraban unos a otros con evidente asombro, y hablaban entre sí en voz baja.

Los dos mensajes siguientes se referían asimismo a avistamientos del «*Almirante Cervera*» en aquel mismo día.

—Este barco —añadió Pablo— estuvo patrullando durante casi toda la tarde por la zona en que el «*C-10*» se mantenía apostado. No intenté atacarlo y dije a la dotación que el ruido de hélices que oíamos provenía de un crucero inglés. Es muy posible que algunos de mis hombres lo recuerden aún.

Uno a uno fue descifrando los restantes mensajes, unos diez en total. Al terminar dijo:

—Todos estos barcos pasaron ante mi periscopio durante los días en que el «*C-10*» permaneció al acecho por la zona que le había sido asignada, y no sólo ninguno de ellos fue atacado, sino que mi tripulación no se enteró nunca de los avistamientos. Cada vez que les ocultaba el paso de un barco nacional, me jugaba la vida pues, a la menor sospecha de que no obraba de buena fe, probablemente hubiera sido eliminado sin compasión alguna.

»Por fin me convencí de que no iba a ser posible pasarme con el submarino al bando nacional, como había sido mi propósito al hacerme cargo de él, debido a la estrecha vigilancia a que me vi sometido por parte de ciertos miembros de la dotación y, especialmente, del comisario político, que pereció en el hundimiento, y entonces decidí rendir, y si no fuera posible, echar a pique el barco a la primera oportunidad que se me presentara. Fue ésta la aparición del «*Ceuta*». El resto de la historia ya la conocen ustedes. Señor presidente, he terminado con mi defensa. Muchas gracias.

—¿Tiene algo que añadir el ministerio fiscal? —preguntó el almirante.

—Nada, señor presidente.

—Bien, señores. El consejo de guerra se constituye en reunión secreta para deliberar —y con estas palabras, salieron de la sala todos, a excepción del presidente y los vocales. Antes de transcurrido un cuarto de hora, fueron invitados a pasar de nuevo.

Cuando todo el mundo hubo vuelto a ocupar su puesto, el almirante tomó la palabra:

—Este tribunal, por unanimidad y tras breve deliberación, declara al acusado inocente de todo delito. Además estima que su conducta, a partir del estallido del glorioso Alzamiento Nacional, es digna de todo encomio y está de acuerdo con las más altas tradiciones de la marina española y de las armas hispanas en general.

Pablo, al final, casi no oía. Estaba libre y ello unido a lo mal que lo había pasado últimamente le hacía creer que flotaba lejano en una nube. Se encontraba por encima y algo distante de lo que sucedía a su alrededor. La verdad había brillado con su luz.

De paso, su honor había quedado a salvo y se dijo a sí mismo que, en realidad, todo había salido mucho mejor de lo que razonablemente había esperado aquella misma mañana. Pero, a pesar de todo, no se sentía satisfecho. La amargura de los días pasados había sido demasiado grande para que ahora pudiera borrarla nadie de un solo golpe.

El comandante general se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Me permite estrechar su mano, Vázquez?

—Con mucho gusto, almirante, a sus órdenes.

Y después de este apretón de manos vinieron muchos más. Todos parecían deseosos de testimoniarle su amistad y aprobación por lo que había hecho. La mayoría, al estrecharle la diestra, añadían palabras de admiración y le manifestaban que ellos nunca habían dudado de él, ni siquiera cuando todas las circunstancias parecían condenarle. Algunos, los menos, lo decían sinceramente.

En menos de tres horas, había pasado, de ser un réprobo a convertirse en un héroe popular; pero todo aquello le dejaba, en cierto modo, frío e indiferente, sin que le fuera posible unir el suyo al general entusiasmo. Por encima de todo, y en medio del agotamiento que sentía, un punto de indignación afloraba en sus pensamientos por la actitud hipócrita de muchos al apuntarse al caballo ganador una vez conocido el resultado de la carrera.

En cuanto pudo, pretextó estar cansado y pidió volver al hospital, alegando que aquél era su primer día de salida. Gracias a esto, pudo deshacerse de todo el mundo y, una vez a solas, reflexionar serenamente sobre su situación.

Aunque se dijo a sí mismo repetidas veces que cuanto le había ocurrido era lo lógico, dadas las circunstancias, y que nunca había debido esperar otra cosa, no podía dejar de sentirse agraviado, y un proyecto que se le había ocurrido días antes, fue poco a poco tomando forma definitivamente en su mente.

SEGUNDA PARTE



El regreso



La tarde siguiente al día en que se celebró el consejo de guerra, Pablo se personó en el despacho del jefe del Estado Mayor del Departamento Marítimo, capitán de navío don José Ruiz, al cual conocía por haber estado ambos embarcados en el mismo destructor, siendo el uno alférez de navío y el otro capitán de fragata, respectivamente.

Después de una antesala que se le antojó larguísima, fue invitado a pasar. Ruiz, que se hallaba sentado tras una gran mesa, cubierta de papeles y cartas marinas, se levantó y fue a su encuentro, tendiéndole la mano.

—¿Ha tenido que esperar mucho, Vázquez? Esta mañana no he tenido un momento de respiro.

—Para serle sincero, algo he estado esperando, sí señor.

—Bueno. ¿Cómo está usted? Permítame que le felicite por su actuación en el «C-10» y por el resultado del Consejo de Guerra. Ha llegado a mis oídos que su actuación fue digna de encomio. Ahora le enviaremos unas semanas a casa, con permiso, que mercedamente se lo ha ganado. Así se repondrá por completo de su herida y, de paso, podrá ver a su familia a la que hace tiempo que no ve.

—Muchas gracias, mi comandante, por la enhorabuena; pero... precisamente de eso le quería hablar —y al ver la expresión de extrañeza que se pintaba en el rostro de su interlocutor, prosiguió—. Verá usted, mi comandante; durante el tiempo que permanecí hospitalizado he podido darme cuenta de que había quienes dudaban de mí, quienes pensaban que había perdido mi barco por impericia, mala suerte o incluso azar de guerra, como quiera llamársele, y que luego trataba de sacar el mayor partido posible de una situación comprometida, inventando historias truculentas. Y hay que reconocer, en honor a la verdad, mi comandante, que, para alguien ajeno al caso que analizara fríamente los hechos y circunstancias que en el mismo concurrían, todo parecía haberse confabulado para acusarme desde una lógica razonable.

—Mire usted, Vázquez, todo eso son tonterías —dijo Ruiz—. Cualquiera que le conozca sabe...

—Eso es lo malo, mi comandante —le interrumpió—. ¿Y el que no me conozca? No quiero que nadie pueda dudar de mí y de los motivos que me impulsaron a obrar

como lo hice.

—Sí, lo comprendo; pero ¿cómo...?

—Precisamente para eso he venido a verle, mi comandante. Sé que usted cree y confía en mí por entero, y que hará todo lo posible por ayudarme en lo que ahora me propongo.

—Si está en mi mano, desde luego, no lo dude.

—Pues verá usted. Quiero que se me confíe una misión difícil y arriesgada, algo de verdadero peligro —en tiempo de guerra no faltarán misiones de esta índole— para demostrar, sin ningún género de duda, de qué parte estoy. Después de lo ocurrido, la sentencia del consejo de guerra no me basta. No puede bastarme.

Su interlocutor se había quedado mirándole fijamente, como si tratara de averiguar hasta qué punto estaba Pablo resuelto a continuar en su propósito, y luego trató de disuadirle.

—Mire usted, Vázquez, todo eso me parece superfluo. ¿No ha sido absuelto y felicitado por el consejo de guerra? ¿Qué más quiere usted?

—Que nadie pueda permitirse el lujo de dudar de mí, mi comandante. Quiero tener derecho a mirar a todo el mundo cara a cara, sin atisbar asomo de duda en quien tengo enfrente. ¿Acaso cree que es pedir demasiado?

—No, no se trata de eso. Es que le aprecio. ¿Ha meditado bien el alcance de lo que pide?

—Usted me conoce, mi comandante, ¿me ha tenido alguna vez por un hombre impulsivo? —y, al mover su interlocutor la cabeza en sentido negativo, continuó—. Lo he decidido ya hace días; lo he meditado mucho y le aseguro que no variaré de opinión.

Una expresión que Pablo no logró descifrar se dibujó en el rostro de Ruiz, que contestó:

—Bueno, Vázquez, lo que tiene que hacer ahora es reponerse. A su vuelta hablaremos con más tranquilidad de todo esto; hoy estoy muy ocupado —y al ver la expresión de decepción que se perfilaba en la cara de Pablo, añadió—. Sin embargo, le prometo no echar en saco roto cuanto me acaba de decir.

La entrevista había concluido. Ruiz ordenó que le extendieran un pasaporte para Sevilla con veinte días de permiso, y se despidió de él con una apretón de manos y las siguientes palabras:

—Bueno, y ahora no se preocupe de nada más que no sea reponerse cuanto antes. Disfrute de su permiso y cuídese. Aquí, en la Armada, necesitamos oficiales como usted.

Pablo se fue, sin saber a ciencia cierta si debía estar o no contento del resultado de la entrevista. A decir verdad, se sentía algo decepcionado; pero trató de animarse. Realmente, ¿qué era lo que había esperado? Como, en resumidas cuentas, no había

esperado nada en concreto, trató de convencerse a sí mismo de que había tenido éxito en sus propósitos.

Recordó las palabras de su interlocutor: «*Bueno, y ahora no se preocupe de nada...*» Una amarga sonrisa se insinuó en sus labios.

Era muy fácil decir aquello, que todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo en recomendarle; pero, ¿cómo no iba a preocuparse? Ciertamente, personalmente, no tenía nada que temer, por el momento; pero, ¿y María? Durante los últimos días, la preocupación del inminente consejo de guerra le había distraído un tanto la imaginación; pero ahora todo el antiguo dolor y la ansiedad por la suerte que ella hubiera podido correr, volvían de nuevo a pesar sobre su ánimo como una losa.

Desde la misma Capitanía General llamó por teléfono a un tío suyo que vivía en Sevilla, para que diera en su casa la noticia de su próxima llegada. Siempre le había gustado llegar «por sorpresa» como él decía; pero en aquella ocasión pensó que lo mejor era preparar a su familia, pues sus padres ni siquiera sabían si vivía aún, ya que no había querido comunicarse con ellos mientras esperaba ser juzgado.

Sólo dijo a su tío que esperaba llegar a Sevilla aquella noche, que había resultado herido en un hombro pero que ya estaba bien, y que no quería que le preguntaran cómo había llegado ni qué había sido de él, ya que nada podía decir.

En su casa siempre se habían quejado de que había que sacarle las cosas del cuerpo «con cucharón», dada su forma de ser, tan poco comunicativa. Pues bien, aquella vez ni con el famoso cucharón iban a poder sacarle nada.

* * *

Pablo se encontraba en casa, cómodamente sentado en una butaca de la sala. A su lado había una mesa con una botella de vino y una enorme cantidad de tapas. La hora del aperitivo, cuando él estaba en casa, era algo sagrado para su madre «*porque es una cosa que les gusta mucho a los marinos y que hacen en todos los barcos*».

Su madre sentía verdadera pasión por él, pues era el hijo mayor y el único varón. Durante los permisos se desvivía por complacerle, y sobre todo había extremado sus cuidados con él durante las dos últimas semanas, desde que llegó de Cádiz.

Aquel mediodía estaban a solas los dos, pues el padre no había vuelto aún de la fábrica y Blanca, la hermana más pequeña, que aún era soltera, estaba trabajando como enfermera en la Cruz Roja, donde se había presentado voluntaria desde el principio de la guerra.

Las dos semanas no habían sido muy felices de sobrellevar para Pablo. La herida había curado ya por completo, y los dos o tres últimos días había empezado a hacer gimnasia intensiva para fortalecer el brazo izquierdo; pero, sobre todo, como medio de escapar un poco a sus propios pensamientos.

Ahora, que se veía condenado a la inactividad forzosa, no podía apartar de su mente a María ni por un solo momento, y tales pensamientos eran, por fuerza, penosos.

¿Qué le habría ocurrido a ella y a su familia? ¿Dónde estaría? ¿Cómo podría tener noticias de ella? ¿Viviría, acaso, todavía? Al pensar esto le entraba verdadera desesperación.

Las pocas personas que habían logrado evadirse de zona republicana narraban toda clase de atropellos y desmanes cometidos por la multitud contra las personas de actitudes conservadoras, y las escenas que él había tenido la desgracia de presenciar en Barcelona, durante los primeros días del Alzamiento, no eran para contribuir a calmar sus inquietudes. ¡Maldita guerra!

Se dio cuenta de que su madre le miraba con preocupación, y trató de sonreírle. Ella le devolvió la sonrisa, a su vez, pero ninguno de los dos logró engañar al otro.

Estaba casi deseando que su permiso acabara ya, para salir de aquella inactividad en que se encontraba como prisionero, para tener algo que hacer, en que ocupar su mente y alejar de sí tantos pensamientos torturantes. A no ser por el disgusto que ello hubiera representado para sus padres, ya habría escrito a Ruiz hace días para que lo enviaran a cualquier parte. Si la misión especial que había pedido no se presentaba, podía al menos embarcar mientras tanto.

Pero total, ya no quedaban más que unos días para la expiración de su permiso, y no valía la pena intentar nada. Si aquellas dos semanas habían pasado de una forma u otra, poco importaba otra más, y por lo menos, su presencia en casa era un motivo de satisfacción para su madre... Pobrecilla, ¡cómo se había alegrado al verle llegar!

Por el balcón, vio venir a un marinero de la comandancia de Marina, que se acercaba en bicicleta. Pocos momentos después llamaron a la puerta y, casi inmediatamente, subió una de las muchachas.

—Abajo hay un marinero que trae un sobre para el señorito Pablo. Dice que tiene que entregárselo en propia mano.

—Está bien, Antonia. Dígale que suba.

¿Qué sería aquello? ¿Su petición habría sido escuchada en contra de lo que había presentado? ¿Le llamarían por fin? Era lo más probable.

—¿Qué crees que será, hijo? —le preguntó la madre al verle levantarse para salir al encuentro del marinero; pero lo preguntaba por mera y simple curiosidad. Evidentemente, no se le había ocurrido que, en tiempo de guerra, pueden existir multitud de razones que obliguen a acortar o suspender el permiso de un oficial.

—No lo sé, mamá. Ya veremos —le respondió, y se salió a la parte alta de la escalera.

—A sus órdenes, mi oficial. Traigo un sobre de la comandancia para usted. Tiene que firmar aquí.

—Está bien, muchacho, trae —le dijo extendiendo el brazo.

Firmó y rasgó el sobre, en cuyo interior había otro algo más pequeño, cerrado con cinco sellos de lacre rojo. Un tanto extrañado se dirigió a su cuarto y, sentado ante su mesa de trabajo, abrió cuidadosamente el segundo sobre. Dentro, se hallaba un papel con el timbre de la Jefatura de Estado Mayor del Departamento Marítimo de Cádiz, y el siguiente texto:

Teniente de Navío D. Pablo Vázquez Roca.

Sevilla

Venga a verme a mi casa, calle Canalejas nº 15, en cuanto le sea posible después de recibir esta carta. Llegue después de las diez y media de la noche.

Venga de paisano, sin equipaje. No vea a nadie en San Fernando y procure pasar lo más desapercibido posible.

Queme este papel inmediatamente después de haberlo leído.

San Fernando, 9 de octubre de 1936

El C. de N. Jefe del Estado Mayor

Firmado: José Ruiz



Pablo releyó la misiva varias veces. Estaba francamente perplejo. Todo aquello era muy raro. ¿Por qué lo citaba un jefe de estado mayor en su casa, en vez de hacerlo en la Capitanía General, y por qué precisamente de noche? ¿Por qué especificaba que había de ir de paisano, sin equipaje? Aquí estaba, desde luego, la misión especial que había solicitado; pero ¿en qué pararía todo aquello? La cosa tenía un aspecto de lo más extraño.

Dirigiéndose al cuarto de baño, quemó los sobres y la carta, arrojando las cenizas por el inodoro. Después, se encaminó de nuevo a la sala.

—¿Qué, hijo, qué es lo que te traía el marinero?

—Temo que no sean muy buenas noticias, mamá. Me quitan tiempo de permiso.

—Pero, ¿por qué, hijo? ¿Cuándo tienes que marcharte?

—No sé todavía el motivo, mamá; pero seguramente tendré que irme ésta misma tarde —era muy característico de él este «seguramente», que parecía querer atenuar un poco la rudeza del golpe.

El más vivo disgusto se pintó en el rostro de su madre; pero valientemente trató de disimularlo. Él, para animarla, le dijo:

—No me llevo equipaje, ya que, a lo mejor, estaré de vuelta muy pronto.

Así, al mismo tiempo que trataba de tranquilizarla, le explicaba el hecho, para él incomprensible, de que se le hubiese ordenado, taxativamente, no llevar equipaje alguno.

Aquella misma tarde cogió el tren de las tres, «*con la comida todavía en la boca*» como se quejó su madre, y a las nueve llegó a San Fernando. Iba vestido con un viejo traje gris y un sombrero de ala ancha y baja, que le ocultaba en parte la cara.

No deseando llamar la atención, entró en una taberna cercana a la estación donde, eligiendo un rincón oscuro, pidió media botella de vino y una ración de calamares fritos, para pasar el tiempo hasta las diez y media de la noche.

Pasada esa hora se levantó, pagó y salió a la calle, agradeciendo el aire fresco después de la atmósfera cargada de la taberna. La calle Canalejas, estrecha y mal alumbrada, desembocaba en la calle Real, la principal del pueblo, que tantos y tan buenos recuerdos le traían de los tiempos en que era alumno de la Escuela Naval.

Pablo llamó al número quince, saliendo a abrirle una muchacha.

—Buenas noches, ¿está don José? —preguntó.

—¿Quién pregunta por él? —dijo ella.

—Me ha citado a esta hora —le contestó no queriendo dar su nombre.

—Un momento. Veré si está —cerró la puerta, volviendo al poco rato.

—El señor le espera en su despacho.

Pablo, siguiendo a la chica, atravesó el patio y entró por una puerta situada en el lado opuesto de aquél. Ruiz se levantó al verlo entrar y, seguidamente, le tendió la mano.

—Bien, bien, Vázquez, me alegra que haya podido venir tan pronto. No esperaba menos de usted. ¿Cómo va esa herida?

—Ya está completamente curada, mi comandante.

—Muy bien, eso es estupendo.

Hubo una pausa momentánea mientras ambos se sentaban, y a continuación Ruiz lanzó a Pablo una directa y penetrante mirada.

—¿Se acuerda usted de la última conversación que sostuvimos y de la petición que me realizó durante la misma, Vázquez?

—Naturalmente, mi comandante —su corazón empezó a latir más apresuradamente; pero exteriormente nada denotó la emoción que experimentó al oír hablar del asunto.

—Perfecto, y... ¿continúa ofreciéndose voluntario para una misión de gran peligro?

—Desde luego, mi comandante.

—Pues bien. La ocasión se ha presentado antes de lo que creíamos. Resulta que se necesita una persona para llevar a cabo un cometido extraordinariamente peligroso; pero, dada la naturaleza del mismo, que probablemente será muy distinta de lo que usted había pensado cuando habló conmigo, quiero advertirle, antes de decirle nada, que es usted completamente libre, cuando se entere de lo que se trata, de aceptar o rehusar. En este último caso volverá a casa hasta que expire su permiso y se presentará entonces en la Capitanía General. Ni usted ni yo volveremos a recordar para nada esta conversación.

Pablo estaba cada vez más intrigado. ¿A qué venía tanto misterio? Pero, en fin, ahora le diría de una vez en qué consistía la cosa... y armándose de paciencia, esperó a que su interlocutor continuase.

—Se trata de lo siguiente: necesitamos información sobre los movimientos, planes, fuerza e intenciones de la flota roja que, como usted sabrá, se encuentra concentrada en el puerto de Cartagena. Tenemos allí varios agentes de toda confianza; pero necesitamos que alguien con criterio profesional se ponga en contacto con ellos, recoja y expurgue sus informes, y sea capaz de formarse una idea clara y

real de la verdadera situación.

»¿Por qué la Flota roja, teniendo tanta superioridad numérica sobre la nuestra no nos presenta batalla? ¿Es qué no puede hacerlo, por falta de mandos, o es sólo un ardid para que nos confiemos y caer después sobre nosotros? ¿Qué influencia puede ejercer dicha flota sobre las operaciones futuras? Pero, en fin, de todo esto ya se enterará usted con todo detalle a su debido tiempo. Ahora, la cuestión es: ¿está usted dispuesto a encargarse de esta arriesgada e importante misión?

Pablo estaba como quien ve visiones. En realidad, desde que recibió aquella extraña orden de presentación, había estado esperando subconscientemente algo parecido: espionaje; pero lo que verdaderamente le dejó sin habla y una sensación de vértigo fue la palabra *Cartagena*. ¡Allí estaba María y, tal vez, podría verla muy pronto! Casi no escuchó el final de lo que hablaba su interlocutor, perdido en sus propios pensamientos... Cartagena... María... María... Cartagena... no podía separar un nombre del otro.

La voz de Ruiz, que volvía a hablar de nuevo, le sacó de su abstracción:

—Tómese todo el tiempo que necesite para reflexionar.

—No, mi comandante, si no es eso. Estoy decidido a aceptar. Pensaba tan sólo... en lo que tendré que hacer en Cartagena.

—Bueno; de eso ya se enterará más adelante. Ahora vamos a otra cosa. Esta noche marchará usted a Cádiz. Allí, como hay más gente, llamará menos la atención y le será más fácil pasar desapercibido, además de ser menos probable su encuentro casual con algún conocido. Se hospedarán en un hotel de segunda categoría, bajo el nombre de Pedro Villalba. Ahora mismo le daré documentos de identidad a ese nombre. Mañana tomará usted el tren y se dirigirá a Sevilla. No vaya a su casa, sino embarque directamente en el vapor italiano «*Franca Fassio*», un correo que sale del muelle de La Corta para Palma de Mallorca sobre las siete de la tarde. Procure por todos los medios, no encontrarse con ningún conocido en Cádiz ni en Sevilla.

»Aquí tiene los documentos de identidad de Pedro Villalba, industrial textil sevillano que marcha a Palma para tratar de montar allí una fábrica de tejidos, y también el pasaje a su nombre.

»Para que no llame la atención por falta de equipaje, se llevará de aquí una pequeña maleta. En ella van claves para la Marina en las Baleares y un libro sobre tejidos que deberá leerse, cuando nadie le vea, para enterarse de algo sobre su supuesta profesión.

»Al llegar a Palma, se dirigirá al número cuarenta de la calle Montera —está muy cerca del puerto—, allí habrá de entregar las claves a quien se las pida y recibirá nuevas instrucciones... ¿Cuánto dinero lleva usted encima?

—Trescientas y pico pesetas, mi comandante.

—Aquí tiene mil más. Le habrán de bastar hasta Palma... ¿Lleva usted algún

arma?

Pablo se echó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó un pistola del nueve corto.

—Bueno. Estupendo —dijo Ruiz.

Luego se agachó y sacó de debajo de la mesa una pequeña maleta que abrió. Contenía dos paquetes lacrados y un libro titulado «*La Industria Textil Moderna*». Las tres cosas iban fijadas a las esquinas de la maleta, para que no fueran sueltas haciendo ruido dentro de ella.

Ruiz la cerró y entregó las llaves de la maleta a Pablo.

—Ahora déme usted sus documentos y todo cuanto lleve encima que pueda indentificarle. Habrá observado que hemos elegido su nuevo nombre de modo que coinciden las iniciales. Hágame el favor de firmar estos recibos, de las claves y de las mil pesetas... ¿Se le ocurre alguna cosa que se nos haya quedado en el tintero?

—Se me ocurre una cosa, mi comandante. Usted no ignora que he estado destinado en Cartagena hace tan sólo unos meses y que, por lo tanto, soy muy conocido allí como oficial de Marina. Creo que, si no se adoptan ciertas precauciones, seré inmediatamente reconocido y detenido.

Ruiz sonrió de una manera un tanto extraña.

—No se preocupe por eso —contestó—, ya hemos pensado en ello... ¿Alguna cosa más?

Pablo hubiera deseado hacer, no una, sino muchas preguntas más; pero se limitó a contestar:

—No, mi comandante.

—Sí —dijo éste—, creo que no se me olvida nada... ¡Ah! Puede escribir a casa una sola vez, diciendo cualquier cosa que no tenga nada que ver con la verdad, ¿me comprende?... Bueno. Me parece que sólo me resta desearle buena suerte —y le tendió la mano, que Pablo estrechó con fuerza.

—No, no me dé las gracias. Quien sabe si antes de terminar todo este asunto me maldecirá usted por habérselo propuesto... Lo siento. No quise decir eso. Buena suerte, Vázquez, y hasta la vista.

—A sus órdenes, mi comandante —y, cogiendo la maleta, volvió de nuevo sobre sus pasos para salir a la calle, tomando inmediatamente el tranvía para Cádiz con un espíritu completamente renovado.

Aquella noche, ya tranquilo en su cuarto del hotel, escribió a su casa la siguiente carta:

Queridos padres:

Me han designado para ir en una misión especial al extranjero. No os extrañéis ni os asustéis si pasa algún tiempo sin que recibáis noticias mías, pues no sé cuánto estaré

fuera ni tan siquiera si me será posible escribiros.

Siento haberme tenido que marchar, imprevistamente, antes de que terminara mi permiso.

Muchos recuerdos a las niñas, y recibid un fuerte abrazo de vuestro hijo que os quiere mucho,

Pablo

La misiva resultaba, tal vez, algo lacónica; pero la mayor parte de sus cartas a casa eran así, un poco estilo telegrama. Además, cuanto menos dijera, mejor. La echó al correo a la mañana siguiente, antes de tomar el tren con destino a Sevilla.



Pablo llegó a Sevilla a las tres y media de la tarde, encaminándose directamente al puerto en taxi, disminuyendo así el riesgo de ser reconocido. El «*Franca Fassio*» estaba atracado en el extremo de fuera del muelle de La Corta. Era un barco pequeño, de unas mil toneladas, y su andar no pasaría, probablemente, de ocho o diez nudos. Estaba algo escorado, pues aún no había terminado de cargarse, y su aspecto no era demasiado limpio.

Pablo se hizo conducir a su camarote, ordenando que no se le molestara, alegando que estaba cansado del viaje y quería dormir. Aquello sería un buen pretexto para no comparecer sobre cubierta a la hora de la salida del barco, en que tal vez se pudiera encontrar con algún conocido entre los pasajeros, amigos, familiares o allegados que fueran a despedirlos.

En el camino de la estación al barco, se había comprado unas cuantas novelas y un libro de crucigramas y con su ayuda pasó el tiempo hasta que, poco después de las siete y media, los familiares sonidos de la maniobra de salida llegaron a sus oídos.

Al poco rato, una leve trepidación le indicó que el «*Franca Fassio*» se había puesto en movimiento.

Pasado un tiempo prudencial, salió del camarote y pidió al primer camarero que encontró que le enseñara la lista de pasajeros, con objeto de ver si había en ella algún conocido. No era así, y se alegró de ello. De otra forma, habría tenido que pasar el viaje en su camarote, aduciendo estar mareado. ¡Con el apetito que se le abría siempre mientras navegaba!

Subió a cubierta con una novela, y se sentó en una tumbona situada en la cubierta de paseo, dedicándose a observar, con disimulo, a los demás pasajeros. No halló entre ellos a ninguno que le pareciera interesante y su propio aspecto, serio y despegado, hizo que no se le acercaran muchos a entablar conversación durante el viaje.

Tan sólo durante las comidas hubo de mezclarse algo en la animada charla general, mencionando de pasada que era industrial textil y su propósito de tratar de montar una fábrica en la isla, lo suficiente para no llamar la atención por demasiado callado y para no rehuir ostensiblemente la compañía de los demás.

La mayor parte de los dos días que duró el viaje la pasó en cubierta pensando:

¿con quién tendría que ponerse en contacto en Cartagena? ¿Le sería posible desempeñar a satisfacción la misión que le habían encomendado... y, a la vez, salir con vida de ella? ¿No habría sido una locura por su parte el aceptar meterse de nuevo en la boca del lobo? Pero había aceptado sin vacilar porque, al no tener noticias que le confirmaran lo contrario, en Cartagena estaba María... ¡María! ¿Cuándo la volvería a ver? ¿Qué le habría ocurrido durante todo el tiempo transcurrido sin tener noticias suyas? ¿Podría verla y hablarle sin comprometer el éxito de su misión?

¿Porqué le habrían enviado a Palma? Ciertamente que Mallorca era una posición de flanco con respecto a la costa republicana y estaba a poca distancia de Cartagena; pero, ¿cuál sería el motivo por el que le hacían pasar por allí?

Estas preguntas y muchas más, todas ellas de difícil respuesta, cruzaron en infinidad de ocasiones por su mente durante el viaje. Los demás pasajeros se acostumbraron a verlo pasear o estar sentado solo con un libro, sin hablar con nadie, con el ceño fruncido y pensando, pensando... La instalación de una fábrica de tejidos en Palma —se decían— debe ofrecer bastantes dificultades técnicas.

Otra cosa que Pablo hubo de cuidar mucho durante el viaje, fue no dejar traslucir su condición de marino por medio de cualquier palabra o ademán, cosa verdaderamente difícil a bordo de un barco. Debería tenerlo muy presente, o él mismo se podría delatar sin quererlo; la forma de subir y bajar las escalas, el modo de andar por cubierta cuando hay balance, el nombre que se le da a las cosas... todo esto y mil detalles más hacen que, para un marino, sea muy fácil diferenciar a bordo a un compañero de profesión del pasajero que embarca por primera vez, y aun del que ya lleva realizados bastantes viajes por mar.

Pero, como todo acaba en este mundo, también este extraño viaje de don Pedro Villalba tocó a su fin. En la madrugada del tercer día de navegación, se avistaron tierras de Palma y aquella misma mañana en cuanto el barco atracó, Pablo saltó a tierra con su maleta. Pocos minutos más tarde llamaba a la puerta del número cuarenta de la calle Montera que, como previamente le habían indicado, se hallaba realmente cerca del puerto. Algunas de las preguntas que había estado haciéndose durante el viaje, se dijo, iban a quedar contestadas muy pronto.

Salió a abrirle un hombre de edad madura, sin afeitar, comúnmente vestido, que le examinó de arriba abajo con expresión desconfiada y le preguntó qué quería. Vázquez dio su nuevo nombre, Pedro Villalba, e inmediatamente el otro le franqueó el paso, rogándole que esperase un momento mientras anunciaba a alguien su llegada.

Al mirar a su alrededor, se encontró en una estancia más bien pequeña, mal alumbrada; en una esquina había una mesa con un sillón detrás, al lado un perchero. Frente a la puerta de entrada una estufa de hierro y junto a ella un banco, en el que se encontraba sentado un hombre leyendo una novela. Un corredor oscuro, al fondo del cual se divisaba una escalera, y dos puertas más, por una de las cuales había

desaparecido el que le abrió la puerta, completaban el lóbrego panorama.

Casi inmediatamente fue invitado por el portero a pasar, encontrándose en un cuarto de regulares dimensiones, en el que había una biblioteca de gran tamaño, una chimenea de mármol blanco, una caja de caudales de imponente aspecto y una enorme mesa, tras de la cual dialogaban, a media voz, dos desconocidos. A un lado vio a un capitán de corbeta, al que conocía de vista, vestido de paisano.

—Así que usted es el teniente de navío Vázquez —dijo este último—. Sí, le reconozco. Le presento al teniente coronel Méndez, jefe del Servicio de Información de la zona de Baleares, y al comandante Campos.

Méndez era un hombre de mediana estatura, más bien grueso, con el pelo entrecano y cara bondadosa. Sólo al mirarle a los ojos, tuvo Pablo la impresión de que tras aquella máscara placentera se ocultaba un hombre de férrea energía. Campos era bastante más joven, más bien bajo, fuerte, de pelo castaño, ojos vivarachos y saltones y rubicunda tez. A Pablo no le hubiera agradado encontrárselo de enemigo en ninguna parte.

—Siéntese, por favor —dijo Méndez diligente—. ¿Trae las claves que se le confiaron?

La frase, más que una pregunta, semejaba una orden.

Por toda respuesta, Pablo abrió la maleta y depositó los dos paquetes sobre la mesa. Tras examinar cuidadosamente los lacres, Méndez manipuló en la caja de caudales donde los metió, volviendo a cerrarla en seguida.

—¿Ha visto usted durante el viaje algo o alguien que haya despertado sus sospechas, algún detalle extraño, alguna cosa, en fin, que crea deba comunicarnos? —prosiguió dirigiéndose a Pablo.

—No, señor. Nada —contestó, al tiempo que pensaba que aquellos señores, a fuerza de estar siempre metidos en asuntos de espionaje, querían ver huéspedes hasta en los dedos de los pies.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Méndez añadió:

—Dése cuenta de que va a emprender una aventura sumamente peligrosa, en la cual está en juego muchos más que la propia vida. Desconfíe de todo y de todos; esté siempre sobre aviso y piense que el más mínimo error puede ocasionar, no sólo su propia perdición, sino la de muchas personas que trabajan por su misma causa.

Vázquez no era hombre impresionable; pero estas palabras, dichas en tono tranquilo, sin aspavientos, hicieron mella en él a pesar suyo. Aquel teniente coronel parecía saber muy bien lo que se decía y cómo lo decía.

—¿Sabe usted el código Morse y manejar un transmisor de radio? —le preguntó Méndez.

—Sí, señor, desde luego.

—Bien... y dígame: ¿ha trabajado con un torno alguna vez en su vida?

—Sí, señor, en la Escuela Naval; pero muy poco.

—Bueno. Desde mañana empezará a trabajar en uno de los talleres de la ciudad que han sido militarizados. Antes de un mes ha de estar en condiciones de poder pasar por un obrero tornero, pues en calidad de tal irá a Cartagena. También le enseñaremos lucha, a ser certero con la pistola y otras varias cosas que podrá necesitar. ¿Qué sabe usted de estas dos?

—He sido campeón de boxeo en la Escuela Naval durante el presente año en mi categoría y, en cuanto al tiro a pistola se me da bastante bien.

—Magnífico. Pasemos a otra cosa. Mientras esté aquí en Palma se llamará usted Alfonso Martínez. Aquí tiene documentos a ese nombre y al salir le darán una maleta con ropa adecuada. Mañana por la mañana se presentará usted en el taller «*Loman*», en la calle Montañés número cuatro, y preguntará por el comandante Molina, bajo cuyas órdenes realizará su cursillo de aprendizaje de tornero.

—Al terminar en el taller, a las cuatro de la tarde, se presentará aquí al comandante Campos, que le instruirá en algunas cosas que debe usted conocer. Tendrá que trabajar de firme durante estos días, que al propio tiempo le servirán de prueba. Bueno; creo que sólo me resta darle la bienvenida entre nosotros. Busque alojamiento para esta noche y está usted libre hasta mañana a las ocho de la mañana.



Veintiséis días más tarde, Pablo se hallaba en un automóvil que rodaba rápidamente por una estrecha carretera de Mallorca, rodeada de encinares. Al mirar atrás en el tiempo, hacía los días transcurridos en Palma, experimentaba una sensación extraña, como si acabara de despertar de una especie de pesadilla.

Las horas que pasaba en el taller aprendiendo su nuevo oficio, habían sido una distracción y un descanso para él. Lo malo era lo que venía después, por las tardes, con el comandante Campos. Las sesiones de lucha libre y Jiu-Jitsu —en las que su hombro, a pesar de ir recuperando su movilidad, aún se resentía—, las caminatas de noche, campo a traviesa, los largos interrogatorios, hechos por varias personas, para acostumbrarlo a mentir durante horas enteras sin contradecirse ni dudar, así como a contestar a preguntas de todo punto imprevistas, las largísimas listas de nombres, lugares y fechas que había de retener en la memoria.

Todo esto, y algo más, no habría sido tan malo si luego hubiera tenido tiempo para descansar; pero durante aquellas cuatro demoledoras semanas sólo había dormido un promedio de cinco horas diarias, habiendo pasado, incluso, algunas noches completamente en blanco y, en aquellas que dormía, lo hacía soñando obsesivamente con lo que, de manera tan intensa, había vivido durante el día: nombres falsos, interrogatorios, el comandante Campos... Había sido aquel, verdaderamente, un período de pruebas, como bien le había pronosticado Méndez al principio, y todo ello se había completado con el extraño episodio de aquella misma mañana.

En vez de ir al taller, como de costumbre, se le había ordenado presentarse en la misma casa que el día de su llegada a Palma, siendo recibido por el teniente coronel, a quién casi no había vuelto a ver desde entonces.

Méndez, que se hallaba en compañía de otro señor pequeñito, delgado y calvo, de ojos saltones, le había dicho:

—Siéntese Vázquez. Tanto el comandante Campos como yo, estamos muy satisfechos de su rendimiento hasta ahora. Pocos hombres hubieran soportado esta prueba tan dura con la entereza que usted lo ha hecho. Ahora permítame que le

presente al doctor Parodi.

El aludido, que no había apartado un momento sus ojos del rostro de Pablo, le tendió la mano mientras continuaba mirándole fijamente, con una expresión que Vázquez no acertaba a explicarse. Parecía como si estuviese buscando algo en su cara.

Al cabo de un rato habló, delatando, por su acento argentino, la procedencia de su apellido:

—Bueno, yo creo que a vos bastará con tocarle un poco las orejas, las tiene bastante despegadas y eso es muy característico... Le depilaremos algo las cejas y le afeitaremos el bigote... También habrá que meterle un puente a lo largo de la encía superior, para variarle la forma de la boca, los pómulos y mejillas. Sabés ¿no? Pero... definitivamente, lo único que requerirá una mínima cirugía serán las orejas.

Pablo, asombrado, se volvió rápidamente hacia el teniente coronel Méndez, que le sonrió:

—¿No ha oído usted hablar nunca de la cirugía estética? Comprenderá que no podemos enviar a un oficial de Marina a una base naval, y confiar en la suerte para que nadie lo reconozca. Sin embargo, como dice el doctor, y puedo asegurarle que conoce perfectamente su oficio, a usted no habrá que tocarle casi nada para alterar su fisonomía lo suficiente como para que nadie lo reconozca... y lo único que quedará permanente será la modificación de las orejas, con la cual —añadió sonriendo con sorna— le hacemos un favor ya que, en efecto, las tiene demasiado separadas.

Pablo se encogió de hombros resignadamente a la vez que entornó un poco sus ojos. Todo aquello no le gustaba lo más mínimo.

—Bueno, doctor, no quiero retenerle más. Ésta misma tarde lo tendrá usted en su clínica.

Parodi se había despedido con un ligero apretón de manos y una sonrisita irónica. Pablo pensó que, de buena gana, le habría dado un puñetazo en aquella cara de sátiro. Sin duda le resultaba un personaje inquietante.

—Y ahora —dijo Méndez cuando se quedaron solos—, hablaremos de algo que me figuro le interesará a usted. Esta misma tarde irá a la clínica del doctor Parodi, para ser intervenido, y en donde permanecerá durante una semana, recuperándose de estos días de ajeteo. Después embarcará en un submarino que lo dejará en la costa de la zona roja, lo más cerca posible de Cartagena, ciudad a la que llegará usted en calidad de obrero tornero, natural de Sevilla, y que, en los últimos tiempos, ha estado trabajando en Valencia.

»Aquí tiene un cartapacio con su supuesto historial, que por supuesto, habrá de estudiarse concienzudamente durante estos días, hasta sabérselo de memoria mientras está durmiendo. Piense que de ello va a depender, no ya su propia vida, sino el éxito de su empresa y las vidas de muchas otras personas que se encuentran profundamente

identificadas con la causa.

»Vendrá usted aquí de nuevo antes de embarcar, a recibir las últimas instrucciones y el material que llevará consigo a Cartagena. A las cuatro de esta tarde lo recogerá un coche para llevarlo a la clínica del doctor Parodi, que se encuentra a unos veinte kilómetros de aquí, al lado del mar y con unas vistas preciosas. Creo que bien se ha ganado usted la semana de descanso que va a disfrutar; pero estudie bien, durante la misma, los antecedentes que le he proporcionado en esa cartera.

»Bueno —concluyó alargándole la mano—, hasta la vista, Vázquez. Espero y confío que siga portándose, en todo, como hasta aquí lo ha hecho.

Sí, aquella había sido un entrevista extraña, y el tipo del doctor Parodi más extraño todavía. ¡Cirugía estética! ¡qué cosas! y Pablo meneó la cabeza como signo de incredulidad. No, todo aquello no podía estarle ocurriendo realmente a él. Tenía, en cierto modo, la impresión de estar sentado cómodamente en el cine, viendo una película de acción.

* * *

La semana siguiente transcurrió con bastante rapidez. En la misma tarde que llegó, el doctor Parodi le operó ambas orejas, con anestesia local, de forma que apenas sintió la menor molestia. Luego le puso un vendaje que le cogía toda la cabeza, por debajo de las mandíbulas pasando por las orejas para terminar su recorrido en la parte superior del cráneo, algo así como si tuviera un enorme dolor de muelas. Inmediatamente después de terminada la operación, que duró muy pocos minutos, Pablo se echó a descansar un rato... y, tan agotado se encontraba que no volvió a dar cuenta de sí hasta el día siguiente, ya pasadas las dos de la tarde.

Hasta aquel entonces no se había percatado de todo lo cansado que estaba, y decidió aprovechar bien la semana de vacaciones que se le presentaba por delante. Dormía un promedio de doce a catorce horas diarias; el resto del tiempo lo pasaba estudiando los papeles que le había entregado Méndez, o meditando sobre su próxima estancia en Cartagena.

Se preguntaba si lo que estaba haciendo era correcto, éticamente hablando. Se respondía a sí mismo que una vez tomado partido en un bando y, ya que él no había iniciado la guerra, lo único posible a su alcance era no permitir ninguna barbaridad mientras estuviese en sus manos y que ésta se desarrollara de acuerdo a todas las normas de carácter humanitario establecidas o, más simplemente, las que dictaba el sentido común. Ése sería uno de sus objetivos. Otra meta, no menos importante era María. ¿Vería por fin a María allí? ¿Cómo estaría? ¿La hallaría con vida? Por enésima vez trató de apartar de sí éstos y otros lúgubres pensamientos, diciéndose que ya que la suerte de María no se hallaba en sus manos, obtendría respuesta a los mismos

dentro de unos cuantos días, y así se dedicó al estudio con mucho más ahínco que nunca.

En aquella cartera estaba expuesta, de forma clara y concisa, la vida de un hombre, mejor dicho, la vida del hombre en que él había de convertirse: fecha y lugar de nacimiento, domicilio, nombre del padre y de la madre, hermanos, colegio en donde había realizado los estudios, sitios en los que había trabajado... Últimamente había estado empleado en una fábrica de Valencia, la empresa «*Vulcania*», de la cual se daban toda clase de detalles: nombre de los dueños, dirección... en una palabra, todos los datos que un obrero puede conocer de la fábrica en que trabaja.

Todo esto había que aprendérselo de memoria. «*Tiene usted que sabérselo de corrido hasta durmiendo*» le había dicho Méndez.

Al quinto día le quitaron las vendas de la cabeza y, un poco más tarde, el propio doctor Parodi le había depilado las cejas, alterándoles, en buena medida, la forma. También le habían dado un aparato para ponérselo a lo largo de la encía superior, y su bigote había desaparecido.

Cuando Pablo se miró por primera vez al espejo, así transformado, no pudo reprimir una exclamación de asombro, pues le parecía tener ante sí a un auténtico desconocido. Aquellos no eran sus ojos, ni su boca, ni sus mejillas, e incluso el contorno de su rostro parecía haber cambiado milagrosamente, como así era en efecto con la variación de los pómulos y oídos.

Después de observarse minuciosamente durante unos instantes, hubo de reconocer que había, indudablemente, algunos rasgos que no se habían visto alterados y que daban una sensación de semejanza remota, de familiaridad, algo que hacía pensar: ¿a quién se le parece esta cara? Pero aquel rostro, que le miraba adusto y sorprendido desde el otro lado del espejo, no era su cara. Desde luego que no.

—Dígame, doctor ¿quedaré así para toda mi vida? —preguntó un tanto angustiado interiormente, aunque sin dejar traslucir nada de su preocupación a su interlocutor.

—No —le respondió—, tranquilícese vos. Las cejas, claro está, le volverán a salir dentro de unos meses, si no se las vuelve a depilar, y en cuanto se saque el aparato de la boca, por cierto que le molestará un poco hasta que se acostumbre a llevarlo, los pómulos y mejillas volverán a quedar como antes. Sólo las orejas le quedarán más pegadas a la cabeza que como las tenía; pero si vuelve por aquí, ¿sabés?, se las puedo volver a dejar igual... o de otra forma, como vos las prefiera —añadió sonriendo. Verdaderamente, aquel doctor Parodi era un tipo extraño, con un humor macabro muy particular y que, en cierta medida, parecía pretender desagradar, más que agradar, a la gente. Pero eso sí, no cabía duda que sabía hacer bien su trabajo.

Los dos últimos días de descanso transcurrieron rápidamente, y en la fecha prevista un automóvil lo condujo de nuevo a Palma. Allí fue sometido por Méndez y

Campos a un interrogatorio verdaderamente agotador sobre su papel de Ernesto Piñero, su nuevo nombre, que duró unas seis horas.

Pablo resistió airoosamente la prueba y al terminar recibió las felicitaciones de sus jefes, mientras pensaba para su colete: si esto continúa mucho más, dentro de poco tiempo no sabré ya cual es mi verdadero nombre... Francisco Pons, Pedro Villalba, Ernesto Piñero... Es más, tal vez acabe en un auténtico conflicto de personalidad. ¡Extraños gajes de aquel extraño oficio!

Le dieron prendas de vestir, de pies a cabeza, de acuerdo con su papel, así como una maleta pequeña con más ropa. Las prendas iban marcadas con sus nuevas iniciales. También recibió un carné de afiliado al Partido Comunista de Valencia y otros documentos necesarios para transitar por zona republicana.

Le entregaron asimismo una mochila con un transmisor-receptor de radio de corto alcance y una caja con dos palomas mensajeras. Una pistola-ametralladora y otra del nueve corto, con sus municiones correspondientes, y algunos paquetes de víveres concentrados y enlatados completaban su equipo.

Además de todo esto, recibió una respetable cantidad de dinero republicano.

También le fueron dadas las últimas instrucciones. Un submarino que se hacía a la mar dentro de dos días, desde la base de Sóller, en el lado opuesto de la isla, lo desembarcaría cerca de Cartagena. Al saltar a tierra tenía que esconder su aparato de radio y demás equipo y, conservando tan sólo la maleta y la pistola, se dirigiría a Cartagena, donde entraría en contacto con un individuo llamado José Soto, que regentaba la taberna «*La Marina*», muy frecuentada por la marinería de los barcos de la flota republicana allí atracados.

Pablo había de presentarse en el local, a cualquier hora en que éste estuviese abierto al público, y se daría a conocer al dueño diciéndole que le traía recuerdos y un encargo de su prima Mercedes, la de Valencia. Soto le aconsejaría sobre la forma de encontrar alojamiento, y le facilitaría también algunos informes.

Su misión en Cartagena sería descubrir hasta qué punto la flota roja constituía una unidad eficiente de combate; ver, en suma, hasta dónde había que contar con su existencia en los planes de guerra nacionales. A ser posible, tenía que procurar entrar a trabajar como obrero en el arsenal, para observar el ambiente de a bordo lo más cerca posible.

Seguían toda clase de detalles e instrucciones complementarias, así como otras que sólo habían de ser puestas en ejecución en el supuesto de que fallara alguna parte del plan.

Cuando Pablo salió por fin a la calle, la cabeza le daba vueltas, a fuerza de tratar de retener en la memoria cuanto le habían dicho; pero pronto empezó a pensar en algo, más inmediato aún que su llegada a Cartagena:

«*Embarcará usted en un submarino, que zarpa dentro de dos días...*» ¡Un

submarino! ¡Claro! Por eso le habían traído aquí a Palma... Hubiera debido imaginárselo antes.

¿Qué barco sería? ¿A cuáles de sus compañeros iba a encontrar en él? ¿Lo reconocerían? Estas preguntas, y muchas otras por el estilo, empezaron a formarse en su mente. Desde que el «C-10» se hundió bajo sus pies, había abrigado la esperanza de volver a los submarinos durante la guerra; pero nunca creyó que fuera a ser tan pronto ni en circunstancias tan inopinadas. Verdaderamente, a él que casi ignoraba la existencia del espionaje, de un tiempo a esta parte, le parecía estar viviendo una novela de aventuras.



Tomó el ferrocarril de Palma a Sóller. Durante el trayecto fueron desfilando constantemente por su ventanilla paisajes de cultivos, pinares y, cómo no, los típicos encinares de las islas Baleares. Después de atravesar la isla, llegó Pablo a la base naval de Sóller, experimentando, como cada vez que la veía, la sensación de encontrarse ante un auténtico «nacimiento navideño». Las casas relucientes, de puro blancas, esparcidas caprichosamente sobre la alta ladera verde, los edificios de la base, el puerto, los barcos, en fin, cuanto se ofrecía a su vista, parecía estar hecho a escala reducida.

Y, sin embargo, no eran de juguete los submarinos que había allí, atracados al espigón, sino barcos de verdad, capaces de sembrar destrucción, muerte, desolación y dolor, como ya lo habían demostrado en diversas ocasiones, empeñados como estaban en una guerra —fratricida y cruel— también de verdad.

Pablo exhibió su pase ante el centinela de la entrada de la base el cual, extrañado de ver a un paisano con semejante “tarjeta de presentación”, llamó al cabo de guardia que, tras consultar con el sargento, hizo que un ordenanza lo acompañara al despacho del capitán de fragata don Pascual Planas, comandante de la Base.

Fue recibido inmediatamente y, tan pronto como estuvo dentro del despacho, su interlocutor cerró la puerta, quedando ambos a solas en la estancia.

—Así que usted es el teniente de navío Vázquez —dijo tendiéndole la mano—. La verdad, creo que en otras circunstancias no le hubiera reconocido; pero hay que tener en cuenta que hace ya años que no le veo... Bueno, según una orden del Estado Mayor que recibí ayer, uno de mis barcos tiene que dejarle, cuanto antes, de noche, en la costa roja cerca de Cartagena. Además, nadie a bordo debe saber quién es usted. ¿No es eso?

—Sí, señor, así es —le contestó Pablo.

—Perfectamente. Esta madrugada saldrá uno de los submarinos, el «C-8». El comandante es el capitán de corbeta Oliver, y el segundo el teniente de navío Izquierdo. También están embarcados en él el alférez de navío Tovar y el capitán de máquinas Rubio. ¿Teme que alguno de ellos pueda llegar a reconocerle?

—No lo sé, mi comandante... En todo caso el segundo, Izquierdo es un viejo

conocido mío; hemos estado embarcados juntos en algunas ocasiones, no obstante de ello hace ya bastante tiempo.

—Hum... ¿Y los suboficiales? —y añadió cuatro apellidos más.

—No he estado destinado con ninguno de ellos últimamente, aunque, a decir verdad, me son familiares uno o dos de los nombres.

—Bueno. Así, pues, no creo que debamos preocuparnos por ese lado ¿No? Por la marinería no hay cuidado. Casi todos son gente relativamente nueva, voluntarios ¿sabe?... En cuanto a los oficiales, ahora mismo nos ocuparemos de ellos.

Tocó un timbre y apareció un ordenanza.

—Manda aviso al «C-8» de que quiero ver aquí, lo antes posible, al comandante y a los oficiales.

Al quedar solos de nuevo, Planas prosiguió:

—Mientras tanto, nos ocuparemos de la cuestión transmisiones. Tengo a su disposición un transmisor-receptor portátil para que pueda comunicarse con los submarinos. Las longitudes de onda a emplear y demás detalles técnicos los encontrará en un cuadernito junto con el aparato. Cada dos domingos, según tengo entendido, el submarino cuyo sector de patrulla esté más cerca de Cartagena, se acercará para comunicarse con usted, a no ser que surja algún imprevisto y se lo impida, en cuyo caso iré al domingo siguiente. ¿No es eso lo convenido?

—Sí, señor; pero debo decirle que, aquí en la mochila, tengo un aparato de radio que me fue confiado en Palma —respondió Pablo.

—Bien, no se preocupe por ello. Dejaremos que los técnicos decidan cuál es el que más le conviene; aunque le adelantaré que el que le tenemos preparado, es el último grito en lo que a transmisiones se refiere.

—Igualmente, le adelanto que hemos recibido una caja con dos palomas mensajeras, que también llevará usted además del equipo de radio. La idea es que las utilice si alguna vez tiene una información urgente que comunicarnos, algo que convenga que sepamos antes de que le toque transmitir su informe periódico...

—Bueno. Aquí al lado se encuentra el equipo de radio del que le he hablado. Venga a verlo y a que le instruyan en su manejo. Es una verdadera preciosidad, poco más grande que una caja de zapatos; pero no se deje engañar por su tamaño: ¡tiene un alcance superior a los cincuenta kilómetros y, con el plan de utilización previsto, las baterías le duraran unos cuatro meses!. No sé por qué pero me parece que se me nota que soy un enamorado de estos chismes.

Salió de la habitación, seguido por Pablo, a quién, poco después, dejó en el taller de transmisiones examinando su aparato en compañía de un suboficial de radio. Éste, inmediatamente decidió que Pablo se llevaría el transmisor que le tenían preparado, algo más moderno y ligero que el que había traído y, a continuación, le estuvo explicando someramente su manejo.

Al cabo de unos minutos, Planas volvió diciendo:

—Ya están aquí el comandante y los oficiales del «C-8». Haga el favor de venir conmigo.

Al entrar en el despacho los cuatro marinos, comandante, segundo, jefe de máquinas y alférez de navío, posaron sus ojos sobre Pablo con mal reprimida curiosidad. Sobre todo Izquierdo, que había estado embarcado con él mucho tiempo, lo miró como si se preguntara dónde lo había visto antes. El jefe de la base tomó inmediatamente la palabra.

—Señores, les presento a don Alfonso Martínez, a quien habrán de desembarcar en la costa roja, en algún lugar desierto entre el cabo Tiñoso y la entrada de Cartagena. Ninguno de ustedes —dijo recalcando estas últimas palabras— lo conoce, y si alguno cree lo contrario sólo puedo decirle que se equivoca por completo. Todas las conjeturas que cada cual haga por su cuenta acerca de su personalidad, habrá de guardárselas para sí. No quiero, repito, no quiero conversación alguna acerca de él, bajo ningún concepto. ¿Ha quedado bien claro?

* * *

Pablo subió a bordo del «C-8» aquella madrugada, poco antes de hacerse el barco a la mar. Con toda intención había dejado de acostarse aquel día, para poder estar durmiendo en el submarino el mayor tiempo posible, ya que preveía que la convivencia a bordo, simulando ser un extraño entre sus propios compañeros, le iba a ser harto difícil y, sobre todo, bastante comprometida.

Verdaderamente, aquella era una situación extraordinaria: estar a bordo de uno de los «C» no sólo de turista, sin formar parte de la dotación, sino fingiendo ser ajeno a todo cuanto le rodeaba.

En un rincón de la torreta que le señalaron «*para que no estorbare*» asistió a la familiar maniobra de salida. Las luces rojas y verdes que marcaban el estrecho canal de entrada, se encendieron al ponerse el submarino en movimiento, para volver a apagarse en cuanto el barco estuvo en franquicia, quedando todo sumido en la más completa oscuridad.

La luna se había puesto ya, y sólo alguna que otra estrella brillaba allá arriba, entre las nubes, inmensamente lejos, ajena e indiferente a cuantas tragedias se desarrollaban aquí abajo. A popa, una ligera fosforescencia seguía al barco, como un fantasma. La mar, levemente rizada, apenas balanceaba al submarino, que se deslizaba sobre ella, abriendo torrentes de espuma con su afilada proa a babor y estribor. Acompañado por la ligera trepidación de sus potentes motores diesel, cuatro penachos de humo, levemente percibidos en la oscuridad de la noche, brotaron por los orificios de exhaustación, expulsando los desechos propios de todos los motores

de explosión.

Pablo permaneció en la torreta, aspirando con sumo deleite el aire del mar, hasta que el comandante le pidió que bajara, explicándole que, una vez fuera de la protección que les ofrecía la isla, sólo podía quedar arriba el personal de la guardia de guerra, pues cada hombre extra que se hallara en la torreta significaba unos segundos más que el barco tardaría en poder sumergirse en caso de emergencia, y a veces, continuó, en un submarino en tiempo de guerra, la integridad del mismo y la vida de todos los que van dentro depende sólo de eso: de unos segundos solamente.

—Cuidado al bajar la escotilla —le advirtió seguidamente—. El aire necesario para el funcionamiento de los motores de combustión “chupa” hacia dentro.

Una vez abajo, en la cámara de mando, Pablo miró a su alrededor con fingida curiosidad, y dijo exactamente lo mismo que recordaba haber pensado la primera vez que entró en un submarino:

—Qué complicado debe ser el funcionamiento de todo esto, comandante.

Inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho, temiendo que el otro se sintiera obligado a colocarle algún rollo acerca de cómo se manejaba aquello; pero afortunadamente no fue así, pues se limitó a observar cortésmente:

—Sí que lo es; pero quizás no sea el momento más adecuado para explicarle su funcionamiento. Seguramente se encontrará usted rendido, y le conviene estar lo más descansado posible cuando le desembarquemos, así que venga conmigo y le enseñaré dónde puede echarse un rato.

Lo condujo al camarote del segundo, que probablemente había pasado a ocupar alguna de las literas de la cámara de oficiales, y lo dejó allí.

El minúsculo camarote apenas tenía sitio para la litera, un armario y una pequeña mesa. Una fotografía de la novia de Izquierdo colgaba de uno de los mamparos: una chica morena, de ojos grandes y rasgados, con una atractiva sonrisa. En el ángulo superior izquierdo de la foto se leía: A Juan con todo mi cariño, Carmen.

La vista de aquella foto le hizo pensar de nuevo en María a la que, tal vez, iba a volver a ver muy pronto. Apagó la luz y se echó sobre la litera para tratar de dormir, consiguiéndolo al poco rato.

Lo despertaron los timbres de alarma, llamando a la dotación a los puestos de inmersión, y las carreras de la gente, que acudía a cubrirlos. Pablo consultó su reloj. Por la hora, debía estar comenzando a amanecer, y seguramente el comandante pensaba sumergirse para que el barco no corriera el riesgo de ser avistado por la aviación de reconocimiento republicana.

Cuando, al cabo de pocos segundos, cesaron las carreras, señal de que la dotación estaba ya en sus puestos, Pablo se dirigió a la cámara de mando con aire despistado. El barco empezaba a sumergirse en ese instante, y se situó al lado del alférez de navío, a quien preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué corría todo el mundo?

—¡Ah! No es nada. Es que nos sumergimos para que los aviones rojos no nos puedan descubrir.

El alférez de navío era muy joven. Debía hacer poco tiempo que había salido de la Escuela Naval, y desde luego no era submarinista, pues Pablo no le conocía. Parecía ser un muchacho extrovertido y simpático y, por tanto, bastante hablador.

—Dentro de poco nos posaremos en el fondo, hasta el anochecer, y entonces saldremos y continuaremos viaje, para estar frente a Cartagena sobre las tres de la madrugada —hizo una pausa y continuó—. ¿Qué? ¿Qué le parece nuestro barco?

—Pues no sé... la verdad...

—Se lo enseñaré luego, si quiere —interrumpió el otro—. Como vamos a estar parados en el fondo, no habrá casi nada que hacer en todo el día.

—Gracias. Será muy interesante para mí —se vio obligado a contestar Pablo, mientras lo maldecía en su fuero interno y trataba de buscar una excusa que le permitiera zafarse de la visita al barco.

Evidentemente aquel oficial, recién llegado a los submarinos, estaba entusiasmado con ellos, y deseaba exhibir su buque y sus conocimientos ante el agente secreto que transportaban a bordo.

Con una sacudida apenas perceptible, el «C-8» se posó sobre el fondo, a cuarenta metros de profundidad y el comandante, después de ordenar parar todo y sobrelastrar el submarino, mandó tocar retirada. Volvieron a sonar los timbres y la gente fue a echarse en sus literas, excepto el reducido personal que quedó de guardia.

—Bueno. Ahora vamos a desayunar —dijo el alférez de navío—. ¿Que tal anda usted de apetito? —y sin esperar respuesta continuó— A propósito, como me figuro que no se acordará de mi nombre, se lo repetiré. Alberto Tovar ¿Y el..? —se interrumpió de pronto, ligeramente turbado.

Pablo se dio cuenta que había ido a preguntarle su nombre, y que había recordado en ese momento que el jefe de la base les había prohibido hacer preguntas al paisano que transportaban.

Al llegar a la cámara, Alberto ordenó:

—Repostero. Desayuno para dos, y que sea rápido y abundante.

El marinero desapareció hacia popa y volvió a poco con una cafetera humeante y un gran plato de pan tostado. Colocando éste entre los dos comensales, les sirvió sendos tazones de chocolate, espeso y caliente, y puso sobre la mesa una lata de mantequilla.

Pablo había gozado siempre de buen apetito en la mar; pero se dio cuenta que Alberto le dejaba en mantillas. Parecía increíble la cantidad de pan, espesamente embadurnado de sabrosa mantequilla, que se metió entre pecho y espalda.

Antes de que el otro volviera a insinuar nada acerca de enseñarle el barco,

Vázquez se disculpó diciendo que tenía sueño e iba a echarse, a ver si lograba descansar un poco y, efectivamente, al poco rato de volver al camarote que le habían asignado, quedó profundamente dormido.



A la una y media, le despertó Izquierdo.

—Disculpe que le despierte, pero es que vamos a comer los oficiales del segundo turno y se me ha ocurrido que, a lo mejor, deseaba acompañarnos —y le miró de nuevo de una manera extraña, como si tratara de recordar quién era.

—Pues... muchas gracias. Ahora voy —le contestó Pablo—. ¿Dónde puedo lavarme las manos? —preguntó al salir del camarote, muy satisfecho de esta pequeña estratagema de despiste. En realidad no le importaba lo más mínimo que Izquierdo pudiera reconocerlo o no, ya que confiaba ciegamente en la discreción de su compañero; pero quería ver si lograba engañarle. Si lo conseguía, estaba seguro de que no habría nadie en Cartagena capaz de reconocerlo.

—Por aquí. Venga usted —y le condujo al minúsculo compartimento que hacía las veces de ducha, lavabo y W. C., todo en una pieza.

Después de explicarle el funcionamiento de «*la bomba*»^[4] le dejó allí y Vázquez, cuando hubo terminado, se dirigió a la cámara donde ya lo esperaban el segundo y Alberto, este último muy atareado en comer rebanadas de pan con mantequilla.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Pablo al sentarse, frotándose las manos— ¿Qué tenemos de comer hoy?

Izquierdo, que estaba sentado frente a él, dio un respingo en su asiento y se le quedó mirando fijamente, asombrado. Fue sólo un momento; pero Pablo se dio cuenta de que lo había reconocido, y se maldijo a sí mismo por imbécil. Ese gesto y esa frase eran algo sumamente característico en él, y no se le había pasado por alto al otro.

Ahora se percataba, aún más si cabe, de que en este juego en el que se hallaba metido era preciso andarse con mucho cuidado, y estar continuamente sobre aviso. Alberto, mientras tanto, continuaba comiendo pan con mantequilla, sin darse cuenta de nada.

La comida transcurrió sin más incidente. Se habló poco y sobre temas generales. Después del café, Alberto renovó su invitación de enseñarle el barco. Una sonrisa enigmática se posó sobre los labios de Izquierdo al oírle. A Pablo no le cupo la menor

duda de que lo había reconocido.

Recorrieron el submarino de proa a popa. La gente estaba echada, a excepción del escaso personal de guardia, con objeto de consumir la menor cantidad de oxígeno posible. Vázquez escuchó con interés aparente las explicaciones de Alberto el cual, siguiendo la costumbre, le metió varios camelos monumentales al explicarle el funcionamiento y misión de los distintos aparatos, y sobre lo que podían dar de sí.

Con aire inocente Pablo le hizo varias preguntas, a cual más disparatada, para ver hasta donde llegaba el otro en sus infundios. Interiormente empezaba a estar divertidísimo, y se las prometía muy felices para el día en que se encontrara con Alberto, de uniforme, y le recordara las explicaciones que le había dado sobre lo que es, para qué sirve y cómo funciona cada instrumento en un submarino.

Terminada la visita volvieron a la cámara, donde Vázquez, al poco rato, expresó deseo de retirarse a descansar, en previsión de lo que le pudiera aguardar al desembarcar.

Una vez en el camarote sus ojos volvieron a posarse sobre el retrato de la novia de Izquierdo... «A Juan con todo mi cariño. Carmen»... Y, como cada vez que miraba aquella foto, grandes temores le asaltaron: ¿qué habría sido de María durante todos esos meses? ¿Cómo la encontraría?... Si es que llegaba a encontrarla. Y al llegar aquí paró en seco. Basta, basta, se decía. Si seguía así, iba a volverse loco, y necesitaba tener los nervios bien templados para la tarea que le aguardaba. Además, muy pronto podría saber lo que había sido de María.

En un estante, que contenía libros, vio una novela policíaca y, cogiéndola, la empezó a leer. Le costó trabajo hacer que su mente asimilara aquello que estaba leyendo y se apartase de María y de cuantas vicisitudes le esperaban en Cartagena; pero por fin lo consiguió. No en vano, las pocas personas que habían llegado conocerlo a fondo, le habían dicho varias veces que resultaba increíble la voluntad de hierro que tenía.

Poco antes del anochecer, sonaron de nuevo los timbres de alarma, llamando a la tripulación a sus puestos, y Pablo se encaminó a la cámara de mando. El comandante ordenó deslazar el barco y poco después mandó dar avante despacio y poner los timones a subir; pero el submarino no se movió.

Vázquez observó que habían expulsado al mar unos trescientos litros de agua más que la que habían metido para sobrelazar el barco. Evidentemente, éste había quedado aprisionado en la arena del fondo.

—Achicar otros doscientos litros —ordenó el comandante.

Así se hizo de inmediato, pero nada ocurrió.

—Máquinas, avante media —el barco comenzó a moverse; pero fue sólo la popa la que subió, empezando a inclinarse cada vez más, de forma que al tomar una inclinación de treinta grados, el comandante hubo de ordenar parar las máquinas y

meter agua de nuevo para volver al fondo.

Mirando a su alrededor, Pablo se dio cuenta de que algunos miembros de la dotación empezaban a sentirse algo inquietos. La cara del alférez de navío continuaba inexpresiva; pero su frente estaba perlada de finísimas gotas de sudor. Llevaba poco tiempo en submarinos, y tal vez fuera aquel el primer incidente en inmersión que presenciaba.

Vázquez se hizo cargo del problema que se le presentaba al comandante. En tiempo de paz todo habría sido mucho más sencillo, hubiera podido deslastrar el barco de proa o mandar soplar todo; pero ahora no lo haría sino como último recurso, pues entonces el submarino subiría a la superficie como un corcho, y no sabían lo que podía estarles esperando allá arriba. Cierto era que no se oían ruidos de hélices; pero podían ser avistados por la aviación republicana, y las órdenes que tenía el «C-8» eran de procurar, ante todo, no ser descubiertos hasta no haber desembarcado a su valioso pasajero.

El comandante ordenó deslastrar de nuevo el barco y poner los motores avante media. Al comenzar a subir la popa, mandó dar atrás media, mientras tamborileaba con los dedos sobre el cristal que cubría el manómetro de profundidad. La popa continuaba subiendo, mientras la proa seguía aprisionada en el fango.

—Para. Avante toda las dos —ordenó el comandante con voz perfectamente serena y firme para infundir tranquilidad a su tripulación.

Si no subían de ésta, pensó Pablo, tendrían que prescindir de toda precaución, y hacerlo subir como fuera posible.

Un ligero estremecimiento recorrió el submarino, y el manómetro de profundidad empezó a subir: treinta y ocho metros, treinta y cinco, treinta... El barco continuaba de momento algo pesado de proa; pero se había librado del abrazo mortal que lo mantenía pegado al fondo.

Tras corregir el *trimado*^[5] del submarino, y efectuar varias maniobras para comprobar si obedecía bien a los timones de profundidad, el comandante ordenó llevarlo a cota periscópica. La exploración visual dio resultado negativo; pero aún esperó media hora más, para dar tiempo a que oscureciera por completo antes de salir a la superficie.

El submarino había de aproximarse a la costa a la luz de luna para poder reconocer el lugar con precisión y luego, una vez puesta aquella, se acercaría lo más posible para desembarcar en *chinchorro*^[6] a Pablo. Éste, después de que el barco hubo salido a la superficie, se retiró de nuevo al camarote y, de nuevo, logró quedarse dormido en poco tiempo.

Le despertaron llamando a la puerta, y al contestar «adelante» entró Alberto.

—Falta como una hora para desembarcarle —dijo— y el comandante me ha mandado avisarle pues supone que querrá tomar algún bocado antes de arribar a

destino.

Pablo se levantó y, después de cenar con apetito, inspeccionó detenidamente las cosas que había de llevarse consigo, estibadas en la cámara de mando y listas para ser subidas a cubierta en el momento que así lo indicara: el aparato de radio, la caja de las palomas, una gran linterna de mano, documentos de identidad falsos... Con ayuda de una lista fue comprobando que no faltaba ninguna pieza de su equipo, sin olvidar la pequeña maleta con la ropa adecuada al papel que iba a desempeñar. Tras comprobar que todo estaba en perfecto orden subió a la torreta, donde se encontró al comandante y al segundo charlando tranquilamente a la fresca brisa de la noche.

La luna se había puesto ya; pero, a pesar de ello, aún se podía distinguir hacia el oeste la silueta de la costa, que se hallaba, todavía, a una distancia de tres o cuatro millas.

El comandante ordenó preparar el chinchorro, que fue sacado de su lugar de estiba en la libre circulación del submarino y quedó sobre cubierta, listo para ser botado al agua.

Al cabo de un rato, puso las máquinas, de *avante toda* que iban hasta ese momento en *avante media*, para pasarlas un poco más tarde a *avante despacio* y ordenó pararlas cuando el submarino estuvo a unos cuatrocientos o quinientos metros de la costa, cuyo contorno, alto y vertical, se adivinaba más bien que se veía en la oscuridad, sobre una tenue línea blanquecina formada por los rompientes del mar contra las escarpadas rocas.

La impedimenta de Pablo fue traída a cubierta y cargada en el chinchorro, en el cual habían embarcado dos marineros y un cabo primero. Había llegado la hora de la despedida.

Alberto había subido a la torreta poco después de parar las máquinas, y ahora Pablo se despidió del comandante, del segundo y de él. El apretón de manos de Izquierdo fue harto elocuente: la única y discreta señal que dio de haberle reconocido.

El patrón del bote recibió del comandante instrucciones sobre el rumbo a que había de gobernar —llevaba una brújula luminosa— para llegar al punto de la costa deseado, y el que había de hacer luego para volver a encontrar al «C-8» que, como era lógico, se mantenía totalmente apagado protegido por la cómplice oscuridad de la noche.

Pablo embarcó en el chinchorro y, a la voz de mando del patrón, dada en voz baja, éste abrió del costado del submarino dirigiéndose a la costa, a la cual llegaron a los pocos minutos. Desembarcó, para no mojarse las ropas ni el calzado, a hombros de uno de los marineros, mientras el otro sacaba del bote todo su equipaje.

Pocos momentos más tarde, se encontraba solo en la costa enemiga experimentando una extraña sensación de angustia y abandono. Nada se veía del chinchorro y menos aún del «C-8». Se cargó a la espalda la mochila que contenía el

aparato de radio y los demás efectos que había de dejar escondidos por los alrededores y, cogiendo la maleta, comenzó a trepar con precaución por el acantilado.

No iba a serle cosa fácil ocultar bien los bultos en la oscuridad pero al amanecer quería estar ya lejos de allí. Metió la mochila en una grieta del terraplén y la tapó con pedruscos y cantos rodados, tomando nota mental de la situación en que quedaba. Luego, una vez llegó a terreno llano, se orientó por las estrellas y echó a andar en dirección a la carretera que había de conducirle a Cartagena.



Pablo llegó a la ciudad cerca ya del mediodía. Estaba sucio y polvoriento de la caminata, llevaba la maleta en la mano y no había en él nada que lo distinguiera de cualquiera de los hombres que se fue encontrando en el camino. Iba sin afeitar, vestido con un raído traje gris, las botas algo deterioradas, y llevaba un sucio jersey marrón de cuello alto por encima de la camisa. Una vieja boina completaba su atuendo.

Como llevaba todos sus papeles —falsificados, claro está— en regla, pudo franquear, sin ninguna, dificultad el puesto de control establecido a la entrada de Cartagena. Experimentaba cierta excitación, y el corazón le latía apresuradamente al pensar que estaba en la misma ciudad que *ella* y que podía, a partir de ahora, tropezársela en cualquier momento, a la vuelta de cualquier esquina.

La primera impresión de la Cartagena republicana, en aquella fría mañana de noviembre, no podía ser más lamentable y descorazonadora. ¡Qué dolorosas podían llegar a ser las contiendas! La suciedad y la miseria lo invadían todo. Las patrullas de milicianos, ataviados con mono, fusil y cartucheras, parecían pulular por todos sitios y, las largas colas ante los establecimientos de comestibles no contribuían, ciertamente, a alegrar el panorama. ¿Era posible —se preguntaba una vez más, pero cada vez más sorprendido— que el ser humano hubiera llegado a semejante extremo? Tras ésa primera impresión, se sentía desmoralizado y le pareció mentira que aquella ciudad fuese la misma en la que había estado destinado tan sólo unos meses antes.

Pablo sintió de pronto que se le encogía el corazón. ¿Qué habría sido de María en este ambiente?

Se dirigió a la taberna «*La Marina*», que a aquella hora no estaba demasiado concurrida. Había dos o tres personas en el mostrador, y otras cuatro o cinco sentadas en las mesas. El local era uno más de los miles de establecimientos de mala muerte que existen en los barrios bajos de todos los puertos de mar del mundo. Tal vez se pudiera decir, en honor a la verdad, que éste era aun algo más sucio y asqueroso que la mayor parte de los demás garitos.

Inmediatamente reconoció al dueño, que se hallaba de pie tras el mostrador, por la descripción que de él le habían dado: de mediana estatura, grueso pero fuerte, con

ojos pequeños y nariz grande y roja, signo inequívoco de cierta desmedida afición a la bebida, casi calvo y negro el ralo cabello. Tras de hacerse servir una copa, entabló conversación con él.

—Disculpe, ¿es usted José Soto?

El otro le miró con curiosidad y se limitó a hacer un gesto afirmativo, ante lo que Pablo prosiguió:

—Pues soy conocido de su prima Mercedes, la de Valencia, que al saber que me venía para acá me ha rogado le diera muchos recuerdos de su parte, y también un encargo.

—Caramba, Mercedes —contestó el otro—. ¿Y cómo le va?

—Regular nada más. Tiene el marido en el frente y, ya sabe usted...

Prosiguieron charlando y, al cabo de un rato, Soto preguntó a Vázquez:

—¿Piensa comer en algún lugar determinado?

—Pues lo cierto es que acabo de llegar y no tenía nada pensado...

—En mi taberna se come muy bien y, además, le haré un precio especial por ser amigo de Mercedes. Pase por aquí, que seguramente traerá usted hambre después del viaje.

Levantó la tapa del mostrador e hizo pasar a su huésped a la trastienda. Allí, ante una botella de vino tinto y pan con queso, que Vázquez devoró haciendo gala de un insaciable apetito, mantuvieron una larga e interesante conversación.

Soto no creía difícil llevar a cabo el plan de entrar a trabajar en el arsenal; pero estimaba preferible dejar pasar unos días antes de tratar de ingresar allí y al poco le dijo:

—Hay que tener mucho cuidado, pues hoy se fusila a la gente sin más, a la menor sospecha y, a veces, lamentablemente, sin causa alguna.

Y procedió a contar a Pablo la terrible historia de los acontecimientos acaecidos desde la iniciación del Movimiento y cómo quedó prácticamente eliminada toda la oficialidad de la base naval y buques atracados en el puerto de Cartagena durante la jornada del dieciocho de julio.

Pablo escuchaba a su interlocutor, lleno de dolor, de pena y de ira. ¿Era posible, en realidad, que todo aquello hubiera llegado a pasar? ¿Cuántos de sus compañeros y amigos habrían caído muertos? Trató de recordar algunos nombres; pero fueron tantos los que acudieron de golpe a su memoria que, espantado, trató de alejar éste aciago pensamiento de su mente. A pesar de reprochar para sus adentros esta forma de actuar en la zona republicana, él, que no era ningún mojigato, sabía que en el bando nacional, por desgracia, había ocurrido, ocurría y ocurriría exactamente lo mismo; pero ello no disminuía, sino más bien todo lo contrario, aumentaba la desagradable sensación de que en su estómago estuviese produciéndose un leve cosquilleo provocado por el vértigo que le ocasionaba el conocimiento de tan

desoladores acontecimientos.

¿Qué habría sido, pues, de don Víctor, el padre de María?... Lo más probable es que hubiera sido encarcelado, o incluso fusilado, desde los primeros momentos... ¿Qué le habría ocurrido entonces a ella?

Para apartar de sí estas ideas prefirió continuar recabando información y preguntó inmediatamente a Soto:

—Dígame: ¿la marinería continúa frecuentando su establecimiento?

—Sí, así es —hizo una pequeña pausa antes de proseguir—. Sobre el anochecer suelen venir bastantes marineros a tomarse unos vinos y charlar de sus cosas tranquilamente.

—Y ¿qué es lo que comentan?... ¿Cuál es el ambiente?... ¿Se les ve deseosos de salir a combatir?

—Se puede decir —le respondió Soto meditando sus palabras— que el espíritu guerrero de las dotaciones es prácticamente inexistente y, en general, la moral de los marineros de la flota roja se encuentra por los suelos. Yo diría, que la mayoría no confía para nada en sus nuevos jefes.

Esta opinión concordaba bastante con la que Pablo se había forjado antes de venir.

Después se trató de solucionar la cuestión del alojamiento de Vázquez. Soto no encontraba aconsejable que se quedara allí mismo, y Pablo estaba absolutamente de acuerdo con él sobre este punto; pero, por suerte, conocía a alguien que podría proporcionarle una habitación por un precio módico, de acuerdo con su condición de obrero sin familia. Se trataba de un matrimonio ya mayor, sin hijos, y en aquella casa podría también comer. Así, de paso, les ayudaba, pues los pobres andaban bastante apurados. No simpatizaban con el nuevo estado de cosas y, aunque trataban de disimularlo, no eran mirados con muy buenos ojos por algunos de los vecinos.

Pablo comió allí con Soto y, después de descansar un rato, salió sobre las cinco de la tarde en busca de su nuevo domicilio. Al pisar de nuevo la calle, volvió a experimentar aquella excitación que le hacía mirar a su alrededor, tratando de ver a María en cada mujer que pasaba a su lado.

Llegó a la dirección indicada por Soto, y fácilmente se puso de acuerdo con el matrimonio sobre las condiciones del alquiler de la habitación y las comidas. El marido tendría unos sesenta y cinco años; debía ser hombre de bastante genio. Ella aparentaba unos diez años menos que él, y era menudita, tímida y asustadiza. La casa era pobre, pero estaba muy limpia. El cuarto que le ofrecieron tenía una ventana que daba a la calle; era pequeño, de paredes desnudas, con una cama de hierro, una mesa, una silla y un armario por todo mobiliario. Aunque bien es verdad que apenas hubiera cabido nada más en él.

Después de instalarse y dejar sus cosas allí, salió a la calle, encaminando sus

pasos hacia la casa de María. El corazón le latió apresuradamente y pareció faltarle oxígeno en sus pulmones al pasar por delante de la puerta; pero las ventanas de la casa estaban cerradas y no se veía a nadie, por lo cual decidió comprarse un periódico y sentarse en un Café que se encontraba casi enfrente.

Eligió su mesa al lado de una ventana desde la cual podía observar la casa que le interesaba, mientras fingía leer. No observó ni el menor signo que le pudiera sacar de dudas. Tampoco se atrevió a preguntar a nadie por la gente que vivía en ella, temiendo despertar sospechas. Reprimiendo su anhelo, prefirió sentarse y esperar pacientemente.

* * *

Anochecía, y Pablo comenzaba a pensar que, si nada ocurría pronto, valdría más dejar la cosa para otro día, cuando una mujer vestida de negro salió de la casa y echó a andar en dirección opuesta a la suya. Sólo pudo verla un momento; pero fue más que suficiente. ¡Era ella! no cabía duda. Su forma de caminar, sus movimientos, la delataban. Con el corazón pareciendo querer salirse del pecho a cada latido, la fue siguiendo por las calles, casi desiertas ya a aquella hora. La noche se presentaba desapacible, y un viento helado soplaba con fuerza, aullando al doblar cada una de las esquinas mientras barría con rabia todos los papeles que encontraba a su paso.

María caminaba deprisa, como si tuviera algo urgente que hacer. No se había dado cuenta de que la seguían. Al meterse por una callejuela estrecha, oscura y solitaria, Pablo apretó el paso hasta estar justamente detrás de ella e inclinándose un poco hacia delante le dijo en voz baja:

—Mary, cariño, soy Pablo.

Estremeciéndose ella como si hubiese recibido una descarga eléctrica a la vez que se le medio nubló la vista, se volvió rápidamente y trató de mirarle a la cara; pero él, con toda intención, se había puesto de forma tal que su rostro quedaba en la sombra. Le tendió los brazos al tiempo que decía:

—Sí, Mary, soy yo. No temas, no es una ilusión.

María le miró de pies a cabeza, como si no creyera lo que oía ni lo que veían sus ojos y por fin, con un sollozo, se echó en sus brazos, apretándose compulsivamente contra él, que le abrazó murmurándole al oído cálidas frases de cariño y consuelo.

Cuando, al cabo de unos momentos ella pudo hablar a través de sus sollozos, sus primeras palabras fueron:

—Pablo, Pablo, ¿eres tú de verdad? ¿Cómo es que estás aquí? ¿Dónde... —la respiración era entrecortada y la voz le fallaba por la emoción del momento— ¿Dónde te has metido durante todo este tiempo?

—Sí, mi vida. Soy yo y estoy aquí. Ya te lo explicaré todo con calma; pero nadie,

¿me entiendes? nadie —repitió, recalcando la palabra—, debe saber que me has visto. Puede irme la vida en ello.

María se estremeció al oír esta frase y se estrechó aún más contra él. Al ver que su llanto no daba señales de cesar, Pablo le preguntó qué le pasaba y ella, sin dejar de llorar, le refirió en pocas palabras su triste historia desde que empezó el Movimiento.

Su padre había sido encarcelado a los pocos días y un mes después, al ir a llevarle la comida a la cárcel, como de costumbre, le habían dicho brutalmente que no volviera, pues él no volvería a necesitar la comida. Había sido fusilado la madrugada anterior.

De nuevo sintió Pablo como la ira le atenazaba la garganta, impidiéndole hablar y llegando casi a ahogarle. Un movimiento de María, acompañado de un ligero quejido, le hicieron darse cuenta de que la estaba lastimando, pues tenía clavados sus dedos en los hombros de ella, e inmediatamente su furia se desvaneció, como por encanto, dejando paso en su mente a un profundo sentimiento de compasión hacia María, casi una niña, y a quien la vida había tratado tan duramente.

La rodeó con sus brazos, como si con aquel gesto pudiera protegerla contra todo y contra todos, pues ése era su único deseo en aquellos momentos. Maldijo, para sí, la guerra. Ésta y todas, pretéritas y futuras.

Le dio un beso en la frente, y ella se estremeció de nuevo.

—Pablo, Pablo, de no ser por ti, hubiera querido morirme. Sólo tu recuerdo me hacía desear seguir viviendo. Dime, ¿eres tú de verdad? Estoy temiendo despertar en cualquier momento. ¡He soñado tantas veces que volvías, sólo para despertar al poco rato vacía y sola!

Una mujer apareció en un extremo de la calle, y Pablo cogió a María del brazo obligándola a andar.

—No me mires y escucha bien lo que voy a decirte —prosiguió Pablo en voz baja—. Me han cambiado la cara, para que no puedan reconocerme, así que no te asustes si, cuando me veas, te parezco muy distinto... ¿Dónde ibas a estas horas?

—A la farmacia por un jarabe para tía Margarita, que está bastante acatarrada. Desde lo de papá, vivimos las dos solas.

—Bueno. Pues vamos hacia allá, pero con cuidado. No conviene que nos vean juntos. No le digas ni siquiera a tu tía que me has visto.

Siguieron andando muy juntos, cogidos del brazo. María creía desfallecer de felicidad a cada paso. En su mente sólo tenía cabida la idea que él había vuelto. Ahora todo se arreglaría y él cuidaría de ella para que no volviera a ocurrirle nada malo.

Pronto llegaron a una esquina, a la vuelta de la cual se hallaba la farmacia.

—Sigue tú, Mary. Entra y compra la medicina. Yo te espero aquí mientras tanto. Hay demasiada luz en esa calle.

Al poco rato estaba María de vuelta con un paquete, y ambos emprendieron el camino de regreso buscando las calles más solitarias y oscuras.

—No quiero que tu tía crea que te retrasas demasiado —dijo él—, así que hoy has de volver a casa en seguida. Mañana nos volveremos a ver con más tiempo —y al advertir que ella trataba de protestar y se agarraba a él con más fuerza, continuó—. Cariño, acuérdate que ahora estoy aquí contigo, y no dejaré que te pase nada malo —trató de infundir a sus palabras un acento de confianza que ni él mismo sentía—. Ya no estás sola, Mary —y al acabar la frase se detuvo, la atrajo hacia sí y le dio un largo y apasionado beso. Después hizo descansar la cabeza de ella sobre su hombro, y le acarició el largo y sedoso cabello.

—¿Recordarás lo que te he dicho, cariño? —inquirió Pablo.

Ella asintió con la cabeza, y ambos prosiguieron de nuevo su camino.

—¿A qué hora puedo verte mañana por la tarde? —le pregunto él.

—Creo que podré salir sobre las cuatro. Ya inventaré algo para que tía Margarita no sospeche nada. ¿Dónde nos veremos?

—En el paseo que hay delante de la estación. No creo que esté muy concurrido con este tiempo, y abrígate bien cuando vayas, Mary, hace mucho frío allí.

Al llegar cerca de la casa de ella, Vázquez se detuvo.

—Bueno, Mary, ya mañana tendremos tiempo de contarnos muchas cosas. Ahora a casa. Hasta mañana, mi vida.

Quedaron frente a frente cogidos de las manos, y entonces vio ella por primera vez la cara de Pablo.

—Adiós, Pablo, hasta mañana —contestó, y añadió con una pequeña, y a la vez pícaro sonrisa—. Te quiero más que nunca... hasta con esa cara que te han puesto.

Vázquez la siguió con la vista hasta que dobló la esquina, y en seguida se encaminó a casa. Aquel día no haría nada más, ni siquiera se daría una vuelta por «*La Marina*» como había sido al principio su idea.

No podía apartar sus pensamientos de María. ¡Qué valiente era! No había otra mujer como ella en todo el mundo. ¡Cómo se había hecho cargo de todo! No le había formulado una sola pregunta, de las muchas que indudablemente se le habrían ocurrido, confiando tácitamente en él, dejándolo todo en sus manos.

Se quedó pensativo admirando esta cualidad y, mientras pensaba, en su mente empezó a fraguarse un plan: la sacaría de allí. Tenía que hacerlo. No permitiría que sus asuntos personales comprometieran el éxito de la misión que le había sido encomendada; pero sacaría a María de allí, como fuera. Ya encontraría el medio.

Llegó a casa y cenó casi inmediatamente. Durante la cena estuvo distraído, sin que hubiera modo de hacerle entrar en conversación, e inmediatamente después se fue a su cuarto, se metió en la cama y apagó la luz. Continuó dando vueltas en la cabeza a la idea que se le había ocurrido, hasta que por fin se quedó dormido, sin

haber conseguido encontrar la difícil solución del problema.



Al día siguiente se levantó más bien tarde y, después de desayunar fue a «*La Marina*» encontrando el local casi vacío. En una mesa apartada estuvo charlando largo rato con Soto, el cual le habló del ambiente de Cartagena en general y de la marinería republicana en particular, así como de otras muchas cosas, todas ellas más o menos relacionadas con su misión allí.

En cuanto a su empleo, le volvió a aconsejar que no lo buscara directamente en el arsenal, sino que antes simulara buscarlo por algunos de los pequeños talleres de la ciudad. Seguramente no lo encontraría y, en todo caso, siempre podía rechazar lo que le ofrecieran con cualquier pretexto. Debía reservar el arsenal como si fuera su último recurso para no dar a entender que el entrar allí era precisamente lo que le interesaba.

Según Soto, la marinería frecuentaba su establecimiento sobre todo después del anochecer. Llegando sobre las ocho de la noche siempre podían oírse cosas interesantes. A la hora de comer Pablo se despidió, prometiendo volver por la noche.

—Pero —añadió— sólo le saludaré a usted de pasada, y lo mismo haré ya de ahora en adelante. No conviene que se nos vea mucho juntos.

Después de comer se encerró en su cuarto y allí esperó hasta la hora de salir a su cita con María. Miraba su reloj constantemente; pero parecía como si el tiempo se hubiese detenido. No recordaba haber pasado hora y media más larga en toda su vida.

Por fin, como todo llega en este mundo, las manecillas marcaron las tres y media y, no pudiendo resistir ya más, salió a la calle, dirigiéndose despacio hacia la estación. Llegó allí cuando faltaban tres minutos para las cuatro. El paseo estaba casi desierto, y Pablo se alegró de ello. Casi inmediatamente vio llegar a María; pero, en contra de lo que ardientemente deseaba, no se fue a su encuentro, sino que la esperó en el mismo sitio donde se encontraba; en la parte más apartada del paseo.

Después de los primeros saludos se sentaron ambos en uno de los bancos de piedra, cogidos de las manos y mirándose mutuamente sin que ninguno de ellos acertara a decir palabra alguna durante largo rato. Al ver el rostro de María a la luz del día, Pablo se estremeció interiormente, pues en él se hallaba escrito cuánto había sufrido durante los últimos meses. Estaba pálida, más delgada, y sus ojos, en otro tiempo tan alegres y vivarachos cuando se encontraba a su lado, aparecían hundidos y

sin brillo, apagados.

Al cabo de un rato María sonrió, y dijo:

—Tendrá que pasar algún tiempo hasta que me acostumbre a verte con esa cara.

Pablo le devolvió la sonrisa y preguntó:

—Bueno, ¿qué te parece? Todavía no me has dicho si te gusta o no.

—Psch... así, así —y oprimiéndole las manos añadió—. Lo que me gusta de ti no es la cara, sino el que la lleva puesta, la persona... —luego su rostro adquirió una expresión seria, casi de angustia— Pablo, dime ¿qué haces aquí? Tengo la impresión de que debes andar metido en un lío muy gordo. Estoy angustiada...

—No te lo puedo decir, Mary —la cortó con suavidad mientras le ponía el índice en los labios en cariñoso gesto de silenciarla—. Si algo me ocurriese quiero que puedas negar todo conocimiento de lo que me ha traído aquí. Piensa lo que quieras, que yo no te diré nada... pero, cualquier cosa que pienses, no se lo digas a nadie, ni tampoco que me has visto en Cartagena. ¿Lo harás? —María hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y prosiguió— Pero no hablemos más de mí, cuéntame cosas tuyas.

Al ver la expresión de pena que cruzó por su rostro se maldijo a sí mismo interiormente. ¿Cómo había sido tan estúpido para pedirle que hablara de lo que le había ocurrido? Sin quererlo había introducido el dedo en la llaga.

Ella pareció leer su pensamiento, pues dijo:

—No, Pablo, déjame que te lo cuente todo; me servirá de desahogo... —y comenzó a relatarle una historia que le dejó angustiado, horrorizado, lleno de ira por lo que le había ocurrido y, nuevamente, se le anegó el corazón de desesperación, testigo impotente de la deliberada crueldad con que el ser humano se complacía en tratar a sus semejantes en determinadas circunstancias.

Según le contó, don Víctor había sido arrestado desde los primeros días después del Alzamiento. En la cárcel no daban de comer a los detenidos, de forma que ella había tenido que llevarle diariamente la comida, sufriendo las burlas y procacidades de los guardianes hasta que, por fin, un día le habían dicho de manera brutal que su padre ya no necesitaría más la comida: «... *ahora es él quien va a dar de comer a los gusanos*». Luego se enteró de que había sido fusilado en la madrugada de aquel día.

Mientras don Víctor estuvo detenido, y algún tiempo después de su fusilamiento, su casa había sido registrada en diversas ocasiones. Cada registro, llevado a cabo sin el menor miramiento, entre insultos, burlas y risotadas, había ocasionado nuevos destrozos, de forma que ya apenas les quedaba un solo mueble sano. Las muchachas del servicio se habían marchado al poco de iniciarse el Alzamiento, quedando ella y su tía solas en la casa.

Al preguntarle Pablo de qué vivían, le contestó que hasta entonces se habían arreglado vendiendo joyas y muebles; y continuó:

—Pero ya no nos queda mucho que vender. He intentado trabajar, mas no me

admiten en ninguna parte porque no estoy sindicada. Sólo de vez en cuando puedo ganar algo haciendo labores de modista; pero no es nada fijo. Hoy casi nadie tiene ya dinero para gastarlo en esas cosas.

Sin decir palabra, Vázquez echó mano a su cartera y le dio una cantidad importante de dinero. Aquella suma no le pertenecía, es verdad, pero la tomó en concepto de préstamo. Dentro de unos días estaría colocado, y ganaría más que suficiente para reponer lo que ahora mismo le daba a María.

Ella no hizo ni siquiera intento de rechazar el dinero. Había leído en la cara de Pablo que cuanto dijera o hiciera en ese sentido habría sido completamente inútil; pero no se trataba sólo de eso. En realidad, el no aceptar le hubiera parecido algo sin sentido. Desde su encuentro del día anterior, sentía que le unían a Pablo lazos muchos más fuertes que los normalmente existentes entre una pareja de novios. En la mente de María, él se había convertido en algo así como su padre, hermano y esposo, todo a la vez, todo en una única pieza, y ella haría cuanto le ordenara, sin discusión, confiando ciegamente. Sabía que podía hacerlo así.

Había anochecido mientras hablaban.

—Se nos está haciendo tarde —dijo Pablo—. Vas a tener que irte a casa.

—No, todavía puedo quedarme un rato más —le aseguró ella—. Déjame que me quede.

Él asintió sonriendo y le pasó un brazo sobre los hombros, besándola ligeramente en la frente y ella se recostó contra él.

—Dime, Pablo ¿qué has hecho durante estos meses?

—Muchas cosas, Mary, ya te las contaré algún día, cuando todo esto haya terminado; pero ninguna que tú no puedas conocer a su debido tiempo. ¿Sabes una cosa? —y sin esperar la respuesta, continuó— Has sido mi conciencia durante todo este tiempo. Cuando iba a hacer algo me preguntaba siempre: ¿me gustaría que Mary se enterara de lo que voy a hacer ahora? Y, si no era así, no lo hacía.

Ella alzó la cabeza y le besó en la mejilla, aproximándose aún más a él.

—Pablo, si supieras lo que representa para mí el que hayas vuelto... Creo que no habría soportado todo esto sola durante mucho más tiempo, y desde luego no lo hubiera podido resistir hasta ahora de no haber tenido el recurso de pensar en ti, a menudo. Tu recuerdo me ha dado fuerzas para seguir luchando hasta que has llegado.

Al verla tan contenta y confiada, Pablo no se atrevió a decirle que, tal vez, se viese obligado a abandonarla dentro de unas semanas. No sabía el tiempo que le ordenarían permanecer en Cartagena; pero estaba decidido a todo con tal de sacar a María de allí. Si no podía llevársela consigo al término de su misión, volvería de nuevo con el único objeto de buscarla.

Pero no dijo nada a María acerca de sus temores. Para ella, su presencia allí era algo tan natural, que casi parecía que lo había estado esperando. Evidentemente, no

se le había ocurrido la idea de que quizás él no pudiese permanecer mucho tiempo en Cartagena.

—Escucha, Mary —le dijo—. Por desgracia, no podemos vernos todos los días, ni mucho menos. No puedo arriesgarte a que te vean conmigo. Si por ello te ocurriera cualquier cosa no me lo perdonaría en toda la vida.

Esta frase pareció recordar a María el peligro que Pablo estaba corriendo. Un riesgo desconocido para ella, y que tal vez por eso se le dibujaba más terrible, con ese terror instintivo que los humanos sienten hacia lo desconocido.

Se abrazó a él diciéndole:

—Pablo, Pablo, ten mucho cuidado, por favor. Si te pasara algo, no sé lo que sería de mí.

—No te preocupes por mí. No me pasará nada, ahora que te he encontrado. Dios nos ayudará. Rézale por los dos.

—Si ya lo he hecho. Si supieras cuanto Le he rezado por ti, por nosotros dos... Y mira, mira como me ha oído...

Al poco rato se levantaron, dirigiéndose hacia la ciudad lentamente, cogidos del brazo. Como el día anterior, eligieron las calles más oscuras y apartadas, y se separaron algo antes de llegar a casa de María. Convinieron en volver a verse dentro de unos cuantos días.

—Si alguna vez tienes algo urgente que comunicarme —dijo Pablo al despedirse—, llégate a la taberna «*La Marina*» y pregunta por el dueño, Soto. Le llamas aparte y le dices que cuando vea a Ernesto Piñero, ese soy yo, le diga que María quiere verlo. No recurras a esto nada más que en un caso de verdadero apuro, y... no te preocupes que si yo tuviera algo urgente que decirte, ya encontraría la manera. Adiós, cariño, hasta pronto.

Después de besarla permaneció en el mismo sitio, viéndola alejarse, hasta que se perdió de vista al doblar la esquina.



El segundo domingo después de este encuentro con María, a media mañana, salió Pablo de Cartagena con una caña de pescar al hombro, un paquete con comida y una botella de agua. Había dicho que se proponía pasar el día tranquilamente de pesca.

Hasta la fecha, todo iba desarrollándose con normalidad. Hacía sólo cuatro días que trabajaba en el arsenal, y ya había obtenido informes sumamente interesantes acerca de la llamada «*Flota Republicana*». Por las noches, al salir del trabajo, solía ir, bien a «*La Marina*», bien a otro establecimiento similar algo apartado de ella que se llamaba «*El Delfín*». Alternaba sus apariciones en uno y otro sitio para que no llamaran la atención sus ausencias en ciertas noches... como la de hoy, por ejemplo.

Había vuelto a ver a María en otras dos ocasiones; pero ambas entrevistas habían sido fugaces. Estaba ella mucho más animada, los colores empezaban a reaparecer en su rostro, y el brillo y la vivacidad a sus ojos. ¡Cómo le quería! y cómo, también, la quería él a ella. Experimentaban ambos una sensación extraña, tal vez algo fatalista: si el destino —pensaban— los había vuelto a unir, ya no permitiría que se separasen de nuevo. Se sentían totalmente compenetrados y, lo que es más, los dos sabían que se pertenecían el uno al otro por completo.

Pablo apartó a María de su mente para dedicar su atención a la tarea que tenía por delante. Había de dirigirse al lugar donde desembarcó, para intentar establecer contacto por radio aquella noche con un submarino nacional, operación que había de repetir cada dos domingos. Ésta, por ser la primera vez, sería la más difícil. ¿Habría ocultado bien sus aparatos la noche que desembarcó? ¿Y si hubieran sido descubiertos y le estuvieran acechando para tenderle una emboscada? ¿Qué haría María si a él le ocurría algo?

De nuevo rechazó tales pensamientos. Por lo pronto, ahora que era de día, tenía que encontrar un escondrijo mejor para su equipo. Al ir acercándose al lugar en que lo dejó, miraba de soslayo disimuladamente sin cesar para todos los lados, sin descubrir nada sospechoso... pero tampoco veía ningún sitio ideal para ocultar, mejor y de forma definitiva, sus aparatos.

A pesar de que el aspecto en general de la costa cambiaba bastante de la noche al

día, dio fácilmente con la grieta en que había escondido, provisionalmente, su equipo; estaba tal y como lo había dejado y, gracias a la envuelta impermeable que llevaba, no había sufrido lo más mínimo a causa de la humedad y la lluvia. Incluso las palomas parecían encontrarse en perfecto estado.

Seguidamente, les cambió el agua de beber, les echó comida nueva y limpió la caja que les servía de palomar. Volvió a dejar todo como estaba antes y, acercándose a la orilla, cebó su caña y empezó a pescar, mientras examinaba atentamente la configuración del acantilado. Tendría que transmitir su mensaje desde la base del mismo para que su aparato de radio, que empleaba longitudes de onda ultracortas, sólo pudiera ser captado desde la mar; pero nunca desde tierra adentro.

No encontraba ningún escondite apropiado para sus fines, anduvo un trecho y, simulando pescar de nuevo, volvió a escudriñar el terreno en torno suyo. Cuando se sentó a comer, sobre las dos y media de la tarde, aún no había hallado lo que buscaba; pero en cambio había atrapado dos peces, uno de ellos de regular tamaño.

Al caer la tarde había pescado ya una media docena de peces sin que ni un alma se hubiese acercado por aquellos parajes en todo el día. Había explorado una extensión bastante considerable de la costa, sin hallar lo que deseaba, y ahora se encontraba en una parte particularmente alta y escarpada de la misma.

Inmediatamente junto al mar se extendía, en algunos tramos, una playa de piedras de dos o tres metros de anchura, sobre la cual se alzaba, casi verticalmente, un promontorio de treinta a cincuenta metros de alto. En ciertas partes no existía playa alguna, y el precipicio caía a plomo hasta el agua.

Al tratar de bajar hasta una de las playas, algo mayor que las demás, descubrió en el acantilado una cavidad a un nivel algo superior al del mar. Calculó que las olas sólo llegarían hasta ella durante los temporales más fuertes. Metiéndose por la estrecha abertura vio que la gruta parecía bastante profunda, y decidió explorarla.

Volvió al lugar donde tenía su equipo, sacó de él una linterna de bolsillo y se encaminó de nuevo sus pasos a la caverna. Era bastante estrecha, casi tan sólo una grieta, aunque por dentro se ensanchaba algo más; también era alta, de forma muy irregular y se confirmaba su profundidad. El suelo estaba sembrado de gruesos cantos, que, por suerte, no conservarían las huellas de sus pisadas.

Un sitio así era precisamente lo que había estado buscando. Le venía como anillo al dedo. Y, apartándose de aquel lugar, siguió pescando, en espera de que se hiciese completamente de noche. Tenía que intentar enlazar con el submarino a las veintiuna horas, tal y como había quedado concertado.

En cuanto la oscuridad fue completa, trasladó su equipo a la cueva que había descubierto. Dejó bien escondida y en un lugar alto la caja de las palomas, así como la que contenía los víveres y municiones, cubriendo ambas con grandes piedras, de las que formaban el suelo de la cueva, hasta dejarlas completamente ocultas, y luego

se situó con el transmisor en el fondo del acantilado, para que la emisión estuviese dirigida únicamente hacia la mar y no hacia tierra al mismo tiempo —con el riesgo añadido que ello podría conllevar si la emisión era detectada—, amparándose en la inmensa pared natural que se levantaba a sus espaldas.

Comprobó el buen funcionamiento de su aparato, se puso el cabezal con su auricular dejando un oído al descubierto para poder oír si alguien se acercaba y, a las nueve en punto de la noche, empezó a enviar la señal de llamada —previamente habían convenido que la misma, si todo marchaba conforme a lo previsto, sería una concreta y, si por cualquier causa Pablo, se veía obligado a comunicarse intimidado por los milicianos, la señal de llamada sería otra bien distinta, aunque luego toda la transmisión continuaría con regularidad natural para no despertar las sospechas de los posibles captores—. Tenía la pistola-ametralladora a su lado, lista para repeler cualquier agresión si era sorprendido en el desarrollo de su tarea.

Casi inmediatamente recibió la contraseña de respuesta concretada. El submarino estaba a la escucha. Pablo empezó a transmitir su informe en los siguientes términos:

“La flota roja no constituye una amenaza seria por el momento. La moral de las dotaciones es muy baja y los marineros no tienen confianza en sus nuevos mandos. Los submarinos no se encuentran siquiera en condiciones de hacerse a la mar, por falta de jefes y oficiales que los manden.”

El mensaje finalizaba dando los nombres de tres destructores y un crucero que estaban en reparación y, por lo tanto, no podían salir a la mar en un plazo más o menos breve.

Al terminar de transmitir, recibió la señal que indicaba que habían recibido correctamente el mensaje y que daban por terminada la comunicación.

Los submarinos nacionales, para no delatar su presencia —a pesar de que era muy poco probable que los republicanos tuvieran establecido un servicio de escucha en la longitud de onda empleada— sólo le transmitirían instrucciones en casos excepcionales, utilizando una clave especial. Al no recibir ninguna, debía continuar todo como hasta ahora, y transmitir su próxima información dos semanas más tarde.

Pablo se dijo que podía estar satisfecho de lo que había logrado hasta la fecha. Su primer informe había sido bastante completo y sin especiales complicaciones, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaba en Cartagena.

Ocultó su aparato de radio en la cueva, dejándolo bien tapado, como había hecho con las demás cosas, y volvió a la ciudad tan aprisa como pudo.



Pablo llevaba ya más de tres meses en Cartagena. El tiempo se le había pasado muy deprisa hasta entonces; pero, aunque pueda parecer paradójico dada la naturaleza de su misión, su estancia allí empezaba a resultarle un tanto monótona y aburrida.

Se habían convertido sus costumbres, casi en una pura rutina: todos los días iba a trabajar al arsenal, donde pasaba por un obrero del montón, no de los mejores; pero tampoco de los peores. En esto se había atenido estrictamente a las instrucciones recibidas del teniente coronel Méndez: *«Y, sobre todo, nada de intentos de sabotaje. Su misión no es ésta. Lo enviamos a Cartagena para observar e informarnos sobre lo que haya visto y oído. Téngalo siempre presente»*.

Por las noches solía ir a «La Marina», «El Delfín» u otro establecimiento similar, a escuchar lo que se decía, y así pudo ir formándose una composición de lugar bastante exacta acerca de la moral y capacidad combativa de las dotaciones republicanas. Incluso hizo amistad con algunos cabos y marineros, a pesar del esfuerzo que esto le costaba pues, entre ellos, había uno que tomó parte activa en la muerte de sus compañeros. Con él, Pablo debía hacer de tripas corazón. No es que buscara venganza y anduviera por ello tragando bilis, sino que sus sentimientos, en este caso, eran demasiado vivos y fuertes debido a la gran amistad que le unía con algunos de los ejecutados.

En el arsenal, bien por observaciones directas, bien de oídas, se enteraba de los barcos que estaban en reparación así como de la importancia de la averías que tenían.

Sus informes no habían variado esencialmente; pero, sin embargo, últimamente comenzaba a notarse algo que presagiaba un cambio en aquel estado de cosas en la escuadra republicana. Pablo no acertaba a concretar precisamente en qué consistía aquello. Se trataba de algo impalpable, que flotaba en el ambiente y se dejaba sentir en las conversaciones de la marinería con la que, siempre que podía, se relacionaba.

Se hablaba de la próxima llegada de mandos rusos y de otros cuantos rumores por el estilo, todos ellos sin confirmar, aunque, en realidad, nada había sucedido todavía.

Durante todo el tiempo que llevaba allí, había visto a María muy pocas veces, y siempre a escondidas. No quería tener la menor relación aparente con ella, por si

acaso llegaba a ser descubierto. El estar tan cerca uno de otro, y no poder verse, había constituido una dura prueba para ambos; pero Pablo no había tratado de engañarse a sí mismo diciéndose que no existía riesgo para María si era vista con él. Por muy remoto que pudiera ser el peligro, no quería exponerla en modo alguno.

Cada dos domingos, con toda regularidad, había transmitido sus informes, que tan minuciosamente había recogido, excepto en una ocasión que no logró enlazar con el submarino. Según se pudo enterar más adelante, aquel domingo, ninguno de los submarinos nacionales se había podido acercar a su área de cobertura por razones puramente estratégicas. Una vez había recibido instrucciones, en clave por supuesto, ordenándole que tratase de averiguar cierto detalle técnico relacionado con los submarinos enemigos, y en dos ocasiones dio suelta a sendas palomas mensajeras, dando cuenta de imprevistas salidas a la mar de una parte importante de la armada republicana. Sin embargo, no se le había dicho todavía nada acerca de cuando terminaba su misión.

Al enviar su último informe le habían comunicado que, para la próxima vez, o sea, aquella misma noche, el submarino de turno se acercaría a la playa con el objeto de enviarle un bote con baterías de repuesto —debería sustituir las suyas que, en aquel entonces, comenzaban a dar problemas por encontrarse casi agotadas— para su estación de radio, nuevas palomas mensajeras, dinero y otras cuantas cosas necesarias para facilitarle la tarea que le había sido confiada.

Pablo salió aquel día de la ciudad al caer la tarde y encaminó sus pasos hacia el lugar donde tenía situado su “cuartel general”, como en sus pensamientos llamaba a la caverna en que ocultaba su equipo. Como de costumbre no se acercó al escondite hasta después de haber anochecido y, tras convencerse de que no había nadie por los alrededores, sacó de la cueva el transmisor y lo preparó a conciencia, como siempre solía hacer.

A la hora convenida empezó a emitir la contraseña de llamada, contestándole en seguida el submarino, el cual dio a continuación la señal que significaba «*envío el bote*».

Pablo encendió entonces su linterna, colocándole antes una pantalla especial, de forma que el haz de luz sólo se proyectaba en una franja bastante estrecha en dirección al mar, para así indicar al bote el punto de la costa donde había de tomar tierra y, tranquilamente, se dispuso a esperar en la orilla la llegada de tan preciado cargamento.

A los pocos minutos oyó ruidos de remos y, casi inmediatamente, pudo distinguir un bulto oscuro que se acercaba sobre el agua, por lo que apagó entonces la linterna. La noche sin luna era muy oscura, como el pozo de una mina de carbón.

El bote varó en los cantos rodados de la pequeña playa. Venía tripulado por un oficial y dos marineros. Pablo dio el santo y seña convenidos y el otro contestó

correctamente. Un marinero le entregó un paquete bastante voluminoso y pesado con las baterías y demás efectos, y el oficial le dio una cartera llena de billetes, haciéndole Vázquez entrega de un informe escrito, bastante más detallado que los que acostumbraba a transmitir en sus mensajes radiados. No se pronunció una sola palabra innecesaria, únicamente el oficial al volver a embarcar le dijo:

—Adiós. Buena suerte —y a continuación ordenó abrir al bote.

Aún estaba éste a pocos metros de la orilla, cuando una voz que venía de lo alto del acantilado ordenó:

—Ah, del bote... ¡Alto! Volved a tierra.

Y, como no recibiese contestación, conminó de nuevo:

—¡Alto!... o hago fuego —palabras que fueron seguidas, casi de inmediato, por un disparo de fusil.

A las primeras palabras Pablo había corrido a meterse en la cueva, con su pistola-ametralladora preparada. Debían haber sido sorprendidos por una patrulla republicana de vigilancia de costas. Tal vez hubieran visto la luz de su linterna, o acaso la casualidad, o más bien la fatalidad, los había llevado hasta allí en el momento tan sumamente crítico y delicado.

El bote del submarino había desaparecido en la negrura del mar con la complicidad de la oscuridad; pero desde arriba continuaban haciendo fuego, probablemente apuntando al azar, o en dirección al ruido de las remadas que se iban alejando. El oficial que iba en el bote, dando pruebas de gran sentido común y sangre fría, no intentó contestar al fuego con la pistola que llevaba, ya que, con el fogonazo de la misma, únicamente hubiera conseguido facilitar la tarea de la patrulla al delatar su situación en medio de las sombras de la noche.

A juzgar por los disparos y las voces que oía, Vázquez calculó que la patrulla se componía de cuatro o cinco hombres, a lo sumo; pero aquel tiroteo, sin dudas, no tardaría en atraer refuerzos... ¡En buen apuro se había metido! Oyó a los miembros de la patrulla bajar por el acantilado, estableciendo ya con certeza, por las voces que se daban unos a otros, que se trataba de cuatro hombres.

De pronto, dos proyectores de una de las baterías de costa que defienden la entrada de Cartagena se encendieron, explorando con sus rayos la superficie del mar. ¡La alarma estaba dada!

Casi inmediatamente, uno de los tentáculos de luz iluminó al submarino, cuando el bote estaba ya casi llegando a él. Fácil presa ahora que se hallaba señalado por el haz eléctrico, los integrantes de la patrulla se arrodillaron junto a la orilla y comenzaron a disparar contra el bote y el submarino, quedando de espaldas a Pablo y perfectamente recortados contra el rayo de luz.

Sin dudarle un instante, Vázquez abrió fuego contra ellos. Dos cayeron inmediatamente a tierra; pero los dos restantes se echaron al suelo y apuntaron sus

fusiles contra él, al tiempo que la batería de costa empezaba a disparar contra el submarino.

El bote había llegado ya al costado de éste, y los que iban en él corrieron por cubierta hacia la torreta, mientras el barco se ponía en movimiento para comenzar a sumergirse apresuradamente. La primera salva de la batería cayó algo lejos del blanco, larga. La segunda fue corta, y la tercera, centrada, cayendo uno de los proyectiles tan cerca del submarino que la columna de agua levantada por él vino a caer sobre la torreta, en el preciso momento en que ésta desaparecía bajo las aguas. El submarino había escapado con bien, aunque por los pelos.

Mientras tanto, el tiroteo entre Vázquez y los dos hombres de la patrulla que quedaban con vida, proseguía; pero aquél, amparado por la oscuridad y gracias a su pistola-ametralladora que, a aquella distancia, poseía indudables ventajas sobre los fusiles de sus adversarios, pronto dio buena cuenta de ellos. De lo que unos minutos antes había sido una patrulla de cuatro hombres, sólo quedaban ahora otros tantos cuerpos inmóviles en el suelo.

Los proyectores de la batería, una vez desapareció el submarino, barrían ahora la superficie del mar y el acantilado con sus largos tentáculos luminosos, y la pequeña playa quedaba tan pronto a oscuras como iluminada casi con la misma claridad que si fuese de día.

Pablo salió de la cueva y, durante uno de los fugaces períodos de luz, pudo ver como uno de los cuatro componentes de la patrulla, a los que creía muertos, se ponía de rodillas y arrojaba algo en su dirección. Intuitivamente, se dejó caer al suelo; pero, al estallar la bomba de mano lanzada por su adversario, sintió una gran punzada muy dolorosa en un costado, como si lo hubiesen quemado con un hierro candente.

La rabia, por una vez, le hizo abandonar toda prudencia y, a ciegas, abrió fuego sobre el sitio en que estaba el que le había arrojado la granada. De pronto se produjo una pequeña llamarada en aquella dirección, y Pablo sintió un golpe en el brazo izquierdo, un poco más abajo del hombro. ¡Caray! Aquel maldito le había vuelto a alcanzar.

Pero ese único disparo fue la perdición del que lo hizo, pues el fogonazo sirvió a Vázquez para corregir la puntería. Cuando la playa volvió a quedar iluminada, el hombre se debatía en los estertores de la agonía. Una ráfaga de la pistola-ametralladora terminó con su vida.

Pablo comenzó a pensar rápidamente: ¿cómo iba a salir de aquel atolladero? ¿Estaría gravemente herido o, tan sólo sería superficial? Trató de mover el brazo izquierdo y lo consiguió, aunque notaba en él fuertes dolores. Así, pues, la bala no había tocado el hueso. ¡Menos mal!

Palpándose el costado, descubrió dos rotos en la camisa, que estaba empapada de sangre. Sin embargo, por la situación de los rotos, comprendió que la metralla casi no

había hecho más que rozarle. Después de todo, mirándolo por el lado positivo, había tenido bastante suerte y debería estar agradecido. Si le hubieran herido en una pierna no sabría lo que hubiera hecho.

Pablo se dijo que ya estaba bien de pensar tonterías. En primer lugar, había que asegurarse si los hombres de la patrulla estaban bien muertos. Fue hasta la playa y dio puntapiés a cada uno de los cuerpos inmóviles, sin que estos salieran de su estado inanimado ni emitieran queja alguna. Como no tenía tiempo, ni ganas, de continuar con su investigación, pasó a ocuparse de otras cosas.

El transmisor había quedado destrozado por la explosión de la bomba de mano. Bien, entonces no le quedaba más solución que tratar de destruir todos los indicios que pudieran quedar de sus actividades de espionaje en la cueva durante los últimos meses.

Arrojó el transmisor al agua, y lo mismo hizo con los demás componentes de su equipo, después de dar suelta a las palomas mensajeras. Le bastaron para ello tres viajes a la cueva, a pesar de poder servirse solamente de su brazo derecho. Con lo único que se quedó fue con las documentaciones falsas, intuyendo que podía precisar las mismas más adelante. Luego, cogiendo la pistola-ametralladora, echó a andar en dirección a Cartagena.

Los proyectores se habían apagado, por fin, hacía algún tiempo, y su mayor preocupación consistía ahora en alejarse lo más rápidamente posible del lugar del suceso. Una vez eliminado su equipo y muertos los cuatro hombres de la patrulla, no podrían adivinar la causa del incidente. Pensarían, tal vez, que el submarino había tratado de desembarcar una sección de saboteadores, o algo por el estilo, y no lo buscarían a él en Cartagena... o, por lo menos, esa era la esperanza que tenía.

Habría recorrido unos quinientos metros cuando oyó ruido y voces de gente que se acercaba a paso veloz, por lo cual se dejó caer rápidamente al suelo, aprovechando esta oportunidad para tratar de contener la hemorragia de la herida del brazo, que era la más importante de las dos. Se ató un pañuelo por encima de la herida, apretándolo cuanto pudo con ayuda de la mano derecha y de los dientes.

Al acabar esta operación pudo distinguir a los que se aproximaban. Se trataba de unos veinte o treinta hombres, provenientes probablemente de la batería de costa, que pasaron a menos de cincuenta metros del lugar en que se hallaba tendido. Una vez se hubieron alejado lo suficiente, se levantó y prosiguió de nuevo su camino; pero comenzó a sentir una extraña debilidad por lo cual paró y, desgarrándose la camisa, se vendó como pudo la herida del costado. No podía permitirse el seguir perdiendo tanta sangre si pretendía llegar a la ciudad con vida.

Al acercarse a Cartagena, unas horas más tarde, volvió a echarse al suelo para reflexionar y descansar un poco, pues se encontraba verdaderamente rendido. No había querido caminar por la carretera para no ir dejando un rastro de sangre, fácil de

seguir, y mediante el cual, hubieran podido orientar sus pesquisas hacia la ciudad. ¿Qué haría ahora? No podía regresar, en ese estado, a la casa en la que había estado viviendo.

Decidió ir a «*La Marina*» para ponerse en contacto con Soto, a pesar del riesgo que esto suponía, pues tendría que atravesar casi toda la localidad. No tenía tiempo para dar un rodeo antes de que se hiciese de día, ni tampoco se sentía con fuerzas para hacerlo. Probablemente, a aquellas horas, no habría nadie por las calles; la natural alarma producida por los cañonazos se habría disipado ya. Hacía un rato que había comenzado a lloviznar, y la precipitación iba aumentando paulatinamente en intensidad.

Se levantó para proseguir su camino, pero al hacerlo la cabeza le dio vueltas y los oídos le zumbaron. Haciendo un esfuerzo de voluntad continuó su avance trabajosamente, dando tropezones de vez en cuando. Al pasar junto a un pozo arrojó a él la pistola-ametralladora, sintiéndose bastante aliviado al no tener que cargar con aquel peso.

Tambaleándose como un borracho entró en la ciudad, comprobando al hacerlo que iba dejando tras de sí un ligero rastro de sangre, que en el campo había quedado oculto por la hierba. Menos mal, pensó, que la lluvia que caía desde hacía rato, se encargaría de borrarlo rápidamente; pero, de todas formas, tenía que contener la hemorragia.

Arrancó una pequeña rama de un árbol y, pasándola por el pañuelo con que se había vendado el brazo izquierdo, le dio vueltas para hacer un torniquete, apretándolo hasta que la herida dejó de sangrar.

Prosiguió su camino; pero a los pocos metros hubo de apoyarse en una pared, y al hacerlo comprendió que jamás lograría llegar a «*La Marina*» en aquel estado. Se encontraba muy cansado. Entonces se dio cuenta que se hallaba relativamente cerca de la casa de María, y decidió llegar hasta ella, para mandar desde allí un aviso a Soto, diciéndole que fuera a recogerlo y lo llevara a lugar seguro... si es que había algún lugar seguro para él en toda la zona republicana.

De todas formas, tenía que llegar a casa de María fuese como fuese. Apretó los dientes y se puso de nuevo en marcha, tropezando a cada paso. La cabeza le daba vueltas, los oídos le zumbaban, y todo el costado izquierdo le dolía terriblemente. Gracias a Dios, no había un alma en la calle donde vivía María cuando desembocó en ella.

La lluvia, que era su fiel compañera aquella noche, continuaba cayendo con más fuerza cada vez. Ya sólo faltaban unos cuantos pasos; pero cada uno le costaba más trabajo que el anterior. En uno de los tropezones que daba continuamente cayó de bruces al suelo.

Al recordar más adelante aquella noche de pesadilla, nunca logró explicarse de

dónde había sacado las fuerzas necesarias para levantarse y continuar andando; pero, por fin, sin saber a ciencia cierta cómo había llegado hasta allí, se encontró ante la puerta de María y llamó al timbre con el ritmo de la melodía de «*Una copita de ojén*» que, en tiempos más felices, había sido una especie de contraseña entre ambos.

¡Dios mío! ¿Por qué tardaría tanto en abrir?... Si no se daba prisa terminaría por caerse al suelo, de un momento a otro. Por como le retumbaban los latidos en la cabeza, parecía que tuviera el mismísimo corazón en las sienes. Se daba cuenta de que ya no podría resistir mucho más... Y en aquel momento se le ocurrió pensar en una pequeña botella de coñac que estaba en uno de los paquetes que había tirado al mar. ¡Si se hubiera acordado antes de ella! Tal vez, con la ayuda del coñac, habría logrado llegar hasta «*La Marina*»... Tal vez... ¡Demonios! ¿En qué había estado pensando un momento antes? No podía recordarlo en absoluto... ¡Cómo le zumbaban los oídos!... Era un ruido que iba y venía, iba y venía, iba y venía...

De pronto la puerta se abrió, y se encontró cara a cara con María que le miraba asustada con los ojos muy abiertos. Rápidamente entró y se volvió hacia ella, que estaba cerrando la puerta. Vagamente se dio cuenta que se hallaba descalza, y sólo llevaba puestas la camisa de dormir y una bata. El largo cabello, suelto, le caía sobre los hombros y la espalda.

—Escucha, Mary —comenzó a decir—. Tienes que ir...

De pronto le pareció que ella y la habitación empezaban a dar vueltas a su alrededor. La vista se le nubló, sus rodillas se doblaron y hubiera caído al suelo de no haberse precipitado María sobre él, cogiéndolo por debajo de los hombros.

No pudiendo soportar su peso, lo depositó en el suelo y, al hacerlo, notó en las manos una sensación viscosa al tacto, dándose cuenta entonces de que Pablo, además del barro y el agua que llevaba encima, tenía el costado completamente empapado de sangre.



Todo estaba a oscuras, los oídos le zumbaban, la frente le ardía y la cabeza le dolía terriblemente, cuando inesperadamente algo fresco y suave vino a posarse sobre su frente.

Abrió los ojos y se encontró cara a cara con María, que le tenía puesta una mano en la frente y le miraba con los ojos húmedos de lágrimas. Pablo cerró de nuevo los ojos, emitiendo un leve suspiro. ¡Estaba tan cansado!... Pero al ir recobrando el conocimiento comenzó a hacerse preguntas: ¿cómo estaba María con él? ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde se hallaba? ¿Por qué le dolería tanto la cabeza?

La mano de María se retiró de su frente, después de acariciarla suavemente, y Pablo volvió a abrir los ojos, encontrándose acostado, inexplicablemente, en el cuarto de María.

Ella estaba sentada sobre el borde de su cama y le miraba con una expresión que al pronto no supo descifrar, y en la cual parecían entremezclarse alegría, pena y preocupación... Y de pronto, como si se descorriera un velo en su memoria, recordó lo ocurrido la noche anterior: la patrulla disparando sobre el submarino a la luz de los proyectores, las actitudes grotescas de los hombres al caer como sacos de patatas cuando había hecho fuego sobre ellos, el fogonazo cegador de la explosión de la granada de mano que el último de ellos le arrojó, el balazo recibido poco después, el submarino sumergiéndose, rodeado por los piques de los proyectiles de la batería de costa, su huida en la oscuridad y la llegada, casi al límite de sus fuerzas, a casa de María. Debía haberse desmayado cuando le abrió la puerta.

A pesar de la debilidad que notaba, trató de incorporarse; pero un fuerte dolor en el costado y en el brazo izquierdo se lo impidió. María le puso ambas manos sobre los hombros.

—Tranquilo... no trates de moverte, Pablo, has debido perder mucha sangre. Si hasta llegué a creer que ibas a morirte.

Él le sonrió débilmente.

—No temas. No te librarás de mí tan fácilmente, al menos por ahora... ¿Qué hora es, Mary?

—Creo que las seis de la tarde —contestó ella.

¿Las seis de la tarde? Así, pues, había pasado todo el día aquí... ¡Claro! Se había desmayado como un imbécil, cuando tenía que encargarle a María que avisase a Soto para que viniese a buscarle. Esto era lo último que jamás hubiera deseado: estar en aquella casa comprometiéndola a ella.

—Mary, ¿has salido? ¿Qué es lo que se dice por ahí?

—Hay mucho revuelo hoy. La gente habla de un desembarco y de una playa llena de muertos... Otros afirman que se han visto submarinos y que uno de ellos fue hundido por las baterías de la costa. Hay una gran excitación y no se oye hablar de otra cosa. Dime, Pablo, ¿sabes algo de lo que ha pasado? ¿Cómo te han herido?

—Ya te lo contaré todo. Ahora estoy muy cansado. Dime ¿cómo llegué hasta aquí?

Ella le sonrió levemente.

—Hecho una pena —contestó y, ya en serio, continuó—. Pablo, ¡si vieras cómo llegaste anoche! ¡Qué susto me diste! Al principio creí que estabas muerto, cuando encendí la luz y vi tanta sangre... Luego me di cuenta que el corazón te latía aún. Traté de subirte hasta arriba; pero no pude moverte yo sola, así que subí y le dije a tía Margarita, que no hacía sino preguntarme a voces desde su cuarto que qué pasaba, que estabas abajo, herido, y le pedí ayuda para subirme aquí. Creo que con el susto se olvidó de hacerme más preguntas.

—Al pronto creí que iba a desmayarse al ver tanta sangre. ¡Imagínate cuál era el aspecto tan lamentable que tenías!, pero se repuso en seguida y, con energía y una fuerza de las cuales no la hubiera creído capaz, me ayudó a traerte a mi cuarto. Mientras te subíamos a mi habitación, como buenamente podíamos por las escaleras, se te abrieron de nuevo las heridas; pero en cuanto llegamos aquí te las desinfecté con alcohol, era lo único que tenía a mano y, a continuación, te las vendé con unas sábanas que rompimos en tiras.

—Luego hice acostar a tía Margarita y me quedé aquí contigo hasta eso de las diez de la mañana en que ella se levantó. Entonces decidí salir a la compra y a ver lo que se decía por ahí. Todo el mundo no hablaba más que de lo ocurrido anoche.

—Y tía Margarita, ¿dónde está?

—Ha salido hace un rato, a ver si oía algo nuevo. No creo que tarde mucho en volver... Dime, Pablo, ¿te apetece tomar algo? ¿Un poco de caldo o leche caliente?

—Caramba, Mary, ¿sabes que algunas veces tienes unas ideas estupendas?

Ella le sonrió.

—¿Sólo a veces? —dijo—. Ahora mismo voy a prepararlo —y, con estas palabras, salió de la habitación.

Al quedarse Pablo solo miró a su alrededor. El cuarto era más bien pequeño, recogido. Un balcón que daba a la calle estaba cerrado, con las maderas entornadas de forma que la habitación quedaba sólo débilmente iluminada.

Además de la cama había una mesilla de noche, un armario de luna y una mesatocador, con un espejo encima. Sobre ella se encontraba una fotografía suya; pero percibió que el gran marco de plata que le había regalado en su día, había desaparecido. Una especie de taburete ante el tocador, dos sillas y una butaca completaban el mobiliario, sencillo y de buen gusto. En una de las paredes se veía una estrecha repisa, con una serie de pequeños muñecos. En resumen —pensó— una habitación, sencilla, bonita y alegre.

Pero su mente tomó pronto otros derroteros. ¿Qué pasaría después de lo de anoche? Había quedado solo, malherido e incomunicado en territorio enemigo. ¿Qué iba a ser ahora de María y de él? Por lo pronto, aunque se encontraba ya mucho mejor que en el momento de recobrar el conocimiento, resultaba evidente que no iba a poder moverse de allí por lo menos en diez o quince días, o tal vez más. ¡En buen lío había metido a María con aquel desmayo inoportuno!

Sin embargo, de nada serviría ya el lamentarse. Lo que más le interesaba ahora era apartar el peligro de ella cuanto antes. Pero por más vueltas que daba al asunto, no veía manera de salir de allí antes de estar en condiciones de andar. Entonces le sería posible ir en busca de Soto para que le escondiera. Pero, de momento, aun para poner a Soto al corriente de su paradero, convenía esperar unos días. La ciudad debía estar completamente alborotada con los acontecimientos de la noche anterior y sería preferible aguardar, antes de intentar hacer algo, a que los ánimos se calmasen un poco.

La noche anterior... ¡Caray! Ahora, al mirar atrás, tenía la sensación de haber vivido una pesadilla. Aquella huida en la oscuridad, bajo la lluvia, herido y desangrándose. ¿Y si no hubiera disparado contra la patrulla roja? El hacerlo había sido algo instintivo, al ver que hacían fuego a mansalva contra los que iban en el bote. Tal vez, si de esta forma no hubiese delatado su presencia, habría podido escapar ileso... pero no. Se dijo que, una vez desaparecido el submarino, la patrulla habría llevado a efecto una minuciosa búsqueda por todas las cercanías y, ayudada por el destacamento que se había cruzado con él en su huida, no habrían tardado en dar con su escondite.

Además, lo hecho, hecho estaba, y no había podido asistir impasible al espectáculo de los milicianos disparando sobre los ocupantes del bote. Dada su forma de ser, si le volviera a ocurrir lo mismo, su actuación sería indudablemente la misma.

La llegada de María, con una taza humeante en la mano, vino a interrumpir sus pensamientos. Ella se sentó en el borde de la cama, junto a él, y le sonrió. ¡Qué bonita era! Pablo sintió ganas de incorporarse y estrecharla entre sus brazos pero, en vez de hacerlo así, se limitó a observar:

—Mary. ¿No estará demasiado caliente?

Ella negó con la cabeza y, poniéndole una mano en la nuca, le alzó la suya de la

almohada, para darle el caldo. Empezó a beber, despacio al principio, y luego a grandes sorbos con cierta ansiedad. El líquido caliente le reconfortó de modo indecible. Casi le hacía sentirse otro hombre.

Aún no había terminado de tomar el contenido de la taza, cuando sonó el timbre de la calle: tres timbrazos cortos en rápida sucesión.

—Es tía Margarita —dijo María—, no te preocupes. Quedamos en que llamaría de esa manera al volver.

Pablo, aliviado del sobresalto momentáneo, emitió un gruñido. No tenía muchas ganas de charla y, por lo que recordaba de tía Margarita, ésta siempre hablaba hasta por los codos.

—Por favor, Mary. A ver si puedes convencerla de que me encuentro muy mal, y no estoy ahora como para contestar a muchas preguntas —dijo, haciéndole al propio tiempo un guiño de complicidad.

—No te preocupes. No dejaré que te dé la lata —y, con estas palabras, salió del cuarto para abrir la puerta.

Al entrar tía Margarita, Vázquez quedó asombrado ante el cambio que había experimentado en los nueve meses que había dejado de verla. Estaba pálida, delgadísima, y parecía que le habían echado encima diez años por lo menos; pero no se trataba sólo de eso. Se la veía agotada, vencida, en una palabra acabada...

Entonces admiró aún más el temple de María, que había padecido tanto o más que ella durante ese tiempo, sin desfallecer. Claro que María tenía a su favor la diferencia de edad; pero, de todos modos, hubiera sido difícil portarse de modo más valeroso que ella lo había hecho.

—¿Qué hay, tía Margarita? ¿Cómo van esos ánimos? —le preguntó tratando de dar a su voz una entonación alegre y jovial.

—Ya ves, Pablo, no muy bien.

—¡Bah! Aprensiones. Usted siempre será la misma. Míreme a mí. Yo sí que me podría quejar.

—No, si ya te vi esta madrugada. No sé ni cómo pueden quedarte ganas de bromear...

Vázquez, adivinando el temporal de preguntas que se le venía encima, decidió capearlo preguntando a su vez:

—Bueno, ¿qué es lo que se dice por ahí?

Esto pareció agrandar a tía Margarita la cual, por lo visto, venía rebotante de noticias.

—¡Huy! ¡Se empieza y no se para! Por lo visto, los nacionales han intentado hacer un desembarco con submarinos, y los han rechazado, hundiendo a uno de ellos. Según cuentan, una de las playas de por aquí cerca ha amanecido esta mañana llena de cadáveres. Está acordonada y no dejan acercarse a nadie por allí.

Pablo sonrió ante esta versión extravagante de los hechos. Bien, esto era lo que habían hecho creer al pueblo; pero ¿qué pensaría, realmente, de todo ello el mando republicano? ¿Habría sospechado algo de la verdad? Si así era, el peligro era mucho mayor. Sin embargo, el hecho de que la zona estuviese acordonada, sin dejar a nadie entrar ni salir de ella, le tranquilizaba hasta cierto punto. Era señal de que, si andaban buscando a alguien, creían que aún se encontraba oculto por allí.

—¿No habla la gente de registros en las casas? —preguntó con manifiesta seguridad.

—No. No he oído nada de eso.

Bueno, esto al menos era una buena señal.

María, viendo que Pablo ya no preguntaba nada más, decidió tomar cartas en el asunto.

—Bien, tía, ahora vete a acostar, que estarás muy cansada. En cuanto termine con nuestro enfermo te prepararé la cena y te la llevaré a la cama.

La buena señora no estaba dispuesta a dejarse alejar tan fácilmente; pero María la sacó, casi a empujones, de la habitación.

—Está bien, hija. Ya me voy... Adiós, Pablo, hasta mañana y... que te mejores —dijo a regañadientes.

—Esto está ya casi frío —observó María al volver, cogiendo la taza—. ¿Quieres que te lo caliente un poco?

Pablo negó con la cabeza y, al hacerlo, su cabeza pareció proseguir viaje y la nuca le comenzó a doler de nuevo. Se sentía cansado y le invadía una especie de sopor...

María notó que algo no iba bien.

—¿Qué te ocurre, Pablo? ¿Te duele algo? ¿Qué es?

—No sé, Mary. Tengo como sueño. Cuando acabe de tomarme eso, creo que me voy a dormir.

—¿No quieres nada más? Antes dijiste que tenías hambre.

—No, gracias. Se me ha pasado ya.

Tomó el resto del caldo sin ganas, tan sólo porque sabía que le convenía alimentarse; pero no le hubiese sido posible pasar nada más. Al terminar de dárselo, María le colocó la cabeza suavemente sobre la almohada y, dejando la taza sobre la mesilla de noche, le puso una mano en la frente.

Pablo dio un suspiro de satisfacción. El contacto de la mano de María, fresca y suave, sobre su frente ardiente le producía un bienestar indecible... Le agradaba que no le preguntase nada, que no le hablase y le dejase descansar... Verdaderamente, parecía adivinar siempre lo que deseaba que hiciera... ¡Qué buena y que valiente era! ¡Cómo le quería! ¡Qué bien se encontraba él a su lado! Sabía cuándo tenía que hablar y cuándo callar. No le mareaba como la tía Margarita.

¡Qué versiones más absurdas circulaban sobre lo de anoche! Un desembarco en

submarinos... ¿Hasta que punto podría creer eso el Estado Mayor enemigo?... Un submarino hundido... No era posible. Él había visto, perfectamente, que el submarino no fue tocado. Aquello era pura propaganda. No habían aparecido manchas de gas-oil ni aceite en la superficie... Lo había visto todo perfectamente bajo la luz de los proyectores... ¡Cómo había corrido luego para alejarse de allí!... ¡Qué cansado estaba!... Sí, cansado... muy cansado...

Su respiración fue haciéndose cada vez más lenta, pausada y profunda. Sus párpados pesaban como si de ellos colgara una pesa de plomo.

María, sentada en el borde de la cama, lo miraba como una madre que vela a su hijo enfermo. En aquel momento, el cariño que sentía por él tenía mucho de maternal.

Cuando le vio completamente dormido se inclinó sobre él y le dio un leve beso en la frente. Luego se levantó muy despacito, para no mover la cama, y salió del cuarto andando de puntillas.



Tres semanas más tarde Pablo podía ya andar por la casa y, en pleno período de convalecencia, recuperaba fuerzas velozmente. Su curación había sido más bien lenta al principio, falto de los oportunos y necesarios cuidados médicos que le hubiesen llevado a una pronta mejoría, y de una alimentación adecuada; pero su robusta constitución, unida a las atenciones recibidas, le habían permitido salvar la crisis rápidamente a pesar de ello.

María había tenido una participación no pequeña en su pronto restablecimiento. Durante los primeros días puede decirse que no se había apartado un momento de su lado, e incluso pasó algunas noches durmiendo junto a su cama en una butaca, para observarle hasta la respiración. Le había cambiado los vendajes y desinfectado las heridas sin desfallecer un solo momento, a pesar del terrible aspecto que para una persona inexperta, presentaba en los primeros días el desgarrón abierto por la metralla en el costado.

A la semana de haber llegado Pablo allí, María, por indicación suya, fue a ver a Soto, contándole lo ocurrido; pero éste dijo que, mientras Vázquez no estuviera completamente bien, lo mejor para todos era que permaneciese donde estaba. Todo el mundo hacía cábalas sobre la misteriosa desaparición de Ernesto Piñero la misma noche en que se había producido «el intento de desembarco faccioso».

Gracias a Dios, Pablo tenía dinero en abundancia, y con él podían ir viviendo los tres con relativo desahogo, si bien no se permitían lujo alguno, con objeto de no despertar sospechas sobre la procedencia del dinero.

En los primeros días, María no quiso moverse del lado del herido, y tía Margarita había tenido que salir a hacer la compra. La pobre señora no se encontraba nada bien de salud, y los paseos que se daba la dejaban bastante agotada.

En cuanto a Pablo, por primera vez en su vida, no estaba demasiado seguro de lo que quería. Para él, aquellos días pasados junto a María habían sido maravillosos, es decir, lo habrían sido de no existir el pensamiento de que su presencia en aquella casa la ponía constantemente en grave peligro. Una cosa era arriesgar su propia vida — bien mirado, su profesión era ésa— y otra completamente distinta poner en peligro la de ella.

Pero, cuando la tenía a su lado mirándole y hablándole, se olvidaba de todo esto, y no habría renunciado a aquellos instantes por nada del mundo. En aquellas tres semanas, habían llegado a compenetrarse de modo verdaderamente notable. Mucho más de lo que hubiera sido posible durante meses, o tal vez años, de un noviazgo normal.

Sin embargo, cuando se quedaba solo y, sobre todo, por las noches, le asaltaban grandes dudas, temores y remordimientos: ¿tenía derecho a estar arriesgando así la vida de María? En aquellos otros momentos habría dado cualquier cosa por poder marcharse de allí en el acto... a pesar de saber cuánto la iba a echar de menos cuando así lo hiciera.

Todo se presentaba ahora bajo una perspectiva bien distinta. Aislado e incomunicado como había quedado en territorio enemigo, evidentemente tenía que procurar volver a la zona nacional cuanto antes, pues ya no podía seguir desempeñando su misión en Cartagena. Estaba decidido a llevarse a María, pero no se lo había dicho aún, pues no tenía ni la más remota idea de cómo iba a hacer para escapar, y no quería que ella se diese cuenta de lo mucho que complicaba esto sus planes.

Por tía Margarita no había que preocuparse, pues podía quedarse con una hermana suya, casada, que vivía también en Cartagena. No la dejaban sola ni desamparada al huir.

* * *

Cuando hacía cerca de un mes de su entrada en la casa, decidió marcharse. Ya se encontraba casi completamente repuesto, y no quería permanecer allí ni un día más. Se iría aquella misma noche. Había dejado de afeitarse dos semanas antes, ya no tenía la pieza alrededor de la encía superior —la había perdido la misma noche en que fue herido, sin saber cómo ni en qué momento— y no se había depilado las cejas durante el último mes.

Con estas alteraciones y una cojera fingida, esperaba no ser reconocido. El traje que llevaba puesto al llegar había sido quemado y María le había arreglado uno viejo de su padre. Tenía documentos de identidad a nombre de un tal José Pérez, natural de San Fernando, y un certificado de inutilidad física por parálisis parcial de la pierna derecha.

Antes de irse decidió hablar con María de su marcha y de la fuga de ambos. Tal vez pudieran escapar en un bote, de noche, y llegar al Marruecos Francés. La empresa era algo arriesgada; pero, ¿por qué no podía resultar exitosa? Habría de hacerse con tiempo nuboso o neblinoso para no ser vistos, al amanecer, por la aviación de reconocimiento costero enemiga.

De momento, no se le ocurría otro medio mejor para pasarse a la zona nacional. Confiaba en sus conocimientos de navegación para llegar hasta la costa marroquí y, eventualmente hasta Orán; pero, como hombre de mar que era, no se le ocultaban los peligros y dificultades de semejante plan. Una navegación de tal envergadura, en un bote abierto, no era cosa para tomársela a la ligera, ni mucho menos.

Aprovechando que tía Margarita se hallaba durmiendo la siesta, llamó a María y se sentó con ella en el sofá de la sala.

—Mary, cariño, esta madrugada tengo que irme ya —pero al ver la expresión de alarma que apareció en el rostro de ella, continuó—. No, no me voy de Cartagena. He querido decir, únicamente, que tengo que marcharme de tu casa. Ya no puedo seguir más tiempo aquí.

—No, por favor. No trates de convencerme —continuó al notar un ademán de María—. Lo he decidido ya y no me volveré atrás.

Ella permaneció en silencio.

—En cuanto podamos nos escaparemos los dos de aquí, Mary. No me marcharé sin ti, te lo prometo —pareció que ella se animó algo más al oír esto último, y entonces prosiguió—. Ahora voy a contarte por qué estoy aquí. Con mi permanencia en tu casa te he comprometido tanto que ya no tiene ninguna importancia el que lo sepas todo.

Y procedió a explicarle, detalladamente, cuanto le había ocurrido desde que se separó de ella para ir a Madrid: su actuación en Barcelona al estallar el conflicto armado, su huida disfrazado de miliciano, su presentación al Gobierno catalán, sus aventuras y desventuras en el «C-10», con el combate final y el consejo de guerra a que se vio sometido luego, el resultado de éste y su ofrecimiento al jefe de Estado Mayor de San Fernando, con las inesperadas consecuencias que ello trajo.

María le escuchaba pendiente de sus labios, con los ojos brillantes, como si el alma se le fuera a escapar por ellos. De vez en cuando le hacía alguna pregunta y, al concluir su narración, con el combate contra la patrulla de vigilancia de costas la noche en que había llegado hasta allí, María se le abrazó estrechamente apoyando la cabeza sobre su pecho.

Pablo le acarició el cabello y trató de levantarle la barbilla para verle bien la cara, pero ella oponía cierta resistencia y entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué lloras?

—No lo sé, Pablo —respondió abrazándolo más estrechamente—. Estoy confusa. Te quiero tanto y me siento tan orgullosa de ti... Pero también pienso en lo mucho que te has arriesgado, y te estás arriesgando ahora. Si algo malo llegara a ocurrirte no sé lo que haría. Creo que no podría soportarlo, después de todo lo que ya he pasado... Por favor, Pablo, ten mucho cuidado. Hazlo por mí. Si supieras cómo te necesito...

Él le dio unas palmaditas en la espalda, acariciándole el largo y sedoso pelo.

Luego le levantó la barbilla y comenzó a besarla suavemente en los ojos y las mejillas, hasta que ella le sonrió y dejó de llorar.

—Vaya, así me gusta. Tienes que ser valiente, cariño, como lo has sido hasta ahora. Ya no me alejaré más de ti, aunque hoy deba marcharme de tu casa. Muy pronto nos escaparemos los dos juntos. Ten confianza en mí.

—Pablo, si aparte de Dios tú eres mi única esperanza... ¿Cómo no voy a confiar en ti?... Pero lo veo todo tan difícil... tan negro... Dime, ¿cómo esperas ingeniártelas?

—Nos escaparemos en un bote hasta el Marruecos Francés. Debe de haber algo así como unas cien millas de distancia. Será un poco más que cuando salíamos a pasear en balandro el verano pasado...

—¿Cien millas? ¿No será eso demasiado, Pablo? ¿Cuánto tiempo tardaremos en recorrerlas en un bote?

—No lo sé, Mary, depende sobre todo del viento. Con un poco de suerte podremos hacerlo en unos dos días... El inconveniente de este plan —añadió sonriendo— es que no tendremos más remedio que casarnos en cuanto lleguemos a tierra.

María enrojeció hasta la raíz del cabello y, alzando el rostro, le besó en la mejilla.

—Es un plan maravilloso, Pablo —le susurró al oído.

La sonrisa de él se acentuó.

—Bueno, te confesaré que pensaba casarme contigo cuanto antes, aunque no nos fugásemos de aquí...

—Oye, Mary —dijo luego volviendo a ponerse serio—, ¿no me dijiste una vez que tenías en casa un viejo sextante de tu padre? Por casualidad, ¿lo conservas aún?

—Sí, ¿quieres que lo traiga ahora?

—No, ahora no, ya lo veré luego. No es que sea imprescindible para el viaje, pero estaré mucho más tranquilo si nos lo podemos llevar.

María se dio cuenta de que Pablo se mostraba optimista para animarla; pero, sintió una gran alegría al pensar en su próxima evasión. Aquel plan de escapar en un bote no parecía ser, en realidad, tan difícil... Pero ¿qué ocurriría si los sorprendía un temporal en alta mar? Mas no debía pensar en tales cosas, Pablo le había dicho que tuviera confianza en él, y la tendría, por supuesto.

—¿Qué piensas, cariño? —le preguntó Pablo.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada; haz que nos fuguemos lo antes posible. No quiero permanecer aquí ni un día más de lo necesario... —y sonriendo pícaramente, añadió— aunque luego tenga que casarme contigo.

La llegada de tía Margarita, que se había levantado después de dormir su siesta, vino a interrumpir el coloquio. Aunque la buena señora sentía gran afecto por

Vázquez y le estaba muy agradecida por la ayuda económica que les prestaba, no podía disimular la violencia que le producía su presencia en aquella casa, con ellas dos solas, y desde que Pablo había entrado en franca mejoría, procuraba no dejar a María sola en la casa con él.

No quería decir esto que ella dudase de ninguno de los dos. Tan sólo era que tía Margarita pertenecía a otra época, estaba chapada a la antigua y para ella había ciertas cosas «*que no estaban bien*», que se excedían del marco de la educación recibida y precisamente una de ellas era dejar a dos novios solos en una casa, aun en aquellas circunstancias tan excepcionales.

La cena de aquella noche fue triste. María hizo verdaderos esfuerzos por disimular su estado de ánimo a Pablo; pero no lo consiguió. Durante los días pasados se había acostumbrado de tal forma a su presencia en la casa que ya ésta no podría parecerle la misma después de su marcha.

Después de cenar, tía Margarita se fue a la cama casi inmediatamente; pero María y Pablo permanecieron todavía largo rato en la sala antes de retirarse a descansar. Sabían que aquella iba a ser la última oportunidad que tendrían para estar juntos hasta transcurrido algún tiempo, y ninguno de los dos se decidía a decir adiós.

Vázquez, como siempre que se acostaba con la preocupación de despertarse a una hora extraordinaria, no durmió demasiado bien aquella noche. En cuanto a María, no fue capaz de conciliar el sueño.

Cuando, sobre las cinco y media de la madrugada, le oyó levantarse, vestirse y disponerse a marchar, se puso una bata y zapatillas y salió apresuradamente de su habitación al pasillo, tropezando con Pablo que se dirigía, en aquel preciso instante, a la escalera.

María se arrojó en sus brazos y le dio un largo beso. Era aquella la primera vez que le besaba así, con completo abandono, entregándose totalmente a él... Luego ambos bajaron la escalera y, una vez ante la puerta de la calle, Pablo apagó la luz.

Abrió la puerta un poco, con lentitud, y escuchó. Nada se oía. Sacando la cabeza fuera, miró en ambas direcciones. No se veía ni un alma.

Con un último y rápido beso se despidió de María, salió prestamente a la calle y cerró la puerta tras de sí.



Las calles se encontraban desiertas a aquella hora tan temprana y Pablo, ante todo, se alejó rápidamente de casa de María, dedicándose a vagar al azar en espera de que abriesen los bares o tabernas. Por dos veces se cruzó con otros transeúntes, adoptando entonces un paso algo más rápido, propio de quién va a alguna parte.

Llegó la hora del amanecer; los portales se iban abriendo uno tras otro y empezó a circular más gente por las calles. Confundiéndose con ella continuó marchando de aquí para allá; pero comenzaba a sentirse cansado. Había quedado muy débil, y era aquel el primer día que caminaba desde que resultó herido, casi un mes antes.

Por fin, cuando comenzaba a creer que ya no sería capaz de dar un paso más, llegó la hora de apertura de los bares. Entró en el primero que encontró abierto y, sentándose a una mesa, pidió un café con leche. No quería acercarse a ver a Soto hasta más tarde, cuando la taberna se encontrara más solitaria; le parecía más prudente que aparecer por allí a primera hora.

Después de descansar un rato salió, se compró un periódico y se metió en otro bar, donde esperó hasta las diez de la mañana, a cuya hora encaminó sus pasos hacia «La Marina».

Al llegar halló el local casi desierto, como solía estarlo a aquellas horas y como había supuesto. El dueño se mantenía charlando con un parroquiano tras el mostrador, al cual se acercó Pablo pidiendo un vaso de vino. Soto se lo sirvió casi sin mirarle y volvió inmediatamente a su coloquio.

Cuando el que estaba charlando con él se hubo marchado, Vázquez preguntó cuanto debía y, al acercarse para cobrar, le dijo en voz baja:

—¿Qué, no me conoce usted?

Soto le contempló sorprendido al principio; pero, un momento después, lo reconoció con manifiesto sobresalto. Miró hacia todos los lados y, al darse cuenta de que nadie había reparado en ellos, contestó:

—Caramba, qué sorpresa... No me había fijado en usted. Creo que no le habría reconocido si no me hubiese dicho nada. ¿Se encuentra ya bien del todo?

—Sí, tal vez un poco débil aún —le contestó, y añadió—. Tengo que hablar,

cuanto antes, con usted.

Soto miró de nuevo en torno suyo.

—Si puede esperar, lo mejor será que vuelva a la hora de comer. Entonces podremos pasar a un reservado sin llamar la atención y allí charlaremos con toda tranquilidad.

Tres horas más tarde los dos hombres se encontraron frente a frente, con una botella de vino entre ambos, y fueron hablando mientras Pablo comía. Si había abrigado alguna esperanza acerca de la ayuda que Soto pudiera prestarle, hubo de desengañarse por completo.

El dueño de la taberna no tenía medios de comunicarse regularmente con la zona nacional. Su misión únicamente consistía en prestar toda la ayuda posible a otros agentes y coordinar ciertas actividades; pero en aquellas circunstancias, poco, o nada, era todo cuanto podía hacer.

—En cualquier caso —dijo— habremos de esperar a que manden de allá algún otro para sustituirle. No hay duda que, después de lo ocurrido, le deben de creer «liquidado» y enviarán a alguien en su lugar. Sus informaciones les han sido muy útiles para que ahora se decidan a prescindir de ellas... Sí, lo mejor y más prudente será aguardar a que algo suceda.

A Pablo, como hombre de acción que era, la idea de esperar cruzado de brazos no le seducía lo más mínimo; pero hubo de resignarse, en vista de que no se le ocurría nada mejor que hacer. Mientras tanto, se dijo, siempre podría ir preparando su evasión con María en un bote, como había pensado.

—Por otra parte —continuó diciendo Soto—, de momento no corre usted grave peligro. Tiene documentos de identidad y, si procura pasar desapercibido, probablemente, nadie reparará en usted.

Vázquez le comunicó entonces su propósito de escaparse al Marruecos Francés en un bote, pero Soto se mostró algo escéptico hacia el proyecto. No creía que le fuera posible encontrar un bote en buenas condiciones y además, le dijo, dejando aparte los peligros naturales de una navegación de tal índole, si la aviación de reconocimiento roja lo avistaba en la mar, estaba perdido sin remedio. Ametrillarían el bote hasta echarlo a pique. La cosa había ocurrido ya varias veces con anterioridad.

Soto le aconsejó que tratara de buscar un empleo adecuado, pues era mucho más fácil pasar desapercibido si trabajaba en cualquier sitio, y prometió ayudarle a buscar colocación. También le dio una dirección donde podría alojarse convenientemente.

—Otra cosa —añadió—. Ahora no es prudente que venga por aquí todas las noches, como hacía antes. A esa hora hay mucha gente que le conocía, y alguien podría reconocerle. En realidad, creo que lo mejor sería que dejara de venir regularmente. Venga a verme dentro de una semana, más o menos a la misma hora que hoy, por si tengo algo nuevo que comunicarle. Si ocurre algo importante antes, ya

procuraré ponerme en contacto con usted.

Vázquez salió del establecimiento cabizbajo y desilusionado. Trató de animarse diciéndose que, en realidad, las cosas no estaban ni mejor ni peor que cuando entró en el local. Analizando sus pensamientos más a fondo, se dio perfecta cuenta de que una de las razones principales de su mal humor era el escepticismo de Soto hacía su plan de evasión... en el que él mismo, para ser sinceros, no tenía demasiada confianza.

Sí, tal vez fuese una locura exponer a María a los riesgos que entrañaba un plan semejante.

* * *

Diez días más tarde encontró trabajo en un pequeño taller de fundición. Conocía el oficio ya que, desde muy pequeño, le había gustado ir por el taller de su padre siempre que podía y, ya de mayor, había trabajado algunas veces en él por gusto durante sus vacaciones del colegio y, a la vez, se había ganado un pequeño sueldo.

Estaba alojado en casa de una viuda, doña Pepita: una señora con casi sesenta años que se teñía el pelo de rubio, tenía un genio endiablado, y cuyo único afecto se concentraba en «Clavel», un enorme gatazo negro, tan egoísta y de tan mal carácter como su dueña. Pablo y «Clavel» se odiaban cordialmente desde el primer día que se vieron.

La vida de Vázquez transcurría en medio de una enervante monotonía. Al finalizar la jornada laboral solía regresar inmediatamente a casa, no atreviéndose a volver por los lugares que había frecuentado antes con su anterior identidad. Su carácter había sido siempre muy igual; pero ahora, después de cuanto le había ocurrido, sin válvula de escape posible, encerrado mucho tiempo en casa con su poco simpática casera y su animal de compañía, y con la espada de Damocles pendiente siempre sobre su cabeza, notaba que se estaba tornando neurasténico e irritable. Más de una vez se sorprendió a sí mismo contemplando a «Clavel» con intenciones claramente asesinas.

Sus relaciones normales con doña Pepita —ella seguía aferrada a aquel diminutivo, que tal vez le recordaba épocas algo más felices— podrían definirse como una especie de paz armada; pero discutían y se peleaban por el menor pretexto, a pesar de que él nunca había sido amigo de riñas ni discusiones.

Si esto sigue así, pensaba Pablo, doña Pepita, «Clavel» o incluso yo saldremos un día u otro por la ventana. La casa era demasiado pequeña para albergar a los tres con sus respectivos genios.

No se había atrevido a ver a María desde que salió de su casa, y esto no contribuía, en absoluto, a aumentar su buen humor. El estar tan cerca, pero tan lejos a la vez, y no poder verla era una especie de refinamiento del suplicio de Tántalo.

Durante las cuatro semanas que había pasado en su casa, se había acostumbrado de tal modo a su presencia que no podía soportar verse solo, sin tenerla a su lado. La echaba de menos terriblemente y pasaba todo el día pensando en ella.

¡Si al menos tuviera algo en que ocupar su mente! Pero su vida se reducía, de unos días para acá, en un ir y venir del taller a casa de doña Pepita y esperar, esperar algo que parecía no iba a llegar nunca: la oportunidad de fugarse con María de la zona republicana.

Por tener algo que hacer, se dedicó a buscar un bote viejo con miras a su evasión al Marruecos Francés. No le servía uno que quedase habitualmente dentro del puerto, pues de noche sería difícil salir de él. Tampoco tenía decidido aún si sería más conveniente comprar el bote o robarlo en el momento de huir. Ambos planes contaban con ventajas e inconvenientes y, por tanto, debería analizarlos en consecuencia.

Y así fue como un atardecer, mientras rondaba por la costa fuera del puerto, divisó a un destructor que se aproximaba. ¿Un destructor? ¿Cuál de ellos sería? No sabía de ninguno que hubiese salido a la mar.

Al aproximarse más el barco pudo darse cuenta que no se trataba de un destructor de la armada republicana. Los barcos de este tipo, de casi todas las naciones del mundo, tienen una silueta muy similar; pero ciertos detalles eran inequívocos para su experimentada vista de marino.

Unos minutos más tarde distinguía claramente las letras H-35 pintadas de blanco en las amuras del buque y, al pasar éste a su altura, pudo ver con total claridad el nombre «*Attack*», escrito en la popa con letras de metal que relucían a los últimos rayos del sol poniente.

¡Un destructor inglés!... ¿Podría ser aquella la oportunidad que tanto había esperado? Pero inmediatamente recordó la desilusión sufrida en Barcelona durante los primeros días del Alzamiento, cuando había proyectado fugarse en uno de los barcos de guerra extranjeros que habían llegado a la ciudad... Más valía no concebir demasiadas esperanzas... Además, la participación de María complicaba enormemente todos sus planes de evasión.

Sin embargo, había que reconocer que la llegada del «*Attack*» le abría nuevos horizontes. Era una posibilidad más, que no había de caer en saco roto sin someterla antes a una concienzuda revisión, examinándola desde todos los puntos de vista posibles.

Y, mientras más vueltas le daba al asunto, durante su regreso a la ciudad, más se convencía de que la llegada de aquel barco era una oportunidad llovida del cielo. Tenía que llegar a él aunque fuese a nado... Y, al presentarse esta idea en su mente, se detuvo en seco en su camino frunciendo el ceño. ¡A nado! ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? María era una excelente nadadora, y la estrecha entrada del puerto de

Cartagena se prestaba a las mil maravillas para esperar al destructor cuando saliera y atraer su atención para que los recogiera a bordo.

Quedaban infinidad de detalles por resolver, siendo el primero y principal enterarse, como fuera, de la fecha y hora de salida del destructor británico de Cartagena. Si era de día, Dios no lo quisiera, no habría nada que hacer; pero si el barco se hacía a la mar de noche intentarían, por todos los medios, no perder la oportunidad.

Por lo pronto, tenía que ponerse en contacto con María para comunicarle esta nueva posibilidad. Aquella noche, después de las doce salió de su domicilio y encaminó sus pasos hacia la calle en que ella vivía. Al pasar por delante de su casa, después de comprobar que no había nadie a la vista, deslizó por debajo de la puerta un papel que decía lacónicamente:

Mary:

Te espero mañana a las seis junto a la estación. No dejes de venir, pues se trata de algo de suma importancia para nosotros.

P.



Al día siguiente, a la hora convenida, Pablo se encontraba en el paseo mirando de frente a la estación, en el mismo lugar en que se había citado con María la primera tarde después de su vuelta a Cartagena. Casi inmediatamente la vio llegar, adivinando que se esforzaba en reprimir su impaciencia y andar despacio, pero al verle no pudo contenerse ya más y apretó el paso, de forma que llegó a su lado casi corriendo y jadeante, echándose en sus brazos.

—Pablo, Pablo, ¡cuánto tiempo hace que no te veo! —se quejó—. Empezaba a temer que te hubiese ocurrido algo. ¡Si vieras como te he echado de menos todos estos días!

—También yo, Mary. Dime, ¿cómo van las cosas?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Bien. Es decir, todo lo bien que pueden ir las cosas ahora. Nada malo ha ocurrido... —luego preguntó— ¿Por qué me has citado aquí? ¿Qué es lo que ocurre? La nota que me dejaste anoche decía que se trataba de algo muy importante.

—Así es, Mary. Por eso te he llamado. Necesito hablar contigo. Vamos a sentarnos en este banco —ella escuchaba, pendiente de sus labios. Una vez estuvieron sentados, prosiguió—. Ayer, al anoecer, entró en el puerto un destructor inglés. Según dice el periódico de esta mañana, y confirman los rumores que he oído por aquí, permanecerá en Cartagena por lo menos cuatro o cinco días. He pensado que debíamos tratar de escaparnos en él.

Al oír la palabra «*escaparnos*», la cara de María se iluminó.

—Sí, Pablo, vámonos de aquí. Ya no puedo soportarlo más. Cada instante que paso alejada de ti lo paso fatal. ¡Si supieras lo que he pasado estos días, sabiendo el riesgo que corres, pensando que puedes ser encarcelado y fusilado en cualquier momento!... Desde que te fuiste de casa no puedo vivir tranquila. Antes no sabía lo que estabas haciendo aquí y, aunque me figuraba algo de esto, la realidad es mucho peor de lo que yo creía, y me asusto más ahora que sé con certeza lo mucho que te arriesgas.

Pablo renegó de sí mismo por haberle contado todo a María. Verdaderamente había sido un idiota. ¿Cómo no se le habría ocurrido pensar en esta consecuencia tan

lógica?

Ella le preguntó seguidamente:

—¿Cómo piensas que huyamos en ese barco?

—No tengo nada seguro, por ahora. Trataré de hablar con alguno de los oficiales, de los marineros no me fío, y le diré que soy un teniente de navío español que quiere escapar de la zona republicana. Mi idea es enterarme de la hora de salida del barco, nosotros nos echaremos a nadar por la parte de fuera del puerto y les haremos señales. Entonces, cuando nos vean, detendrán el destructor y subiremos a bordo.

—El único inconveniente de este plan —prosiguió— es que en esta temporada del año el agua estará algo más fría que en verano. Como bien sabes, siempre que me hallaba embarcado me bañaba, cualquiera que fuese la época del año; pero ¿tú crees que podrás soportar el frío? La distancia que habremos de nadar no es demasiado grande, pero también hay que tener en cuenta que estarás completamente desentrenada...

María le interrumpió.

—Pablo, estoy segura de poder hacerlo, con tu ayuda. Por favor, no dejes escapar esta oportunidad. ¿Quién sabe cuándo volverá a presentarse otra semejante? Ya sabes que soy muy buena nadadora y, además, te he oído decir muchas veces que en el Mediterráneo el agua nunca está lo que se dice verdaderamente fría, ni tan siquiera en enero y, ahora, nos encontramos casi en abril.

Él le sonrió.

—Está bien, nena, me alegro de verte tan resuelta. A lo mejor, no tenemos que recurrir a la natación. Tal vez, si logro ponerme en contacto con algún oficial del «*Attack*», podrá indicarme un medio de introducirnos a bordo burlando a la guardia del puerto... Pero, por si acaso, vete preparándolo todo. No le digas una palabra a tía Margarita, pues, por temor, podría echarlo todo a perder —María asintió con la cabeza, y él prosiguió—. Me parece recordar que este verano tenías un flotador hecho con un neumático. ¿Lo conservas todavía?

—Sí, debe andar por casa, en alguna parte.

—Bien. Búscalos, y también tu traje de baño. Necesitaremos el flotador para esperar al destructor en la canal de entrada al puerto. Será mejor si tenemos algo en que apoyarnos, una vez lleguemos nadando al sitio por donde ha de pasar.

Anocheecía. Siguieron hablando aún largo rato. Luego se levantaron y emprendieron la marcha lentamente hacia la ciudad. Antes de separarse, Pablo le dijo:

—Pasado mañana te veré de nuevo aquí, a la misma hora. Si ocurriera algo que hiciese preciso vernos antes, te avisaré de cualquier forma.

Llegaban ya cerca de la casa de María. Vázquez se detuvo y tomó sus manos entre las suyas.

—Adiós, Mary, cariño. Hasta pasado mañana, a las seis.

—Hasta pasado mañana, Pablo. Cuídate mucho.

Él le oprimió las manos un momento antes de soltárselas, y ella le volvió la espalda, echando a andar rápidamente en dirección a su casa.

* * *

Al día siguiente Vázquez, en el intervalo de descanso de su trabajo, a mediodía, estuvo rondando el puerto por los alrededores del lugar en que se encontraba atracado el «*Attack*». Al igual que en Barcelona, hubo de convencerse de que era prácticamente imposible subir a bordo del destructor sin estar debidamente autorizado. Si alguna ilusión se había hecho en este sentido, hubo de renunciar a ella desde ese preciso momento.

Cuando salió del taller por la tarde, aprovechándose de que los comercios continuaban aún abiertos, compró una linterna de bolsillo y un par de velas de cera. Formaban parte de los pertrechos necesarios para el plan que en su mente se forjaba.

Luego se dedicó a recorrer los cafés del centro, tratando de dar con algún oficial del buque inglés sin atraer la atención; pero fue en vano. En cuanto a subir a bordo del destructor, no había que pensar en ello... ni, además, le hubiera resuelto nada. Estaba totalmente decidido a escapar con María o, de lo contrario, a no hacerlo.

Por la tarde, durante su cita con ella, le dijo que no había ninguna novedad. Convino en avisarla, cuando se enterase con certeza de la fecha y hora de la partida del destructor, dejándole una nota en su casa. Ella, para hacer ver que la había recibido, pondría como señal una funda de almohada en la ventana de su cuarto.

Cuando María se dispusiese a abandonar la casa, debía dejar una nota a su tía Margarita, explicándole todo y diciéndole que, a la mañana siguiente —cuando ellos estuviesen lejos de allí— fuera a la policía a dar cuenta de la desaparición de su sobrina. Así evitaría que recayeran sospechas sobre ella, si la fuga se llegaba a descubrir.

También quedó concertado el lugar en que se habían de encontrar el día de su escapada. Estaba situado en las afueras de la ciudad; pero por la parte del mar. Era un paraje apenas frecuentado en aquella época del año; y desde él se dirigirían juntos al lugar en que iban a echarse al agua.

Después de despedirse, volvió a vagar por los bares y tabernas más frecuentados por la marinería inglesa tratando de escuchar algo que le fuera útil. Recorrió dos tugurios sin obtener nada que le hiciera ver la luz. Comenzaba a impacientarse. El tiempo se le escapaba de las manos y el destructor inglés no tardaría en zarpar. Decidió darse otra oportunidad. Entró en otro bar que había desestimado anteriormente al encontrarlo semivacio; en esta ocasión, algo más avanzada la noche,

había bastante jaleo. Se situó en la barra cercano a un grupo de marineros ingleses. Pidió un vino y miró ansiosamente el reloj que parecía correr. Suspiró temiéndose lo peor y, en ese instante, su trabajo dio el fruto apetecido porque oyó, en medio del barullo general, a varios de ellos comentar, sin ningún género de dudas, que el destructor se haría a la mar al día siguiente, a las diez de la noche. Así pues, la cuenta atrás se había iniciado.

Antes de retirarse a dormir, pasó ante la casa de María, echando por debajo de la puerta una nota, cuyo texto era el siguiente:

Mary:

Mañana es el día. Te espero a las seis de la tarde en el sitio convenido. No olvides dejar una nota a la tía Margarita.

Hasta entonces.

P.

Al mediodía siguiente fue a hablar con Soto, al cual puso al corriente de sus planes y pidió le comunicase cualquier información de última hora que pudiera ser de utilidad para la causa nacional.

Soto le dio algunos informes de relativa importancia, que Vázquez hubo de retener en la memoria pues, dado el medio de fuga que había elegido, no le iba a ser posible llevar nada de esa índole por escrito.

Ambos hombres se despidieron con un fuerte apretón de manos, al tiempo que cada uno de ellos se preguntaba interiormente si se volvería a encontrar con el otro en este mundo.



Pablo y María se encontraron en el sitio convenido y a la hora prevista. Ella le comentó que la búsqueda del flotador había resultado infructuosa, lo cuál inquietó bastante a Pablo aunque, de cara al exterior, le restó importancia.

Portaba María una cesta con comida y ambos iban vestidos como si fueran a pasar el día de excursión; llevaban puestos los bañadores por debajo de la ropa. Anduvieron en silencio, cogidos del brazo, y María se apretaba contra Pablo, como buscando seguridad y protección.

Durante el camino, le hizo él un breve resumen de la situación. No había podido ponerse en contacto con ningún oficial del destructor británico, por lo cual el plan resultaba bastante más arriesgado de lo que habían calculado en un principio, pues existía el peligro de que en el «*Attack*» no los llegaran a ver y pasara de largo sin recogerlos.

Continuaron caminando un rato sin decirse nada, y al cabo de un momento volvió a hablar él, para preguntar:

—¿Has pensado bien a lo que te expones? Todavía estamos a tiempo de volvernos atrás.

María quedó parada frente a él, y le miró a la cara con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es que ya no piensas llevarme contigo, Pablo? Tú sabes que yo no quiero separarme ya más de ti. Nunca más. No le tengo miedo a nada —dijo recalcando esta última palabra—, mientras esté a tu lado.

Pablo sintió un nudo en la garganta y la abrazó estrechamente.

—No es eso, cariño, es que temo por ti. No sé si tengo derecho a exponerte a un peligro semejante.

María alzó entonces el rostro y le besó en una mejilla.

—A lo que no tienes derecho es a dejarme aquí sola —dijo, sonriéndole a través de sus lágrimas.

Pablo la estrechó de nuevo entre sus brazos y le dio un largo beso. Luego, con una sonrisa, le alargó su pañuelo y ella se sonó la nariz y se secó las lágrimas con él.

Prosiguieron su camino hasta llegar a las cercanías del lugar en que se proponían echarse al agua y, una vez allí, eligieron un sitio oculto entre las rocas donde se

sentaron a descansar mientras llegaba la hora decisiva.

Comieron sentados sobre la arena, con objeto de fortalecerse y hacer la digestión antes de entrar en el agua. Luego permanecieron quietos, muy juntos, cogidos de las manos.

Al principio fue poco lo que hablaron. ¿Qué iban a decirse en aquellas dramáticas circunstancias? Todas las palabras hubieran sido superfluas... Pero Pablo, dándose cuenta de que su compañera estaba asustada, trató de distraerla hablando de cualquier cosa, de lo que fuera, con tal de no ver a María pensativa, mirándole con aquellos ojos de animal acosado.

Él, que nunca fue un gran charlatán, le habló de mil cosas diversas: de su niñez, de la Escuela Naval, de cómo era su vida antes de conocerla y cómo ella la había cambiado por completo. Le contó muchas cosas de su familia, sus ambiciones y proyectos.

María fue reclinándose inconscientemente sobre él mientras hablaba, y él siguió charlando, acariciándole el cabello. Poco a poco la fue tranquilizando y comenzó a hacerle algunas preguntas y, más adelante, tomó ya parte activa en la conversación. Pablo había logrado distraer la mente de María.

Entonces hablaron de su boda, que pensaban celebrar en cuanto estuvieran a salvo, en territorio nacional. Pablo calculaba que, al llegar, le darían por lo menos uno o dos meses de permiso antes de enviarle de nuevo a los barcos. Tendrían tiempo de sobra para casarse y celebrar su luna de miel.

Por fin empezó el crepúsculo. Cuando la oscuridad se hizo completa esperaron todavía casi una hora, acercándose luego al agua. Hacía una noche maravillosa. Soplabla una brisa del sudeste y el mar, en calma casi absoluta, sólo emitía un leve rumor al romper suavemente contra las rocas. El cielo raso, sin una nube, aparecía cuajado de estrellas. La luna no haría su aparición hasta dos o tres horas más tarde.

El «*Attack*» tenía fijada su salida para la diez de la noche, y llegaría al punto en que ellos pensaban situarse sobre las diez y media u once menos cuarto. Pablo calculaba que, con María, tardarían casi una hora en llegar hasta el lugar por donde había de pasar el destructor. Quería tomarse algún margen de tiempo por si ocurría algún imprevisto o si el inglés adelantaba su salida; pero tampoco era cosa de pasarse dos o tres horas en el agua, pues no sabía si María sería capaz de resistirlas.

Comenzaron a desnudarse, quedando ella con su traje de baño, alpargatas y un gorro de goma, para protegerse la cabeza del frío. A pesar de sus protestas, Pablo le ató una cuerda a la cintura por si se cansaba y tenía que remolcarla. Él iba descalzo, con un bañador de medio cuerpo. Para proteger lo más posible a la linterna, de la que tanto dependían, la metió en una boina, que se caló hasta las orejas. Había traído, además, media botella de coñac, para combatir la frialdad del agua.

Metieron sus ropas en la cesta, junto con una gran piedra, y las arrojaron así al

mar, para hacer desaparecer todo rastro de ellas. Luego se dispusieron a meterse en el agua, andando con cuidado entre las rocas. Pablo obligó a María a beber un trago de coñac de la botella. Con el frío del agua no había miedo de que se le subiese a la cabeza. Ella obedeció, tosiendo al llegar el licor a su garganta y, poniendo cara de asco, le devolvió la botella; pero la hizo tomar otro trago, colgándose entonces la botella del cinturón.

El lugar no se prestaba para arrojarse al mar de cabeza, y además era preferible no hacerlo así pues, tal vez, el ruido llamaría la atención de alguien que anduviese por las cercanías. Temiendo perder la dirección al alejarse de la costa en la oscuridad, Pablo se orientó por las estrellas. Tenían que nadar casi en dirección al oeste, hacía la constelación de Orión, y se la enseñó a María. El gran rombo alargado, con «*las tres Marías*» en el centro, se destacaba perfectamente en la esplendidez de aquella noche serena.

También se fijó en la posición que ocupaban las estrellas para poder luego deducir la hora, calculando mentalmente cuanto habría de pasar hasta que cada estrella se fuese poniendo, pues conocía por propia experiencia lo largo que puede hacerse el tiempo cuando se espera algo ansiosamente. Una vez en el agua no podría ver su reloj y, además, probablemente se le terminaría parando.

La primera impresión al entrar en el agua no fue demasiado fría. Al llegarles a la altura de las rodillas, María se agachó, tomó un poco en su mano derecha y se hizo con ella la señal de la cruz. Luego tocó con su mano mojada la de él, para que la imitara. Algo más adelante dio ella un ligero grito y le apretó el brazo, al tiempo que éste sentía en las piernas el contacto de unas algas viscosas... siempre, a pesar de su profesión, había sentido gran repugnancia hacia ellas.

—Vamos, no seas tonta, esto no son más que algas —le dijo y, en cuanto les fue posible, se echaron a nadar, librándose del molesto contacto—. Despacio, Mary. Tenemos tiempo de sobra, así que no te vayas a cansar.

Iban los dos muy juntos nadando en largas y pausadas brazadas, dosificando sus esfuerzos.

—Más despacio, no hay ninguna prisa —volvió a decir al cabo de un rato, pues María, acuciada por el ansia de escapar, iba aumentando inconscientemente el ritmo—. Seguramente tendremos que esperar al destructor, y lo importante es que no te canses.

—Sí, Pablo —le contestó ella—. Es que...

—No; no hables si no tienes algo importante que decirme, o para contestar alguna pregunta mía. Tienes que reservar todas tus fuerzas.

María calló, obedeciendo, y ambos prosiguieron nadando en silencio.

—¿Cómo vas? —preguntó él al cabo de unos minutos.

—Bien, Pablo.

—¿Tienes frío?

—No.

—¿Estás cansada?

—Por ahora no.

Hasta entonces habían nadado en aguas tranquilas; pero Vázquez pudo darse cuenta que se estaban aproximando a una zona en la cual terminaba el resguardo que, hasta entonces, les había prestado una punta que tenían a su izquierda.

Poco antes de salir de la zona abrigada de la mar, preguntó Pablo de nuevo:

—¿Tienes frío?

—Un poco —contestó María.

—Vas a beber otro traguito de coñac —le dijo y, con algún trabajo se quitó la botella que tenía colgada del cinturón, dándosela—. Espera que te suba un poco —le dijo—. No vayas a beber agua salada en vez de coñac.

Poniéndose a espaldas de ella la agarró por la cintura y, manteniéndose a flote con las piernas, la alzó hasta sacarle del agua la cabeza y los hombros. Cuando hubo bebido el primer trago la dejó caer de nuevo.

—¿Cómo te ha sentado? —le preguntó.

—Estupendamente —fue la respuesta.

—Entonces bebe otro, y grande; cuando salgamos de este remanso tal vez no podamos hacerlo tan fácilmente, pues parece que la mar está algo picada.

—¿Crees que tardará mucho, Pablo?

—Media hora, poco más o menos —le contestó—. Pero no te preocupes. Hay tiempo de sobra. Bueno, ahora te voy a alzar otra vez.

Al levantarla sintió un malestar sordo en el brazo izquierdo. No llegaba a ser un dolor; pero, sin duda, constituía un aviso de que la herida no estaba curada del todo.

—Dame la botella, por favor —dijo, y echó un largo trago antes de colgársela del cinturón. Ya no les quedaba mucho coñac; pero también era de esperar que no se vieran obligados a permanecer demasiado tiempo en el agua.

—¿Qué, cómo te encuentras? —preguntó.

—Lista para continuar.

—Debemos tener mucho cuidado ahora —dijo él—. En cuanto salgamos de esta zona abrigada nos encontraremos con la mar algo picada, y no hay nada más fácil que perderse de vista nadando en la oscuridad, en cuanto hay un poco de oleaje. Dame la cuerda. Me sentiré mejor si vamos amarrados... Así me quedaré más tranquilo, teniendo la seguridad de que no te irás por ahí, detrás de un oficial más atractivo que yo y que ande por las cercanías.

Ella, obedeciendo, le dio el extremo de la cuerda que llevaba atada a la cintura, y Pablo la paso por su propio cinturón.

—¿Listos? —preguntó.

—Vamos —contestó ella.

Continuaron nadando un rato hasta que un perceptible incremento en el oleaje hizo que Pablo tragara un buche de agua.

—Nada ahora de costado, dando la espalda a la mar —le dijo a María—. Yo procuraré resguardarte.

—¿Cómo vas? —preguntó de nuevo al cabo de unos minutos.

—Un poco cansada —contestó tosiendo—. He tragado bastante agua.

—Vamos a bebernos lo que queda del coñac. ¿No estarás mareada, verdad?

—No, desde luego. Con este frío...

Manteniéndose siempre del lado que venían las olas, se acercó a María, alargándole la botella. Al alzarla para que bebiese sintió un dolor punzante en el hombro izquierdo, que le hizo morderse los labios para no emitir un quejido.

Quedó muy agotado por el esfuerzo, y agradeció en verdad el calor que el sorbo de coñac —el último que les quedaba— le comunicó a su cuerpo.

—Vamos, ya no queda casi nada. Despacio —dijo procurando que su voz sonara confiada; pero comenzaba a estar preocupado.

El hombro le molestaba a cada movimiento, y temía no poder aguantar mucho más tiempo nadando... ¿Qué sería de María si no podía continuar? ¡Si al menos hubiera tenido el flotador...! Esta idea le dio nuevas fuerzas y, apretando los dientes, siguió adelante, procurando no mover el brazo más que lo indispensable. Poco a poco se fue sintiendo mejor. Evidentemente lo que le había hecho daño fue el esfuerzo de levantar a María fuera del agua. De todas formas procuró ayudarse lo menos posible con aquel brazo.

Iba a preguntar a María cómo se encontraba, cuando vio encenderse las luces de la entrada del puerto.

—¡Mira! —dijo—. Va a salir un barco.

Pocos minutos más tarde, aunque a Pablo y María les parecieron horas, aparecieron las luces del propio buque en la bocana. Se trataba de un destructor que, puesto que navegaba iluminado, no podía ser otro más que el inglés. El barco se acercaba rápidamente. De seguir a rumbo pasaría a menos de doscientos metros de ellos.

Al estar el inglés a unos mil metros, Vázquez se quitó la boina y empuñó la linterna. Le costó dar con el botón de encendido bajo la capa de cera con que la había cubierto para que el agua no la estropeará y, además, tenía los dedos entumecidos por el frío de la prolongada inmersión.

Cuando el «*Attack*» estuvo a unos quinientos metros de distancia empezó a hacer rápidamente la señal internacional de socorro: S.O.S., con la linterna, procurando mantener el haz luminoso en dirección al puente del destructor, que proseguía su camino como si nada notase.

Los próximos segundos fueron los más largos en la vida de Pablo: ¿qué iba a ser de ellos si el barco no los recogía?... Sintió abrirse un abismo bajo sus pies. No. No había ni que pensar en eso... y prosiguió repitiendo con ansiedad la señal una vez tras otra: S.O.S.,S.O.S.,S.O.S...



Por fin oyó voces y, unos segundos más tarde, sonaban los telégrafos de máquinas a bordo del «Attack». Debieron haber mandado dar atrás, pues junto a la popa del barco aparecieron los característicos remolinos de espuma que se originan al invertir el giro de las hélices. Se oyeron voces de mando, la gente corría por cubierta, y una dotación embarcó en la *ballenera*,^[7] que fue arriada casi de inmediato

Pablo continuaba haciendo la señal de socorro. Cuando la ballenera estuvo en el agua y se acercó a ellos, comenzó a gritar:

—*Help! Help!* ^[8]

—*Coming!* ^[9] —les llegó la respuesta, y a los pocos momentos eran izados a bordo de la ballenera. Las caras del guardiamarina que la mandaba y de los cuatro marineros de la dotación, a pesar de la flema e impasibilidad británicas, eran todo un poema.

—Soy un oficial de Marina español —dijo Pablo en inglés al guardiamarina—, y solicito amparo al pabellón británico, para mí y para mi prometida.

El inglés le saludó y estrechó su mano, e inmediatamente se quitó la guerrera, ofreciéndola galantemente a María.

—Guardiamarina James Gordon a su disposición —dijo.

Poco después, subían a bordo del «Attack» por una escala de gato, no sin que el hombro de Pablo volviera a resentirse al trepar. María hubo de ser ayudada a subir. Se hallaba muy agotada.

En la toldilla les esperaba el segundo del destructor —un capitán de corbeta— al que Vázquez dijo:

—Soy teniente de navío español. Le suplico haga que atiendan a mi prometida mientras hablo con su comandante.

—Desde luego. Mi camarote se encuentra a su disposición.

—Muchas gracias —contestó Pablo—. ¿Está el comandante en el puente? Deseo hablarle en seguida, a ser posible.

Mientras María bajaba por la escotilla de la cámara de Jefes, Pablo subió al puente, acompañado por un alférez de navío. Le habían dado un pantalón gris y un

jersey azul y, con esta improvisada indumentaria se presentó al comandante, que le esperaba en el alerón de babor. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, enjuto, de ojos grises, mandíbula cuadrada y cara tostada por el sol.

—Perdone que me presente de esta forma, comandante —le dijo Pablo—. Soy oficial de Marina español y, como ya le he comunicado anteriormente a su segundo, pido amparo al pabellón británico, para mí y para mi prometida.

El comandante le alargó la mano.

—Capitán de fragata Elliot Morton, encantado de conocerle. Le llevaremos a Gibraltar, a donde vamos, y allí quedará usted a disposición de las autoridades inglesas que se entenderán con las de su país para seguir los trámites de repatriación. Ahora baje usted. Me imagino que deseará darse una ducha caliente y beber algo.

—Gracias, comandante —contestó Vázquez, y bajó la escala acompañado por el alférez de navío.

—Ante todo quisiera ir al camarote del segundo, a ver cómo sigue mi novia —dijo a su guía—. Estaba bastante cansada.

—Ya lo vi —contestó el otro—. ¿Cuánto tiempo llevaban ustedes en el agua?

—Una hora, aproximadamente.

María se hallaba en el camarote del segundo, muy pálida, echada en una butaca, mirando a su alrededor un poco asustada todavía. Al ver entrar a Pablo quiso levantarse; pero sus piernas no la obedecían. Vázquez se le acercó y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ea, chica; no te preocupes por nada que ya me encargaré de arreglar las cosas... —y dirigiéndose al segundo le preguntó en inglés— ¿Es esa puerta la de la ducha?

—Efectivamente —contestó éste.

Pablo, con esa confianza natural entre las gentes de mar de todas las naciones del mundo, se metió en el minúsculo cuartito y, abriendo los grifos, reguló la temperatura del agua hasta que ésta casi le quemó. Luego alzó a María de la butaca y, llevándola a la puerta, la introdujo en el cuarto después de quitarle la guerrera del guardiamarina que le llegaba casi por las rodillas. Seguidamente la metió debajo de la ducha.

—¡Eh, que me quemo! —protestó ella, y abrió un poco más el agua fría. A los pocos momentos le habían vuelto ya los colores a la cara, y sonrió a Pablo.

—Bueno, ahí te quedas. Yo te espero aquí fuera. A ver lo que encontramos por ahí que puedas ponerte.

Al salir se halló con el segundo que, haciéndole un gesto amistoso, preguntó:

—Qué, ¿está ella mejor ahora?

—Sí, señor —contestó Pablo.

—He mandado prepararles un ponche caliente, capaz de resucitar a un muerto. No tenemos médico a bordo, tan sólo un practicante; pero no creo que ninguno de

ustedes necesite su asistencia.

—No, señor, muchas gracias.

—Le daré un pijama mío, para su prometida —continuó el segundo—. Le estará bastante grande; pero qué le vamos a hacer. Puede quedarse en mi camarote, y no me dé las gracias —prosiguió—. Sólo estoy haciendo lo mismo que haría usted si estuviera en mi lugar.

—A sus órdenes —contestó Pablo sonriendo—. A propósito, creo que no nos hemos presentado. Teniente de navío Pablo Vázquez.

—Capitán de corbeta Louis Prendergast —respondió el otro estrechando su mano. Una llamada a la puerta les interrumpió.

—Adelante —dijo Prendergast.

Entró un repostero con una bandeja en la cual había una gran sopera de un líquido oscuro y humeante, un cazo y varios vasos.

Después de llenar los vasos, el marinero se retiró, y Prendergast ofreció uno de ellos a Pablo, tomando él otro.

—Por que nos volvamos a ver pronto, y en circunstancias mejores para usted —brindó.

Los vasos chocaron y Vázquez, agradecido, bebió el licor caliente que hizo circular la sangre por sus venas con renovados bríos.

Después de beber, llamó Pablo a la puerta de la ducha.

—Mary, sal cuanto antes. No sabes lo que te estás perdiendo. Aquí hay un pijama para ti. ¿Necesitas algo más?

—Pues... si hubiera algo para ponerme encima del pijama...

—Un momento —respondió él, y explicó al segundo lo que ocurría.

—Claro —dijo éste—, dispéñeme —y sacó del armario un elegante batín, que Pablo entregó a María, junto con el pijama, a través de la puerta entreabierta.

Unos minutos después salió ella, con el pelo recogido hacia arriba, un tanto avergonzada, lo cual la hacía aparecer doblemente encantadora.

—Toma —le dijo Pablo sentándola en la butaca y alargándole un vaso—. Bebe y verás.

Prendergast llenó los otros dos.

—Para hacerle compañía, ya que no está bien dejar a una dama beber sola— según explicó.

María se llevó la mano a la garganta al primer trago, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ufff —exclamó cuando lo hubo pasado—. ¿Qué es esto?

—Tienes que bebértelo todo. Órdenes del médico —le dijo Pablo sonriendo, y poco a poco ella lo hizo así.

Prendergast se aclaró la garganta.

—Voy al puente, a ver si me necesitan para algo —dijo. El pretexto era evidente —. Puede usted utilizar mi ducha —continuó dirigiéndose a Vázquez— y el camarote del teniente de navío contiguo a éste se encuentra a su disposición.

Un momento después se había ido.

—Bueno, ahora a la cama —dijo Pablo, y ayudó a María a subir a la litera. Luego le quitó la bata y la arropó cuidadosamente, dándole un beso.

—Que descanses, cariño. Yo voy a ducharme ahora —y, uniendo la acción a la palabra, se metió en la ducha.

Reguló el agua lo más caliente que pudo soportarla y luego fue, poco a poco, aumentando gradualmente la temperatura, hasta que su piel se puso roja y comenzó a sudar, mientras el cuarto se llenaba de vapor. Cerró después el agua caliente y dio toda la fría, accionando vigorosamente los brazos a la vez que daba grandes resoplidos, ya que parecía querer cortársele la respiración. Al cabo de un momento cerró los grifos, se secó y vistió.

Al salir halló que María, en vez de echarse a dormir, estaba mirando a su alrededor con curiosidad desde la litera. El camarote no difería gran cosa del que hubiera podido tener un oficial español a bordo de un destructor: un armario grande, dos estantes llenos de libros y planos, una mesa de trabajo, una gran butaca forrada de cuero, una silla, la litera sobre su pila de cajones, un ventilador, una pistola colgando en su funda sobre la cabecera y, detalle inglés, una bastonera con unos cuantos palos de golf.

Sobre la mesa había un portarretratos doble. En uno de los lados se veía la fotografía de una mujer joven. En el otro aparecía ella misma junto a Prendergast, con un niño en los brazos.

Pablo observó todos estos detalles de una ojeada, mientras se llenaba el último vaso de ponche.

—Me figuro que no querrás más —le dijo a María, y esta negó con la cabeza, sonriendo.

—Ya estoy bastante borrachita —contestó.

Pablo bebió su vaso a pequeños sorbos, sentado en la butaca y cogiendo la mano de María. Un agradable calor se difundió por todo su cuerpo. Se sentía como nuevo, sólo algo cansado y soñoliento y bastante relajado de resultados del prolongado remojón y, por supuesto, al haber abandonado ya su cuerpo toda la tensión nerviosa contenida durante tan largo rato en el agua.

—Bueno, cariño, me voy a dormir ahí al lado -dijo por fin.

—Pero Pablo, ¿es que me vas a dejar sola? —preguntó María incorporándose, francamente asustada ante la idea.

—¿Y qué remedio? —respondió él.

—No, no te vayas. Quédate conmigo —María le había cogido la mano con las

dos suyas y se la apretaba ansiosamente.

—Vamos, vamos. No seas chiquilla, mujer —pero ella no razonaba.

—No, no quiero que me dejes sola. Tengo miedo —y parecía a punto de echarse a llorar.

Pablo no sabía qué hacer.

—Está bien —dijo por fin y, dirigiéndose a la puerta la abrió, dejando echada en cambio la cortina. Luego apagó la luz, besó a María en la frente y se echó en la butaca, al lado de la litera. Ella sacó una mano por entre las sábanas y, apoderándose de una de las de él, la retuvo entre las suyas.

Permanecieron así los dos hasta que la respiración de María se fue haciendo cada vez más lenta y profunda...

Cuando el sueño la hubo rendido, Pablo se incorporó y la contempló mientras dormía, a la luz que se filtraba a través de la cortina. El semblante de ella expresaba una gran paz y tranquilidad, y una ligera sonrisa había sustituido a la expresión ansiosa de animal acorralado que tantas veces había visto en él últimamente... ¡La había salvado! ¡Sí, lo había logrado por fin!

Bostezando se echó de nuevo en la butaca. ¿Volvería Prendergast a ver si necesitaba algo? Al no aparecer éste empezó a deliberar sobre sí debía irse o quedarse, para el caso de que María se despertara; pero el cansancio del esfuerzo realizado, el ponche caliente que había ingerido y el suave balanceo del barco lo durmieron antes de que hubiese llegado a tomar ninguna decisión...



Tres semanas más tarde María y Pablo se hallaban cenando en un parador situado en la carretera que va de Sevilla a Extremadura. Se habían casado esa misma mañana.

Al recordar Vázquez aquellas tres últimas semanas, le parecía haber vivido en medio de un fiero torbellino. Sin lugar a dudas, habían sido extraordinariamente movidas.

Primero la llegada en el «*Attack*» a Gibraltar, donde habían quedado internados unos días, mientras las autoridades inglesas se ponían en contacto con las nacionales y se resolvía la cuestión de su repatriación. Luego había venido su presentación en el Estado Mayor del Departamento Marítimo de Cádiz, donde había narrado sus lances en Cartagena y transmitido verbalmente sus últimos informes e impresiones, recibiendo las más cálidas felicitaciones de sus jefes. ¡Qué distinto fue todo de su otra presentación, hacia tan sólo seis meses! Se encontraba completamente satisfecho por haber pedido aquel destino que, por si fuera poco, lo había unido a María. Estaba seguro de haber disipado cualquier atisbo de duda que se pudiera tener sobre la integridad de su persona. Al terminar le habían concedido un mes y medio de permiso.

Después fue la llegada a Sevilla, la presentación de María a sus padres y demás familia, que no la conocían aún, y los rápidos preparativos de la boda... ¡Dios mío! ¡Qué complicado era aquello de casarse! Ni en sueños se hubiera imaginado que lo fuese tanto.

Varias veces pareció que no iba a haber más remedio que aplazar la ceremonia; pero, por fin, pudo ésta tener lugar el día y hora señalados, María había pasado a ser su mujer y estaba allí sentada frente a él, sonriéndole.

Llovía a cántaros y un fuerte viento azotaba el parador donde se hallaban alojados; pero dentro reinaba una agradable y acogedora temperatura. El albergue se hallaba casi vacío —cosa extraña, según manifestó el encargado, incluso a pesar de aquel tiempo endiablado— y casi todos los demás huéspedes eran jefes y oficiales del Ejército, que iban y venían de los distintos frentes de combate.

Pablo había logrado, mediante una buena propina, que les sirvieran la cena, no en

el comedor, junto a los restantes huéspedes, sino en un saloncito del piso superior, donde comieron solos él y ella.

La estancia era más bien pequeña, con mobiliario de estilo colonial y, en las ventanas, unas alegres cortinas de cretona. La lluvia, ayudada por el vigoroso viento, golpeaba en los cristales dejando escuchar su leve canto. En un rincón, una chimenea de leños chisporroteaba, difundiendo por toda la estancia un agradable calor, a la vez que ponía una nota de hogar e intimidad en la habitación.

Cuando hubieron terminado la comida Pablo se sentó en una butaca cerca del fuego y María tomó asiento sobre un cojín, a sus pies, apoyando la cabeza en sus rodillas. Inclínose él hacia delante y cogió las manos de su esposa entre las suyas...

¡Su esposa! Sí, aquella mujer que tan confiada estaba allí a sus pies y se reclinaba sobre él como una niña que busca protección —y, en realidad, era poco más que una niña— era ya suya para siempre... «*para honrarla, amarla y protegerla...*» —no recordaba bien como seguía la cosa— «*...hasta que la muerte os separe*».

Aquellas habían sido las palabras del sacerdote que los casó esa misma mañana... y, siguiendo ese camino, sus pensamientos volvieron a la ceremonia: la iglesia estaba adornada con flores blancas y se hallaba llena de gente. ¿Por qué atraerán las bodas siempre a tanto espectadores?... Él no conocía a casi nadie, pues hacía ya más de diez años que no vivía en Sevilla, aunque la mayor parte de los asistentes eran amigos o conocidos de su familia.

Al rato había entrado María, del brazo del padrino —un tío lejano que residía en Sevilla hacía mucho tiempo— y la iglesia, las flores, los invitados y todo lo demás que pudiera haber por allí, se había esfumado, repentinamente, para Pablo, el cual únicamente tuvo ya ojos para ella que avanzaba, avanzaba hacía él y le sonreía... No recordaba haberla visto nunca tan bonita como en aquellos ansiados momentos: con un elegante vestido de novia, de un blanco inmaculado.

Al cabo de un rato, el sacerdote puso entre las suyas la mano de María, que quedó allí, cálida y ligeramente temblorosa... El resto de la ceremonia había transcurrido como en un sueño. Luego vino la salida del templo del brazo de ella, los gritos de «*¡Vivan los novios!*» y después el banquete de boda en el Hotel Madrid, aparentemente interminable.

Allí recibió las felicitaciones de infinidad de personas, a muchas de las cuales ni siquiera conocía. Las bromas y abrazos de los dos o tres compañeros marinos, que habían conseguido permiso para asistir a la ceremonia, habían sido un verdadero alivio... Casi la única nota simpática en todo aquella solemnidad. Ahora, al mirar atrás, la recepción de boda se le aparecía con caracteres un tanto irreales...

¡Cómo había deseado escapar de allí! Mirando a María pudo darse cuenta de que ella lo estaba ansiando aún más que él. Para ella el banquete había constituido una verdadera prueba, pues no conocía a nadie allí en Sevilla. Pablo hubiera deseado una

boda mucho más tranquila; pero hubo de hacer esa pequeña concesión a sus padres.

Luego habían llegado las despedidas. Tuvieron que decir adiós a todo el mundo... ¿Era posible que hubiera allí, en realidad, tantas personas? ¡Santo Dios! ¿No iba a acabar nunca aquello? Finalmente los últimos besos y abrazos a sus padres, junto con las recomendaciones y preguntas finales:

¿Estás bien seguro de que no os dejáis nada olvidado?...

¿Dejarse olvidado el qué? Se llevaba a María consigo, y eso era lo único que necesitaba y le importaba en aquel momento.

Por fin, de una forma u otra, se encontraron solos en el coche del padre de Pablo, que éste le había puesto a su disposición para el viaje de novios. Le había resultado difícil, muy difícil, dividir su atención entre María, sentada a su lado, y la carretera. Durante todo el viaje sus ojos habían mostrado una tendencia irreprimible a mirarla.

Aún no se explicaba bien del todo cómo, en aquellas condiciones, habían logrado llegar sin accidente al parador —donde les esperaban, por delante, unos maravillosos días—, sobre todo teniendo en cuenta que comenzó a llover cuando aún les faltaba por recorrer diecisiete kilómetros.

Sus ojos se posaron de nuevo sobre María, su esposa, su mujer, y al mirarla sintió que una sensación de cariño y ternura hacia ella invadía todas y cada una de las fibras de su ser. Había sufrido mucho en los últimos diez meses, y él tenía que compensárselo con creces, durante toda la vida.

Experimentó, como en tantas ocasiones lo había sentido, un deseo irresistible de estrecharla entre sus brazos, para protegerla contra todo mal... El mal... Y recordó que el mal —la violencia del hombre para con el hombre— les aguardaba ahí al lado, ahí afuera a tan sólo unos pasos, tras los muros, y no pudo evitar pensar en lo chocante que resultaba esta situación: guerra, muerte y desolación en un extremo de la balanza, y felicidad casi absoluta en el extremo opuesto. En los últimos días había rozado la dicha más completa. Tan sólo le distanciaba de su logro la maldita guerra que, como él comprendía, se hallaba lanzada y no había manera de pararla. Lo único que deseaba era que todo ese sufrimiento de la gente terminara ya, lo antes posible y, por supuesto, de la forma menos trágica; pero sobre todo —y he aquí lo utópico, o más bien quimérico, de su anhelo— que no hubiese una posguerra en la que los vencedores sometieran a los vencidos, que llegara una paz verdadera y en completa armonía. Una paz en la que todos juntos colaboraran en levantar la nación. En la que todos se olvidaran de las barbaridades cometidas antes y durante la contienda. Paz en la que se perdonaran unos a otros. Que llegara el día de una auténtica y definitiva reconciliación nacional. Pero esta euforia que sentía, de súbito se tornaba en un gran desaliento en cuanto ponía los pies en la tierra y, conocedor de la verdadera naturaleza humana, miraba la realidad de los hechos. ¡Si difícil estaba resultando la guerra, más difícil —se temía— iba a resultar lograr la paz!

Obviamente, ni la solución del conflicto ni la de los modos de guerrear de ambos ejércitos contendientes se hallaban a su alcance, por lo que decidió continuar haciendo una guerra —que no le gustaba pero que le había tocado vivir, contradictorio aquello de vivir la guerra— limpia en lo que a él le afectaba. Siempre que viera una injusticia la denunciaría, ocurriera lo que ocurriese y gustase su actitud o no. A falta de poder hacer algo más efectivo, éste era el objetivo que para sí mismo se marcaba a partir de ese instante. Deseaba estar en paz consigo mismo y vivir feliz. Y la felicidad de uno depende mucho de todo cuanto tiene alrededor.

Miró de nuevo a María que en ese momento alzó la cabeza, y sus miradas se encontraron.

—¿Qué ocurre, Pablo? Llevas unos minutos ahí callado, mirando al fuego...

Él negó lentamente con la cabeza, sonriéndole mientras contestaba:

—No pasa nada, cariño. Ya nunca pasará nada. Nada— repitió acentuando la palabra—, sino que cada día te iré queriendo más.

Cuando, transcurrido algún tiempo, ambos iban por el pasillo camino de su habitación, Pablo observó:

—Mary, sabrás que, en ciertos países, es costumbre que el novio tome en brazos a la novia para cruzar por primera vez la puerta de su nuevo hogar... Nosotros no tenemos casa aún, ni por ahora sabemos cuándo ni dónde podremos tenerla, es uno de los inconvenientes de casarse con un marino y por sorpresa, así que no habrá más remedio que conformarse con el cuarto del parador para este viejo rito.

Sonrojóse María intensamente y él, antes de que pudiera replicar nada, la tomó en sus brazos como si fuese una pluma y traspasó con ella el umbral de la habitación.

Los ojos de su mujer, al mirarle en aquel momento, eran una muda promesa de toda una vida de amor, ternura y felicidad...

FIN

Notas

[1] Este crimen nada tuvo que ver con el Gobierno, aunque en círculos de la derecha española era la versión más extendida. En realidad, fue una venganza perpetrada por militantes socialistas en respuesta al asesinato cometido el día anterior, por falangistas o carlistas, del teniente de la Guardia de Asalto y militante socialista José del Castillo. <<

[2] *Spring*: amarra que parte de un punto próximo a proa (spring de proa) o popa (spring de popa). <<

[3] *Almadía*: conjunto de maderos unidos para poder conducirlos flotando. <<

[4] En los submarinos hay que hacer uso de una pequeña bomba, accionada a mano, para vaciar la taza del inodoro, después de utilizarlo. <<

[5] *Trimado*: equilibrio de los efectos dinámicos en la situación de inmersión de un submarino que se derivan del uso del timón de gobierno, de los planos de proa, de los planos de popa y del movimiento de aguas entre los diferentes tanques de compensación. <<

[6] *Chinchorro*: embarcación de remos, muy chica y la menor de a bordo. <<

[7] *Ballenera*: bote de forma alargada, muy veloz, ligera y con dos proas. <<

[8] ¡Auxilio! ¡Auxilio!. <<

[9] ¡Ya vamos! <<